

---

# VELADAS DEL FOGON

---

Francisco Espínola



Uru  
863.6  
Esp  
vel

---

arca

---

**VELADAS  
DEL FOGON**

Uru  
863-6  
Esp  
vel

Francisco Espínola

**VELADAS  
DEL  
FOGON**

A. lat. 7.304



URU 863.6 ESP vel  
FHCE/120639



**arca**

120639

1.- NOVELA. URUGUAYA, S. XX

2.- LITERATURA URUGUAYA, S. XX - LOS AÑOS TREINTA

3.- Título

© Copyright by ARCA Editorial S.R.L.  
Andes 1118, Tel 900318, Montevideo  
Hecho el depósito que marca la ley  
Printed in Uruguay - Hecho en Uruguay

A. Lat. 304  
O.C. 4355

## LAS VELADAS PERDIDAS

La existencia literaria de Paco Espínola amenaza ya, a apenas doce años de su muerte, con convertirse en un mito dentro de la historia cultural del país. Sobre su frágil figura se amontonan anécdotas, se recuperan diálogos y voces, se acuñan frases que escapándose de la literatura vuelven a entremezclarse con la vida. A los antiguos pacólogos, compañeros de peñas y vocacionales discípulos, se suman año a año jóvenes seducidos por esta provinciana leyenda de tabaco para armar, palabras, mate y una humanidad infinita.

Paco supo representar con su cuello palomita y su aspecto desgarbado a toda una generación, la del 20, que irrumpe en la escena literaria buscando el difícil pacto entre lo regional y lo universal a través de una escritura más moderna, eco de los nuevos aires de vanguardia que atribulaban la vieja Europa. Compartió con sus cogenacionales toda una forma de vivir la literatura, entendiéndola como algo solemne todavía. Con reconocimiento, con abastecimiento estatal, con pequeña fama, con general armonía, los escritores del 20 alcanzaron a cumplir la ilusión del escritor-personaje en la viabilidad que encontraban en un Uruguay todavía adormecido en su ínsula pacífica.

Llegaron otros tiempos, pero Paco sobrevivió, también, la previsible catástrofe. Fue de algún modo un elegido, capaz de superar esa imagen a través de las más originales clases sobre Homero, de inéditas charlas sobre los clásicos en la radio y la televisión, ...de su compromiso político. Las parricidas huestes del 45 lo hicieron su maestro. A Paco y a Onetti —extraña mezcla— aunque Onetti, apenas ocho años menor que Espínola, ya nos traía otra literatura.

Paco permanece. Extrañamente disfruta o sufre durante toda su vida la condición de ser considerado el escritor por antonomasia de este país. Extraña y singularmente porque casi no escribe. Su escasa obra parece concentrarse en los años de su iniciación, cuando soñaba con convertirse en un escritor que en realidad ya era. Después jugó a ser metáfora de sí mismo y a encantar a sucesivas generaciones con la leyenda de Don Juan, el Zorro, —doble leyenda la del cuento y la su-

ya, ese Don Juan que hoy rescatamos magistral pero inconcluso.

Tema frecuente en entrevistas hechas al escritor fue esta postergación de sus proyectos literarios. Sabemos a través de sus comentarios y notas que en el camino quedaron dos novelas que continuarían la historia de Sombras. También una serie de cuentos de diablos que nos trajeran el prodigio de otros rodríguez y sus mágicas.

Después de la aparición del Don Juan, no es difícil comprender que se impusiese en el ánimo del narrador la culminación de esta obra sobre cualquier otro proyecto. Creo que no es aventurado afirmar que esta postergada publicación de Don Juan, el Zorro viene a subvertir el puesto otorgado a Francisco Espínola en el panorama literario nacional. La originalidad de este texto, su dimensión mítica, su perfección estilística sin rastros de envejecimiento, dan a esta novela un perfil latinoamericano inédito en nuestra literatura, capaz de trascender las etiquetas nativistas o de realismo regionalista con las que había archivado cómodamente a este escritor la escasa crítica en torno a su obra.

Es cierto que la crítica existente para la narrativa espinoliana sufre esa anemia propia a la de todos los escritores de su generación. Aunque menos flagrante que el olvido en que hemos dejado a sus poetas, la crítica de los narradores del 20 muestra malos síntomas: falta de sistematicidad, magra y dispersa bibliografía, en fin, más elogios que análisis, más artículos que estudios. En el caso de Paco esta indigencia crítica parece agravarse por la singularidad del hombre que veníamos apuntando, y por ciertas peculiaridades no ya de su peripécia vital, escasa en aventuras, sino del efecto que tuvo su personalidad en nuestro medio como testigo y protagonista de una azarosa historia que encierra la insurrección de Morlán en su juventud, hasta alcanzar la generosa fecha de su muerte en la noche del 26 de junio de 1973.

Es tiempo ya de paliar esta distracción crítica. Es necesario revalorizar la escritura de Paco a la luz de su mejor obra, y poder así acompañar la valoración crítica con el interés humano que ha primado desde siempre para su caso. Y en eso estamos; comenzando ahora, por la más modesta aunque imprescindible tarea de ordenamiento y rastro de su obra.



El conjunto de relatos aquí reunidos fueron escritos para el diario *Crítica* de Buenos Aires y publicados periódicamente durante los meses de enero a agosto de 1935 en el suplemento semanal del diario, epocalmente titulado "La Revista para los Hogares Argentinos".

Por ese entonces *Crítica* recogía colaboraciones de otros uruguayos como Enrique Amorim, Morosoli, Santiago Dossetti, Ildefonso Pereda, Pedro Leandro Ipuche, Blanca Luz Brum o Giselda (Zani) Welker. Cumplía asimismo, una inédita labor cultural al hacer conocer *El viaje al fin de la noche* de Céline, o publicar un conjunto de narraciones sorprendentes por su temática, y más aún por la originalidad de su prosa, cuyo oximorónico título no era otro que *Historia Universal de la Infamia*. Paco ya había visto publicados en estas páginas pioneras del periodismo cultural el más primitivo *Don Juan* en 1929 y hacia 1933 un fragmento de *Sombras* bajo el título de *Romance de Juan Gamarra*, así como sus primeras versiones de *Qué lástima* y *Los cinco* bajo los títulos de *Las tres confusas borracheras* y *Los cinco jinetes rumbo al calabozo*, respectivamente.

*Las Veladas del Fogón* en su carácter de colaboraciones periodísticas, fueron escritas de un modo profesional que es raro en la manera de escritor de Francisco Espínola. Paco escribió por encargo y las *Veladas* fueron para él un ganapán circunstancial. Es fácil advertir en ellas el peso de esta urgencia en ese carácter provisorio unas veces, experimental otras, y aún de "refrito" que es posible advertir en varias de estas narraciones. Queda como testimonio de su incomodidad una carta dirigida a Enrique Amorim —una de tres penosas cartas en que le pide interceda ante *Crítica* para el cobro de sus colaboraciones adeudadas— en la que manifiesta su deseo de "salir de eso del 'Suplemento' insoportable, irresistible para mí, con los tipos de encargo, con la obligación de escribir sin ganas, cosa que yo nunca había hecho en mi vida". Carta que concluye lapidaria: "Sólo por necesidad se pueden agarrar estos viajes".

Tal vez esto influyese para que él, que se caracterizó por practicar una literatura rumiante, de obsesivas reelaboraciones, desestimase este puñado de cuentos, que a excepción de la versión del *Don Juan* que aquí aparece, concebido de antemano como un proyecto

independiente, jamás reescribió ni quiso publicar.

Los veinticuatro relatos que componen *Las Veladas del Fogón* parecen recrear básicamente, una fórmula recurrente en el periodismo rioplatense cuyo simplísimo esquema consiste en crear unos cuantos personajes que son llamados a hablar entre sí y se transforman en portavoces de temas y comentarios sobre la realidad, de acuerdo a la circunstancial inspiración de su autor. En 1925 Javier de Viana había echado mano ya, de este sistema para sus *Tardes de Fogón*. Paco, si bien parece seguir a quien consideró su maestro en la similitud poco imaginativa del título, realiza una curiosa adaptación de ese esquema tradicional. (1) Se mantiene fiel a su modelo, en la creación de unos pocos personajes centrales que proveen de una unidad esencial a sus varias colaboraciones. Cinco son, como en el cuento, los protagonistas de las *Veladas*: Don Basualdo, el viejo gaucho; Ña Toribia, la cocinera negra; el Mellizo Juan y su inseparable: el negro Tizón; y Serapito, el gurí, otro huérfano de la narrativa espinoliana. Estos personajes, que cumplen de alguna manera con la tipicidad arquetípica de su veta popular, serán manejados por Paco de manera de ganar literariamente sobre la fórmula primitiva, al dejarlos libres de la obligada reunión —fogón mediante—, y hacerlos vivir, en cambio, una pequeña y doméstica historia que surge naturalmente del encadenamiento de situaciones y que transcurre de forma variada en distintos escenarios.

Narraciones independientes que pueden ser leídas como una pequeña historia virtualmente indefinida, *Las Veladas* adoptan la estructura que les impone la forma misma de su publicación. Un delicado equilibrio logra establecerse entre la necesaria independencia de cada colaboración y la continuidad básica de la anécdota. Resultado de este tour de force narrativo, es dable apreciar cierta disparidad en el grado de autonomía de las narraciones. Mientras algunas alcanzan la categoría de cuentos, hay otras que pueden definirse mejor como es-

---

(1) Existen diversos testimonios sobre la relación personal, política y literaria de estos dos escritores, desde una inicial adhesión juvenil hasta el distanciamiento que se prolonga hasta la muerte de Viana. En un artículo publicado en *El País*, Paco resume su posición sobre el escritor: "Como escritor era enorme y lo admiro profundamente. Como hombre, era un santo y un niño. Así encerré su recuerdo, así vive en mi corazón."



tampas, quedando más ligadas a la tradición de historias de fogón, caso del Mellizo marchando preso a la comisaría o del relato del baile de carnaval (veladas 4 y 11).

Bajo la aparente sencillez de este libro es inevitable advertir, sin embargo, el dominio del arte narrativo de Paco, y su inclinación a trabarse en problemas de composición literaria. Es así que logra ensanchar los estrechos límites a los que parecía condenada esta rudimentaria historia a través de uno de los recursos más antiguos y populares de la literatura: la historia dentro de la historia.

La linealidad básica de la anécdota se subvierte a través de la interpolación de relatos que barajan sutilmente, lúdicamente, tiempos y realidades. Muchos son los que cuentan en *Las Veladas*: don Basualdo que entretiene a un maravillado Serapito, al tiempo que introduce la magia de la fábula de don Juan; Ña Toribia que hurgando en sus recuerdos para complacer al gurí completa nuestro conocimiento del pasado de estos personajes; Tizón y el Mellizo Juan que entretienen con sus andanzas a quienes quedan en casa; el curandero Cipriano Camargo contando a quien quiera oírlo, o el negro del boliche, espontáneo relator de vidas ajenas como corresponde a su oficio. Esta cuasi manía de contar que tienen los personajes encuentra su hipérbole y su parodia en la pequeña escena de la velada 10, en la que el Mellizo hace “un cuento vacío” a un desconcertado Tizón. El arte de contar recorre este librito, y el propio narrador parece conservar él también, para con sus lectores, esa proximidad intimista que promete el título. La periodicidad con que fueron concebidos estos breves relatos condiciona y subraya este rasgo. Paco iba a sus lectores con costumbre. En la promesa siempre de nuevas historias, su escritura fluye naturalmente apoyándose en la estructura abierta que supo crear.

Historias de paisanos, temas puebleros, humanísimos siempre. La materia de *Las Veladas* tiene origen en la tradición popular, que elaborada estéticamente a través de un metódico despojamiento, rendiría los mejores logros de la narrativa espinoliana. Busca en lo temático lo esencialmente humano y universal y depura la forma con artificios de escritor culto hasta lograr la concisión expresiva y el distanciamiento que definen su estilo.

La fidelidad al ámbito rural en la narrativa espinoliana que lo mantiene unido a escritores como Morosoli o Dosetti, actualiza la vieja polémica sobre nativismo que heredamos del 45. Ahora que nuevas corrientes críticas tienden a revalorizar la incidencia del lector en el sentido y destino de la obra, vale anotar que fue el público urbano el que consagró a estos narradores. Y más importante quizá, que es tiempo de cuestionar el criterio temático (y en ocasiones ni siquiera eso, ya que apenas se trata de ambientación y no tema) como el más apropiado para discernir opciones estéticas. Frente al **Don Juan** queda claro que la propuesta de Paco, empecinadamente rural, es más avanzada y más universal que muchas novelas urbanas. No se trata sólo de su capacidad metafórica, sino también de un penetrante y receptivo sentido moral, no ajeno a la ambigüedad de conducta en sus personajes, que supera el de cualquier código.

Volviendo a **Las Veladas**, encontrarán en ellas algunos relatos que recuerdan por momentos lo mejor de la narrativa de Espínola —pienso en **Rodríguez, Los Cinco, Qué lástima, el Don Juan**—. Falta en ellos, sin embargo, la dimensión trágica que es una constante en la literatura de Paco. El goce de contar, el entretenimiento como meta no desdeñable prima aquí, en oposición a la obsesión ética que rige sus obras mayores y que pocos narradores —con tanto riesgo y no sin tropiezos— han sabido transformar en literatura como él. Así, esa ternura a la que Paco eleva por la escritura al grado de epistemología, asoma apenas indirectamente a través de la simplicidad de sus criaturas. Esa picaresca criolla, que Mario Arregui creyó perdida para nuestra literatura, vive en estas historias cargadas de inocencia, la de esas almas diminutas, legendarias de su San José natal.

Obra menor, sin duda, dentro de la narrativa de Paco, **Las Veladas** esconden sin embargo sus secretos: el rico humor de un escritor que en ocasiones prefirió “pecar de trascendencia”, se nos revela en toda su finura. La resurrección de un personaje como Cipriano Camargo, rescatado al avaro recuerdo de pacólogos. La posibilidad de recuperar, en fin, a un Paco que no conocimos y que muchos hoy recuerdan en su ya memorable fama de seductor conversador y perfecto cuentista.

En la velada 2, es don Basualdo el que saca “de su buche de avestruz chala y tabaco. Y empieza a liar un cigarro”, su auditorio “estaba suspenso... haciendo esfuerzos por disimular su impaciencia, pues el viejo, sacando chispas a su yesquero de pedernal, encendió el grueso ‘trabuco’ y aspiraba con mucha calma el humo”. ¿O es Paco Espínola?

Ana Inés Larre Borges

## 1



En la amplia cocina de quincha y paredes ennegrecidas por el humo, a la luz de un candil de sebo, estaba don Basualdo sentado en un banquito de ceibo, con la caldera entre las piernas, mateando. De cuando en cuando se acariciaba las largas barbas blancas, largas hasta medio pecho y prematuramente blancas. Tenía a su lado una limeta de caña que parecía haber olvidado o que, después de algún impulso al espíritu, ya se hubiera hecho innecesaria.

El alma del viejo estaba lejos del rancho, lejos del campo a que pertenecía el puesto de "El Paso", lejos aun de la estancia de "Los Coronillas", con ser tan enorme... Y en el tiempo estaba lejos también. Porque andaba en una pulpería "endomingada", allá, por el Arerunguá —100 leguas o más—, de lujoso chiripá con calzoncillo "cribao", de sonoras nazarenas, de ancho tirador sujetando puñal de plata y oro, y con la barba negra y brillante como el lejano fondo de un pozo.

¡Ah!, al ladito de la pulpería levantaba sus lonas un circo. Se sucedían las funciones. Y entre las carreras, las jugadas de taba y monte a que daban lugar las reuniones motivadas por la imprevista atracción, el de la barba renegrada y cadencioso rasco de espuelas paseaba su hombría, su genero-

sidad, su suerte... Y paró un día su desgracia. La muerte vino esta vez siguiendo al amor como el trueno al relámpago. En una noche, pasada sobre el recado, bajo los astros de un cielo de cristal, los cabellos se tomaron blancos... ¡Aquella hembra delgada y fina que, ajustado el cuerpo entre rutilantes lentejuelas despertaba un ¡ah! de admiración a la suspensa concurrencia: aquella deslumbradora trapecionista de ojos hondos y nostálgicos sueños de ese misterio sin zozobras tan deseado e imposible; aquella elástica muchacha que en el circo menguado, frente a los espectadores todo alma, parecía officiar un rito extraño ante un dios por el que uno se cambiaría de buena gana; la joven que en una buscada oportunidad (más allá de las lonas, por la noche), le dijo al de las barbas de azabache: "¡También te quiero, gaucha! Sos noble y valiente como los que nos gustan a nosotros y le gusta a la gente cuando representamos en el teatrillo del circo. Sos igual que ellos y sos de verdá. Pero yo tengo un hijo. Si me querés así..." Aquella mujer que al día siguiente, justito descolgándose del trapecio, se descogotó y dejó un niño de pecho al que robaron una noche que desapareció del pago el gaucha Basualdo, el don Basualdo de hoy... ¡Ah, cómo se mecía ella, envuelta en el escintilar de las lentejuelas: cómo atravesaba el aire hasta posarse espléndida y sonriente en otro trapecio arrojado con acierto inconcebible...!

Voces provenientes del patio, como soplo del pampero, alejaron las imágenes. Una visión, en cambio, se alzó y perduró un momento: la de un cuero vacuno que, al cerrarse, apagaba los fulgores de las lentejuelas del traje con que enterraban a la trapecionista.

Recobrándose, se irguió en el asiento. Y llenó el mate.

— ¡Mocoso! ¡Yo le vi'a dar qui ande diablando! ¡Marche en seguidita, porque lo via curtir a arriadorazo!

Un niño de once años y una ancha, pulpuda negra, irrumpieron en la cocina.

—¿Habrás visto cosa como eta, don Basualdo?

Al hablar, Ña Toribia se golpeaba con violencia las caderas.

— ¡Este gurí me sacarí canas verdes si no tuviese ya la cabeza tuita tordilla!

El viejo alargó el brazo y cogió al niño cabizbajo y encendido. Descalzo, vestía éste camisa y chiripacito al que sujetaba un cinto donde se escurría un gran facón de palo.

—Venga p'acá, amigo, ¿cómo es eso?

A la negra le fulguraban los ojos. Y sus abultados labios —como riñones— se movían sin pronunciar palabra, mientras atizaba el fuego para preparar la cena.

—¿Qui ha hecho usté, vamo a ver? siguió don Basualdo, obligando a que el niño se sentara en el mismo banco.

—Y.. yo diva... pa ver d'enlazar con una soguita al pato tuerto qu'estaba dormido...

—¿Y usté sab'enlazar?

— ¡Porque no sé es que quería dir probando el brazo, pues!

Una olla iba a colocar en el fuego la negra. Y, con olla y todo, se incorporó iracunda.

— ¡Ya descogotó al gallo overo, pa' probar el maldito brazo!

—Y... yo también he quebrado, ocasiones, Toribia... calmó el viejo.

Haciendo esfuerzos por no sonreír y barriendo el suelo con sus amplias polleras, la negra atravesó la cocina y abrió una alacena. Volvió de allí con un plato de papas ya peladas y una fingida furia.

—Lo que v'a pasar es que cualquier nohecita d'estas v'a venir Maninga a arrastralo'e las mechas! ¡Tanto que le



gusta al Condenao qui anden aprendiendo a enlazar de tan chicos!...

El gurí puso cara seria.

Y en eso, un negro de unos treinta años, alto, esbelto y trompudo, inclinándose para trasponer la puerta, entró a la cocina.

— ¡Juá, juá! Este v'a ser tan enlazador comu el finao Peludo, me palpita!

Calzaba alpargatas, el moreno. Vestía amplias bombachas de color indefinible y una camisa marrón. El sombrero levantaba su ala sobre la frente y la nuca.

El niño miró al sesgo, con fastidio. Y Ña Toribia, que ya iba a soltar la carcajada, se contuvo, refunfuñando.

Al tiempo que aceptaba un mate, el negro continuó:

— A ver, don, cuentelé comu el Peludo aprendió a enlazar con el Zorro, y vamo a mandárselo al gurí a don Juan pa que le dea lisiones.

— ¡A ver, cuente! saltó el pequeño, ya sin zozobras, entusiasmado.

La morena casi vuelca la olla. Y, ante la mirada severa del viejo, el gurí volvió a agachar la cabeza, confuso.

— ¡Vo so' el que lo tené mal consentido, Tizón! ¡Lo van a sacá un perdido al gurí! ¡O comisario!

Oyóse un trotar que se aproximaba.

— ¡Ahí llega el Mellizo Juan! ¡A que si ha quedao mao en la pulpería y nu ha ido averiguá si la hija'e mi comadre Ramona ha salío'e cuidado! Y una apronte comida y lave y planche y barra y cosa y zurza y remiende y pegue bo-tones y...

Ña Toribia se detuvo sin saber qué agregar. Rosió mientras se acomodaba. Y no hallando nada en su imaginación, continuó alzando la voz para hacer más diferente el recuento:

—Y siga lavando, no má, y planchando y zurciendo y...

— ¡Pero mama, cortó Tizón, usté empieza y se pone talmente el temporal de Santa Rosa!

El Mellizo Juan, dando “¡Güena noche!”, entró. Venía de botas, espuelas, bombachas de merino, ancho tirador que enseñaba un cuchillo enorme, y chaleco con cadena de alpaca, y saco y poncho y golilla tendida y sombrero echado a la nuca, todo viejo que era una verdadera lástima. A pesar de su arrogancia, el paso no era muy seguro que digamos.

—¿Y la hija e mi comadre Ramona? atajó la negra.

—¿Cuála hija?

Ña Toribia revolvió los ojos. Preocupado, acomodándose el poncho sobre los hombros, el Mellizo se sentó.

— ¡Pero, Mellizo!, exclamó Tizón. ¡Mirá, vo'andá comu avestruz a la siesta con ese poncho tan diforme y ete tiempo tan caloroso!

— ¡Y entonces serás capaz de nu haber ido ande te mandé!

—Yo juí a la pulpería y el pulpero, y el pulpero me dijo que le dijera a usté que si aprontara un güen amasijo'e tortas y empanadas pa dentro'e dos domingos, que van haber unas carreras machazas... Y como me dijo eso, yo le calculé qui había salido a eso y me quedé y...

— ¡Y qué tuvite que agarrá pa la pulpería, condenao!

¡Cómo sonaron las palmadas que Ña Toribia se dio en las caderas!

—Y... uno se distrae... y el caballo lo lleva solo... Taba don Cipriano Pinto que era un ray. Meta envite y envite. ¡Eran unas güeltas bárbaras! Cada cual pedía lo que quería... “¡Tomen, metalen no más, paisanos! Yo pago tuito. Aquí hay plata”... ¡Y se palmiaba ese cinto, amigo! Tenía plata que era un banco. ¡Qué hombre bárbaro amigo! ¡Y no

dentra el sordo Baudilio a provocar! “¡Qué plata ni plata, aquí lo que se precisa es concencia! ¡La plata no sirve pa nada! ¡Lo que vale es la concencia!”... Amigo y ahy no más ha dado una patada a una mesa... y redamó vasos y botellas ...y ahy no más unos forcejieron y se llevaron p’adentro a don Cipriano... El pulpero se puso como zorrino rodiao de perros, con nosotros que no teníamos nada que ver. Dijo qu’eramos una manga’e perdularios y qu’iba hacer limpieza’e gente y qu’iba a poner reja otra güelta n’el mostrador, y qu’eso era una vergüenza pal pago entero... Total qui al rato...

— ¡Pero cerrá ese pico, vo, Mellizo: etás pior que teruero que li han roncioa el nidal!

— Güeno, padrino, ¿y el cuento el Zorro y el Peludo?

— ¡Cosa bárbara! ¡Pero mire que dentrar el sordo Baudilio a provocar cuando estaba tan lindo todo! ¡Parece mentira!... Corría la bebida.

— Padrino, ¿y el cuento ande lo v’a dejar?

Mimoso, el niño se había inclinado sobre el pecho de don Basualdo. Y sus cabellos negros se mezclaban con los blancos hilos de la barba patriarcal.

Sonrió el viejo, se compuso el pecho y, entornando los ojos, comenzó:

— Güeno, habrá m’hijo e’saber qu’el Peludo era propietario di una pulpería bastante surtida. El cliente tenía que dar la plata por la reja pa ver de qu’el pulpero le pasara la mercadería, ansina que nu había forma’e que naides le quebrara debiendo un cobre...

— ¡A comer! ¡A comer, que si no se pasa l’arroz! anunció Ña Toribia, disponiendo los platos sobre una mesa sin mantel.

Afuera, en el aire, baja, una lechuza lanzó su “schuizz” agorero.

Todos menos el Mellizo Juan se aproximaron a la mesa.  
— ¡Qué cosa!, suspiró el abandonado, rascándose la cabeza. ¡Metalén, no más! ¡Yo pago tuito! ¡Aquí hay plata hasta pa tirar p'arriba!... ¡Y este cristiano que se pone a dar patadas!...

Después de cenar, mientras Na Toribia lavaba los platos, se volvió a formar la rueda, Serapito, el gurí, buscó asiento en el mismo banco de don Basualdo. Este lo rodeó con un brazo y comenzó:

—Habrà de saber usted qu'el Peludo había criado a una sobrina güerfana, la Mulita, qu'era di un alma especial. Don Juan, el zorro, la conoció n'un baile ande tuito el bicherío andaba'e lomo duro con él. Don Juan no tenía con quien hablar, a no ser con su primo, el Zorrino, de mal genio y lunático siempre. N'ese baile se dio cuenta'e que la Mulita, cada vez qu'él le clavaba la vista, abajaba la cabeza y planchaba con las manitas los percales de su pollera pa disimular su confusión. Le gustó, entonces, prosiar con ella pa sentir, entre su conjundirse y equivocarse, esa cosa inocente que la envolvía y qu'él nu había hallao nunca n'el mundo. Al Peludo le brillaban los ojos cuando los veía juntos. Y la juria el viejo y la nerviosidá d'ella causaron que no la dejara nunca en las runiones. Ansina, sin querer, más bien comu en broma, jue naciendo un cariño —no podía ser amor por la diferencia'e razas—, un cariño qui a él lu iba poniendo más manso y a ella más ladina y juerte y enva-lentonada...

— ¡Oigale la moza!, exclamó el negro, soltando la risa y mirando al niño.

— ¡Callate, Tizón!, exclamó éste. Y dirigiéndose al anciano, repuso: ¡Siga, nu haga caso, siga!

El que no se movía era el Mellizo Juan. Apoyados los codos en las rodillas, y la cara entre las manos, parecía escuchar todo oídos.

--Güeno, un día n'una gran fiesta, la Mulita si acercó a don Juan en cuanto lo vido.

—Tengo de hablarle una cosa, le dijo, pero si no se ofiende.

— ¡Hablá no más, m'hija!

La llamaba ansina porqu'hermana le parecía poco, de tanto que la quería.

—Usté stá mal onde'stá, rodiao de los que no lo quieren, que cualisquier día le van hacer algún daño. N'estos tiempos, que no tenía nadita qui hacer, l'hice una vivienda al lao de la de nosotros. Y ansina no tenemos qu'esperar a los bailes pa estar juntos. Vengasé, se lo pido. Y no si enoje. Que no va'star en lu ajeno sino en lo muy suyo.

Don Juan no pudo hablar; los ojos le brillaron.

—¿S'enojó, don Juan?, si apuró a preguntar la pobre, temblando.

—Qué mi vi a enojar. ¡Es qui ust'es tan güena, m'hija! Esta tardecita, no más, hago la mudada.

— ¡Vamos a estar lindísimo!, suspiró la Mulita.

— ¡Cómo no!

—Usté de mañana enderieza pa casa a matiar y a conversar. ¡Yo mi aburro, solita! ¡Tío no viene hasta la noche'e la pulpería! Yo le cebo mate a usté... prosiamo... ¡Más lindo!

El Zorro si había quedao cismando.

— ¡Qué m'hija!, decía, ¡Tan güena qu'es, tan güena!



La Mulita lo miraba dichosa dende su caparazoncita humilde y parda. El mejor que nada del mundo la quería, le decía m'hijita y la protegería de los bichos malos...

Don Basualdo sacó de su buche de avestruz, chala y tabaco. Y empezó a liar un cigarro. El niño, Tizón y el Mellizo Juan, estaban suspensos. Más allá, Ña Toribia, que, desde hacía rato, se había quedado con un plato en la mano, empezó a secarlo apresuradamente, murmurando palabras ininteligibles.

—¿Y se mudó, no más, don Basualdo?, preguntó ansiosamente el gurí.

— ¡Y no se v'a mudá, con tuitas las comodidade que tenía, muchacho!, saltó la negra desde el fogón, haciendo esfuerzos por disimular su impaciencia, pues el viejo, sacando chispas a su yesquero de pedernal, encendía el grueso "trabuco" y aspiraba con mucha calma el humo.

Recobrado ya, Tizón se llevó ambas manos a la boca, para ahogar las carcajadas, mientras decía:

— ¡Andará buscando carros pa ver de cargar sus tutambas!

—¿Quién se muda?, exclamó, alzando bruscamente la cabeza, el Mellizo Juan, y mirando sobresaltado.

— ¡Juá, juá! ¡Este cristiano taba dormido!

Y, como siempre que se tentaba, el negro Tizón, con las manos en la boca, salió al patio hasta desahogarse. Un perrazo atado a cadena, trató de avanzar entre ladridos. Esto aumentó la tentación del moreno y concluyó por darlo contra el suelo.

Adentro en la cocina, se empezaron a oír como vagidos. Al principio débiles; cada vez más fuertes después, hasta convertirse en sonoras carcajadas. Y en el patio, intensamente alumbrado por la luna, surgió Ña Toribia, las manos en el abultado vientre, a los gritos:

— ¡Juá, juá! ¡Taba comu estaca y uno creiba qui atendía! ¡Juá, juá!

Tizón, en el suelo, se hacía un ovillo a influjo de las palabras de la negra, como víbora frente al venado.

— ¡Güeno, y qué! ¿Porque m'enquivoqué, tanta pava-da?...

Se incorporó el Mellizo Juan con sus espuelas, sus botas, sus bombachas de merino, su ancho tirador, de puñal colgado, su chaleco, su saco, su poncho y su golilla —viejo todo que daba lástima— y sacó aquella tienda ambulante por la puerta que daba al campo, para no cruzar entre los accidentados.

Al sentir el ruido de sus espuelas, los ayes y las carcajadas arreciaron.

—El negro es persona muy tentada, ¿noverdá?

— ¡Sí, m'hijo! ¿Nu está viendo?...

—Güeno, vamo a seguir con don Juan, ¿no le parece?

Los dos negros entraron doloridos, sudorosos y revolcados. Y a flor de labios quedaron los comentarios, porque don Basualdo continuó:

—Seguían al sol los últimos colores hasta quién sabe qué mundos, cuando don Juan llegó a su casa con su comadre, la Cigüeña. Le cargó las cacharpas en el lomo y, en cuantito ésta levantó el vuelo, salió también rumbo a su nueva población. Al llegar, la Mulita estab'arreglando todo. La Cigüeña, dende que lo alcanzó a ver de lejos, se despidió, muy apurada, de la Mulita. En seguida, don Juan alvirtió que le faltaba el mejor lazo, regalo de su tío el Tigre, cuando andaban en güenas relaciones. Salió el Zorro hecho una juña, pero su comadre si había perdido ya entre las nubes.

— ¡Puro vicio!, pensó.

Y en eso vido cruzar al Peludo, que venía de su pulpería. Avisó a la Mulita, que salió como chuza sin decir ni

“Hasta mañana”, y él, con ganas de comer algo, marchó al trote pa bien di atravesar un chircal y llegar al otro lao, donde vería lo qui haría. N’el llano topó al Zorrino al galope, con la cola al viento...

—¿No sabés qu’en la mudada mi comadre me robó el lazo’e trenza?

—¿Y no sabés qu’el mundo ‘stá perdido?, dijo, muy ronco por el continuo beberaje, el Zorrino.

—¿Pa qué te confiás en naides? ¡Ay, Juan, nunca sabrás lo qu’es la vida!... ¿Tenés tabaco? ¡Ando pobre, hermano, que doy hasta asco!

— ¡Cómo no, primo, sirvasé!

—¿P’ande ibas?

--A ver di agenciar algo pa la cena.

--Vamo marchando, entonce...

—Dame juego. Pues sí, el mundo es una inmundicia. ¡Hasta cuándo, vida mía! Dejate’ser güeno, que podés dir lejos, si querés. Tuito está mal, tuito...

—¿Y di hay qué colije, mi primo?, preguntó el Zorro con rabia.

—Colijo qui hay que cortarse solo y jorobar al que se pueda.

—Yo, si vamo a lo que vos decías, muy güeno nu he sido...

— ¡Pero hay que ser malo! ¡Con ser güeno no basta! ¡Ah, si yo pudiera hacer bastante mal, canejo!

Y mostró sus dientes, unos dientes agudos, pero chicos.

—Vos tenés l’inteligencia, siguió. Hacé mal, hacé mal, qu’es l’único güeno d’esta vida!

—Entre vos y la Mulita...

— ¡Ahijuna! ¿Con que ti aconseja lo mesmo?

—No; tira pal otro costao...

—Haga caso a su pariente, qu’es pariente y qu’es amigo.

—Nos estamos acercando demasiado al río. ¿Vamo a rumbiar pal espinillal?

—Meta. Pues sí, mi primo, la vida...

S'entreveró n'una punta di ovejas, hubo un desparra-  
mo, y él quedó solo, con un corderito que se desangraba. Su  
madre, la única madre cobarde en tuito el mundo, sintió ba-  
lar a su hijo y siguió disparando.

— ¡Güen provecho y hasta mañana!

— ¡Salú!, contestó, pensativo, don Juan.

Estuv'un rato ansina. Dispués, sin ganas, como con ra-  
bia, hundió sus dientes n'el mamón y empezó a comer.  
Don Basualdo se incorporó.

—Güeno, otro día seguimo. Vamo a'costarno, que pal  
alba tengo que dir a buscar unos baguales.

Como el acento era terminante, el gurí unió sus mane-  
citas y pidió la bendición.

— ¡Dios lu haga un santo!

Hinchados los ojos el gurí entró a la cocina, esa mañana. Don Basualdo, que había recostado el mate contra la caldera, churrasqueaba.

— ¡Cha qui ha madrugado, amigo Serapito!

El viejo concedió la bendición. Sonriendo, el niño se sentó a su lado y aceptó un trozo de carne jugosa.

— Güeno, padrino —habló con la boca llena— a ver si sigue el cuento'el zorro.

Lentamente, don Basualdo limpió en la bota el cuchillo y lo envainó. Luego, volviendo a llenar el mate, comenzó:

— Güeno, habrá'e saber usté qui una mañana don Juan dentró a la casa'e la Mulita y l'halló muy agachadita sobre su costura. Ella aprontó un güen amargo y, como don Juan dijo qu'él lo cebaría, se lu entregó y volvió a sentarse y a seguir cosiendo.

— ¡Pero m'hijita, anoche cuasi nu he pegado los ojos!

— ¿Y por qué, don Juan?, decía con voz dulcísima la Mulita, sin sacar los ojos de su trabajo.

— Es qu'estaba tan bien, lejos de tuito el bandidaje que mi odea sin causa, cerquita'e mi güena amiga...

Llenaba el mate el zorro, chupaba, volvía a llenarlo.

— ¡Pobre m'hijita! ¡Cómo le podré pagar!...

— ¡Ave María, don Juan, eso no se dice, saltó la Mulita, temblorosa y con la cabeza cada vez más hundida n'el pecho.

Don Juan se puso a mirarla. Y, de repente, dijo:

— ¡Usté ha llorao, m'hija!

— ¡Yo no, señor!, mintió la Mulita. ¡Y largó el trapo!

— ¿Quién l'ha hecho sufrir? ¡A ver, diga!

— ¡Jué tío que me pegó con un maniador porqu'estuvimos juntos n'el baile!

— ¿El peludo?

— ¡El mesmito! ¿No ve?

Y le enseñó las manitas lastimadas por los golpes.

— ¡Ah, bandido!, rugió el Zorro. ¡Ya li haremos pagar caro!

— ¡No se vaya a meter con él, qu'es malísimo. Y además, él lu hace por qu'él me quiere, y li ha dao por maliciar que usté nu es güeno y que se junta conmigo p'hacerlo rabiar a él y hacerme algún mal a mí. Yo li he dicho qui usté es güeno, y es pa pior; se pone más jurioso. ¡Le da una juria! No se vaya a meter con él. ¡Se lo pido'e rodillas!

— ¡Li haré caso! Quédese quietita.

Cuando ella se mostró más tranquila, don Juan se despidió y salió en procura'e su primo, el Zorrino. Enterandol'el asunto, salió con él pa la pulpería'el Peludo.

El sol empezaba a subirse po'el cielo. Un calorcito lindo flotaba n'el aire. El campo estaba liso y verde. De cuando en cuando lo hacían temblar de colorao y blanco las margaritas y de amarillo la flor del macachín. En cuantito pasaron un espinillal, frentaron la pulpería.

En ese momento, maletas al hombro, a pasos despaciosos pero larguísimos, como si viniera en zancos, salía el pato, qui había ido a surtirse. Como a la media cuadra lu atajó



el griterío'el peludo. Se dio güelta muy inocente, y el pulpero le rugió:

— ¡Entregue lo que se lleva di arriba, pedazo'e sinvergüenza!

— ¡Epa! ¡A mi no me ofienda, sabe qué más!, dijo el pato, indinadísimo.

Y en un ademán, se le cayeron dos cartuchos de tabaco que llevaba abajo'e las alas, porque, con l'apurón, no los pudo poner en las maletas.

— ¡Ha sido distraído!, se disculpó, al verse descubier-to. ¡Com'uno tiene tanto asunto en la cabeza!

El peludo, sin decir palabra, porque, a pesar de todo, no quería perder al cliente, agarró los paquetes y volvió a entrar. Pero ya el Zorrino si había metido en la pulpería haciéndole gorgoritos a una botella con ruda. Un ñandú, como no tenía otra cosa a mano, s'empinó un licorcito'e rosa, d'ese qu'en las fiestas hace las delicias del hembraje. Algo malició el pulpero, y los miró desconfiao, pero se tranquilizó cuando oyó decir al Zorrino:

—Nu hay cosa más pior que robar a los pulperos.

El carancho que, mamao y todo, si había apoderao di un puñado de masas, agregó entre hipos:

—Mucha razón tiene el qui habla.

Y dijo el ñandú, oliendo a flores:

—El pato ha perdido la dinidá.

— ¡Como tiene tanta gurisada!, disculpó un aperiacito que, en mangas de camisa, con un chiripá y descalzo, estaba al lao del mostrador, muy humilde y sin copa al frente.

Don Juan hizo echar una güelta general.

El, el zorrino, el carancho y el ñandú, pidieron caña. Después de mil ruegos, el aperiá acetó un anisito. Y don Juan agarró la conversación, asigurando que tenía vendido y medio pago un ganao... Al oirlo hablar de plata, terció

también el peludo.

Y charlando, charlando, confesó que hacía tiempo qui andaba con ganitas di aprender a enlazar. No dijo pa qué cosa. Pero la idea secreta qu'él tenía era la'e salir de noche a robar hacienda.

—Connmigo puede contar pa lo que guste, dijo n'el aire don Juan.

—Lo poco que sé, yo se lo puedo enseñar. Dispués, usté, qu'es de güena cabeza, hará lo dimás.

—Agradezco, contestó el peludo, ya viéndose dueño di una suert'e campo con güenas poblaciones y todo. ¿Y pa cuando podemos emprincipiar?

—Pa esta tardecita, si quiere, a la salida e la pulpería.

—¡Pero va estar muy oscuro, compañero!

—No li hace, ansina hay más dificultades. Ansina es como si aprende. A ver, ¿cuánto se debe? Nosotros cairemos...

—¡Eso sí que no, amigazo!

Y el peludo dio la güelta el mostrador pa estar más cerca'e don Juan, y gritó el dependiente, qu'era un chajá poca cosa:

—A ver, andá adentro y traite mi damajuana y servinos en vasos grandes.

Y abajando la voz, li habló al zorrino:

—¿Y qué tal amigo Zorrino? ¿Qu'es d'esa vida? ¿Qui and'haciendo?

Asquiao de verlo tan zalamero, el zorrino contestó seco, mirando pa otro lao:

—Aquí andamo, caminando.

El peludo no cabía en su cáscara. Mentao en muchas leguas a la redonda por su habilidá n'el lazo era don Juan.

—Si yo dispués le propusiera el negocio..., pensaba el tí'o'e la Mulita. Si lo pudiera trair connmigo... con lu inteli-

gente qu'es... Pucha, sería cosa'e volverse rico a la güelta'e poco tiempo!... ¡Tome! ¡Metalé! ¡Valiente! ¡Por favor, no mi haga cumplidos!

Ya tenía el Zorro medio embarullada la cabeza, cuando consiguió zafarse.

—¿A ver, cuánto se debe de la primera güelta?

—¡Por favor, don Juan, aquí no se debe nada!

De gusto hizo juerza pa pagar el Zorro, pero el otro habló hasta de que si ofendía. Salieron los parientes. No habían andao diez varas, cuando el Peludo, adrede, pa que lu oyeran anque hubiesen agarrao al galope, gritó con voz de trueno, acercándose, pa más, a la puerta:

—¡Pucha, mozo güeno, don Juan! ¡Ese vale lo que pesa!

Y en seguida, muy bajito a la concurrencia, dejándola como un yelo:

—Miren, muchachos, que lo que no le dejé pagar a él jué lo qu'el tomó con el primo. L'otro corre por cuenta di ustedes.

—¡Pero si yo no tomo nunca más que cuando envitan! dijo el pobre aperiá que, como siempre, se hallaba sin un cobre.

—¡Ah, yo no sé! ¡Aquí se paga y si acabó!

—Pero ¿y con qué?, volvió a decir el aperiá, sudando a mares.

—¿Con qué? ¿Con qué?, rugió el dueño'e casa. ¡Aunque sea con el lomo, pedazo'deslavao!

Ahí nomás dentro el ñandú a dar una patada al mostrador.

—¡Güeno, güeno! ¡Tanto escándalo por unos cobres disgraciados! El señor tiene razón, ¿sabe? Y usted, pulpero, es una mugre. Aquí hay plata. ¿Cuánto le debe el señor y el carancho y yo? ¿A ver? ¿Cuánto es el consumo? Y menos

gritería, qui aquí ninguno es sordo, ¿comprende?

El Peludo se amansó todito.

—Pero amigo... si yo dije...

— ¡A ver, a ver! ¡Cuánto es el consumo!

El pulpero dijo lo que era. Pagó el avestruz, guardó el güelto y salió escoltao por el aperiá. En el camino se separaron, despidiéndose muy cariñosos.

Encendió don Basualdo, echó unas humadas y continuó:

—¿A la nohecita? En medio'e la oscuridá, n'un rede-pente salió la luna. Y tuito lo qui antes estaba negro dejó cair su sombra n'el pasto y se dejó vestir en luz platiada. Se acercaban dos a la desierta pulpería. Eran el Zorrino y don Juan.

— ¡Yo creiba que no venían!

—¿Cómo vamo'a faltar a la palabra?

Cerró el peludo su boliche, le puso las trancas de fierro y apareciéndose por la retaguardia, dijo:

—Señores, estoy a la disposición.

Y ahí no más agarraron pal campo. El Zorro iba alvir-tiéndolo:

—Usté, cuando vea l'animal, rebolea el lazo y se lo tira a la cabeza. En seguida usté si afirma y v'a ver como tuito marcha macanudo. Primero yo le vi'a mostrar como si hace. A ver, mi primo, si repunta algún ganao y le enderieza p' aquí.

Desapareció el Zorrino y, al ratito, si oyó un alboroto que si acercaba.

Sin que el Peludo se diera cuenta, don Juan enredó una punta'el lazo n'un tronco'e ñandubay, y esperó. Una novillada pasó quemando los pastos. Don Juan reboleó el lazo y se lo tiró a un yaguaré que se dio vuelta n'el aire y cayó patas p'arriba. El Zorro había hecho como que tiraba, pero el

lazo estaba firme, prendido al ñandubay.

— ¡Qué bonito!, dijo el Peludo. ¡Eso si es habilidá!

— Aura le toca a usted. Ya vido como si hace. Por las dudas, como tuavía nu es baquiano, atesé el lazo a la cintura y saquesé las botas p'afirmarse mejor. V'a ver que nu hay animal que le resista el seco.

Con trabajo se sacó las botas y unos escaarpines muy llenos de remiendos. Di ahí, entre el Zorro y el Zorrino lu ataron bien.

— Aunque te duela un poquito, nu es nada, previno el Zorrino.

Al Peludo no le gustó eso y mucho menos el tuteo, pero no dijo palabra. Dispués salieron al tranco, pa buscar güena colocación.

— Lo primero qui hay qui aprender es la l'asujetada. Ahí está cuasi tuita la cencia. Con la juerza qui usted tiene, pronto será el mejor pialador del pago.

— ¿Le parece?, decía contentísimo el Peludo, qu'en lo' e la juerza se tenía fé.

— Nu es que me parezca, estoy segurito.

Entre dientes, el Zorrino agregó:

— Me palpita qui hoy aprendés tuito.

Se hizo chiquito el Peludo.

— ¡No siá desagerado, compañero! Hoy, si acaso, aprenderé l'ajustada.

Y le tocó la cintura, no fuera qu'el lazo estuviese flojo. Pero por ese lao, podía estar tranquilo. El Zorrino y don Juan li habían dado sinfinidá'e güeltas.

— Vamo a pararnos po'aquí, dijo el Zorro al llegar a unos espinillos. Y a ver compadre si repunta algo especial.

Al galope se alejó el Zorrino.

— Yo dispacito, le viá dir enseñando cosas qui usted ni se las ha soñao... Lo qui aura quiero es l'asujetada.

—D'esta hecha l'apriende. ¿No siente?

Era verdá. Como chuza venía una tropilla, arriada al griterío po'el primo'e don Juan.

—Ya sabe, afirmesé juerte, recomendó el Zorro. Yo tiro el lazo y usté asujeta.

— ¡Macanudo! ¡Metalé cuando guste, no más!

Los potros pasaban con los ojos como brasas. N'un repente, don Juan vido venir un overo que apenas si tocaba el suelo. Rebolió el lazo y gritó al Peludo:

— ¡Aura y nos juimos! ¡Afirmesé bien!

Así lo hizo l'otro. Clavó las uñas en la tierra, se arrolló todito... Pero, cuando se terminó el lazo, l'overo siguió corriendo y el peludo salió a los rebotes.

— ¡Ay, Jesús! ¡Asujetenmen!

Don Basualdo recostó el mate a la caldera, se incorporó y dijo, riendo:

—Güeno, ya vido cómo se las cobró el Zorro. Y yo vi'a ensillar, que tengo qui allegarme a l'estancia.

El gurí salió tras él, acomodandose el chiripá.

—Mire, padrino, vi'a ser curioso, quien li había remendao los escarpines al Peludo?

—Y... la Mulita... ¿Quién iba a ser, muchacho?

— ¡Ah, bien me parecía!

Con una tristeza desconocida volvió a la cocina Serapito.





La mañana va tornándose cada vez más tibia y luminosa. En el aire cargado de efluvios agitan las mariposas el efímero milagro del raso de sus alas. Desde su palo agujereado, cruza el turbulento mangangá, ante cuyo zumbido la abeja se hace a un lado, presurosa y bajo cuyo peso la flor se inclina y desfallece. Quietecitos, ocultos por verdes y frescos quitasoles, duermen los bichos de luz que se alzan con las primeras sombras para constelar el ruedo del vestido de la que ostenta cruz de brillantes y astral diadema. Como haz de hojas recién tronchado, el feroz mamboretá aguarda al insecto ante el cual se erguirá terrorífico para devorarlo, mientras llega la hora nupcial que ha de traerle la muerte con el fin de su goce, en el lúgubre festín que precede a las bodas. Sedientas de fecundidad, las flores ingenian sutiles artimañas. Y ya desprenden en el aire globitos que estallan lanzando alrededor la ofrenda vital, ya muestran a los alados viajeros la entrada de túneles prodigiosos o les ofrecen una copa de dulces jugos para prenderles, en un descuido, su mensaje de amor. Desde abajo, se estiran hacia la luz tallitos delicados. Algunos, con tiempo apenas de contemplar el día, ya caen bajo negros hacheros que talan y llevan cargas, húmedas de vida todavía, hasta subterráneas oscuridades.

Suspendiendo esta actividad al trote de su caballo, de recorrida del campo, alerta el ojo, andaba Tizón. Don Basualdo salió temprano hacia la estancia, de donde debía traer unos baguales. El Mellizo Juan, después de lavarse y peinarse bien, se había puesto toda su ropa, enfundado el poncho y desaparecido. Su "parejero", ensillado en el galpón desde que ordeñó, tampoco se hallaba. Seguramente estaría atado al palenque de "El Porvenir", la pulpería que, detrás del monte, en la otra margen del río, casi sobre las barrancas del paso, alzaba sus antiguas poblaciones de piedra. Sólo quedaban, pues, Ña Toribia y Serapito, el gurí.

Dos ranchos formando cuadra y un largo galpón constituían el puesto. Tabiques de cebato dividían en tres habitaciones uno de los ranchos. El otro constaba de dos piezas, la cocina y el cuarto de la negra, separados por grueso muro de terrón. El galpón, la mitad con pared y la mitad de lados descubiertos, hacinaba recados, lazos, boleadoras, hierros, cueros y el carrito que solía utilizar doña Toribia para alguna visita o para conducir, en los días de carreras, su carga de pasteles, de tortas, de empanadas, a un lugar estratégico bajo los ombúes de "El Porvenir".

A escasos metros cruzaba el camino que atravesaba el paso del río, frecuentemente transitado por las tropas conducidas a la ciudad distante y, una vez cada cinco días, por la diligencia de Evangelista Perdomo, que hacía la carrera entre las Puntas de Perico Chico y el pueblo de Carreta Quemada.

Al barril de rastra que en medio del patio, bajo un ombú, cubría su boca con una arpillera mojada, se dirigió Toribia llevando un balde en la diestra. Valida de un tarro pequeño, rebosó de agua el balde y volvió a la cocina, donde una olla hervía al fuego.

El niño, sentado en un banquito, con azucarero y cal-

dera al lado, le cebaba mate dulce.

—Pué sí, m'hijo, dijo la negra, llenando de agua un cacharro y asentándolo sobre el fogón, usté no se vaya cré qu' el mundo é solito l'Argentina y el Brasil y la Banda Oriental. El mundo é una cosa bárbara; é inmenso. Ta minao de países de diferentes layas, que n'un redepente arman unas trifulcas de padre y señor mío...

Seguida por los ojos del gurí, abrió la alacena, sacó una bolsita y, de nuevo, junto al fogón, echó del cacharro varios puñados de arroz.

—...Ha'bido guerras, mire, que la Guerra Grande d'esta Banda queda a l'altura de un cambio'e palabras, mismo. Y saberá qui adentro'el mundo que se puede vé y tocá, y hay otro mundo má, qui uno descubre pa su mal, en ocasiones, solito po'una casualidá tamaña. Las brujas, toda la sarte'e demonios, tienen poblaciones que son, le viá decí, como di un aire o di un humo. Usté las atraviesa y ni cuenta que se da y los deja intatas. Tienen mares, tienen ríos, qui usté vadea sin saber y sin mojarse tantito ansina. Y montañas... ¿Usté sabe lo qu'es una montaña?

—Son piedras.

—Son piedras, pero amontonadas p'arriba no pa los costaos. Garran una altura que las nubes no les topan la punta... A lo mejor, n'esta cocina hay un palacio'e duendes... ¿Usté sabe lo qu'es palacio?

—Es una población diform'e grande y lindísima.

—Sí, pué. Y má que linda. Tiene comodidade'a granel. Y un lujo que se viene abajo. Güeno, como l'iba diciendo, a lo mejó aquí hay un palacio'e duendes y a estas horas tan de mucho envite y guitariada y baile corrido, nomá... ¡Mire usté comu é la cosa! Si usté se pone a pensar en lo que puede vé n'el mundo y en lo que no puede vé, tendría qui agenciar la pacencia'el güey y la vida'el águila... y un coraj'e líon pa nu asustarse d'entrada nomá.

—Yo, cuando siá grande, dijo el gurí llenando el mate y alargándoselo a la negra, me vi'a poner a pensar.

—Pero muchacho e Dió, éno t'estoy diciendo que nu hay pacencia que dé abásto, que la vida es poca y qui hay cosas qui al hombre más sin yel lo hacen temblar como vara verde? Mirá, vo no te hacés cargo'e lo que l'estoy diciendo...

Se secó la frente con el delantal y, descolgando el pedazo de carne que pendía de un gancho, lo puso sobre la tabla de picar y comenzó a trozarlo.

—Mirá, and'á a trairme la chaira qui haberán dejao n'el galpón cuando carnieron.

El niño apoyó el mate contra la caldera y salió acomodándose los pliegues de su chiripacito blanco.

Pocos instantes después se oyeron sus voces desesperadas.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Mire cómo lo pasan al Mellizo po el camino! ¡Lo train preso! ¡Ay! ¡Lo van pasando pa la comisaría! ¡Ay! ¡Ña Toribia querida!

—¿Qué decís muchacho'e Dió?

Asomándose, la negra se llevó las manos a la cabeza. El Mellizo Juan, con las piernas atadas por debajo del vientre del caballo, detrás un sargento y un milico, levantando nubecillas de polvo, pasaba por el camino y seguía de largo.

El niño volvió a clamar entre sollozos.

—¡Mellizo! ¡Mellizo querido!

Fría se había quedado la negra. Mas, de pronto, salió corriendo hacia el camino, entre revuelos de polleras, con los brazos en alto, gritando:

—¡Paren! ¡Paren, cristianos! ¡Dejen hablá a las personas! ¡Asujetensén!

Serapito la siguió, doliente.

Los jinetes hicieron alto.

El milico sólo tenía de tal la espada y la casaquilla. Y

ésta misma poco tenía de tal, también, pues se completaba con dos grandes añadidos de pana negra, e iba prendida con botones "de particular". Pequeño en el caballazo, se echaba hacia atrás a fin de conseguir ver por bajo el ala del gran sombrero. El sargento era alto, flaco, de ralo bigote caído. La casaquilla mostraba buenos botones dorados. De espada y pistola, llevaba a la nuca un casco que ni de medida.

— ¡Qué ti ha pasao, criatura!, interrogó al preso, resollante y angustiada, Na Toribia.

Sin alterar su aire hosco iba a responder el Mellizo. Pero de entre el confuso turbión de ideas, una se destacó urgentísima en la mente de la negra y la hizo aproximar a los representantes de la autoridad sin aguardar la contestación, con la mano tendida.

— ¿Cómo le va, señó sargento?

— Bien pa servirla, respondió el aludido, inclinándose sobre el caballo y estrechándose la.

— ¿Cómo lo pasa, don soldao?

El soldado estiró la mano, pero de abajo del sombrero no salió nada.

Esto dejó a la negra medio turulata. Para reponerse, tornóse hacia el niño.

— ¿Y usted no sabe saludá a la gente? ¡Vaya y salude a la gente!

— ¿Cómo le va, señor sargento?, dijo el gurí más muerto que vivo, alargando el bracito.

— Bien pa servirlo.

— ¿Cómo lo pasa, don soldao?

El descolgó la mano, balanceándosele el sombrero, pero tampoco habló esta vez.

Con creciente inquietud le clavó los ojos la negra, cuando el Mellizo, sin abandonar su aire fiero, creyóse en la obligación de prevenir:

— El señor no contesta porque's mudo.

Gravemente, el sargento ratificó:

—Sí, él es mudo. Atiende, pero hablar nu ha hablao en jamás de los jamases.

A pesar del susto, la curiosidad picó a Serapito. Y se pegó al caballo del soldado y miró para arriba.

—Güeno, señor sargento, yo lu he venido a saludá...

A la negra se le hizo un nudo en la garganta. Tragó fuerte y continuó:

—... pa decirle si me podería decí el delito d'esti hombre.

—Le saqué al sordo Baudilio la maña qui estaba agarrando'a...

— ¡Silencio!

Ante el tono imperioso, el Mellizo se calló la boca y agachó más la cabeza. Como si preparara una topada.

—¿Usté se cré que nu está picao porque nu está n'el calabozo? Pues sepa usté qui aunque está n'el medio 'el campo está preso lo mesmo... ¡Y encomunicaio!... Pues como yo l'iba diciendo, señora, el detenido cuasi li ha rajao la crisma a uno en la pulpería, con un taco'e billar.

—Pa sacarle las mañas de redamar mesas a patadas...

— ¡Silencio l'encomunicaio!

El caballo del sargento caracoleó, con el cogote hecho un arco.

— ¡Güeno, señor, pero hagalo po'el gurisito!...

Ña Toribia se interrumpió. Y diciéndose para sí:

— ¡Pero aura ti has callao la boca, pedazo'e pavo!, se aproximó al niño, lo sacudió con furia y lo arrastró hasta el sargento, sonriendo mientras hervía por dentro.

—Tranquilícese, qui este señor, ahy donde usté lo ve, tiene un corazón de oro. ¡Po mí que soy pobre negra vieja!

Mordiéndose nervioso los bigotes, el sargento vacilaba. El no podía menoscabar su autoridad a las primeras de cam-



bio. Se compuso largamente el pecho al fin, y dejó caer estas palabras:

—A ver, detenido, preste declaración. ¿Por qué hizo usted ese desmán?

—¿Por qué le di la soba? Por el batuque injusto qu'él armó ayer allí mesmito, provocando a don Cirilo Pinto, voltiando mesas a patadas y cortando envites de amistá...

—¿El taqueao había armao espectáculos?

—Armó espectáculos y provocó y patió las mesas y redamó el coperío...

—¡Ta bien! ¿Y cómo a quí hora me podría decir que pasó eso?

—Más o menos a l'entrada'el sol.

—¡Ta bien! Güeno...

Inclinándose sobre la cabezada, gritó al soldado:

—¡A ver, Perfumo, abajesé y desatelé los pieses al señor!

Radiante la negra, se acercó al magnánimo.

—Y abajesé usted también, y alleguesé a matiar y a probar lo qui haiga y...

El mudo, que había desatado en un santiamén, agarró su caballo de las riendas, como para llevarlo de tiro hacia el rancho promisor, pero el sargento expresó con austeridad.

—Si agradece. Nosotros retrocedemo pa la pulpería a prender al delincuente.

Tornó su cabalgadura. Y sin aguardar a que su subordinado montara, salió a galope tendido.

—¡Pero muchacho'e Dió!, exclamó Ña Toribia contemplando al todavía empacado Mellizo. Y recordando algo, gritó:

—¡Y vo, pedazo'e pavo, en la parte mejó parastes el llanto! ¡Camine pa la cocina ligerito!

Nubes de polvo levantaban los cascos que se alejaban hacia "El Porvenir".



## 5 (\*)

Mientras se preparaba la comida, como hacía calor aquella noche, don Basualdo, Tizón, la negra Toribia y Serapito se habían sentado afuera, junto a la cocina, mateando. La luna, grande y apenas subida, proyectaba sobre el suelo larga sombra del rancho. En el aire bajo, los bichos de luz parecían estrellas con miedo, que buscaran aturdidas el camino hacia lo alto. Ni un rumor turbaba el silencio de la noche, a no ser, de cuando en cuando, allá lejos, el gritar de algún zorro o, frente a ellos, el brevísimo revolotear de un pájaro entre las ramas del ombú.

simo revolotear de un pájaro entre las ramas del ombú.

Serapito, el primero, vio de pronto dos emponchados que se aproximaban al lento tranco de sus caballos. Mirada de lince, Tizón reconoció en uno de ellos al Mellizo Juan.

—¿Y quién será l'acompañante?, preguntó don Ba-

---

(\*) El relato correspondiente a esta velada pertenece a una serie de cuentos de diablos en la misma línea de "Rodríguez". Si bien existen testimonios de otros cuentos hechos oralmente por Paco, el escritor no llegó a darlos para su publicación. Existe otra versión original de este cuento concebida como un relato independiente, en la que se mantienen como personajes Tizón y el Mellizo Juan, pero que está narrada en primera persona, aparentemente estaría destinada a una charla radial.

sualdo, cuyos ojos ya no atravesaban la noche, como antes.

—Por la manera'e montar, l'estoy carculando qu'es forastero..., respondió Tizón al cabo de un momento. Viene n'un caballito espiao... Hombre de edad es... Desprolijo... ¡Carancho, tiene pinta'e cosa'el otro mundo!

— ¡Jesús mi ampare!, exclamó la negra, persignándose. ¡Vos siempre con esas cosas en la boca! ¡No tenés miedo al castigo, muchacho'e Dios!

Al llegar a la portera, en uno de cuyos costados mostraban sus chuzas unas pitas, los jinetes descabalgaron. Y se quedaron allí como conversando de algún asunto muy serio.

Pasaban los minutos y ellos no se movían.

—Yo vi'a bombiar de qué se trata, dijo Tizón. Hizo señas a Serapito para que no lo siguiera, se acercó con precauciones al ombú, se tiró al suelo y, arrastrándose, llegó hasta las pitas de la portera.

El viejo tenía una barba blanca, cerrada. De "bota'e potro", él. Con poncho "tusao" en todo su contorno.

Sin salir de su asombro, Tizón escuchó que el viejo, en voz baja y misteriosa, confiaba al Mellizo Juan.

—Otra noche, diba yo n'unas carretas con cargamento e'cuero y lana, de pión del finao Escalada. ¿Usté no lo conoció al finao Escalada?

—No, señor, respondía, también por lo bajo, el Mellizo.

— ¡Flor de persona, mire, sin despreciar lo presente, le garanto! Supo casarse en dos ocasiones. Una con una'e los Pérez. ¿Usté habrá oído hablar de los Pérez?

—Sí, señor. Pérez conozco dende chico.

—Murió la pobre di un pasmo. Taba que daba gusto verla, amigo, cuando le vino una cosa'e golpe... y en cuanto la curandera la vido, les dijo clarito nomás a los dolientes: "Miren, muchachos, yo les vía decir la verdá, no s'estén haciendo ilusiones. Esto es un bruto pasmo que no tiene güel-

ta..." Güeno, ¿y de los Martínez también habrá oído las mentas?

—N'efeto.

—Güeno, d'ese apelativo era la segunda mujer. Entró a la gloria di un susto que le dio un lagarto un día qu'ella, estando embarazada, andaba sola po'el campo, juntando güevos. Usté sabe cómo es el lagarto pa l'embarazada. Ahy nomás nomás l'atropelló y la corrió sin darle alce, a los coletazos, hasta que llegó cuasi a las casas... Güeno, como l'iba diciendo... esté, ¿qué l'iba diciendo?

—Que diba usté en las carretas de un tal Escalada..., ayudó el Mellizo con dolorosas urgencias de que siguiera.

—¡Siguro! Tábamos una nohecita, matiando después de cenar, al lado de la carreta d'él. Taba yo, taba el finao con dos hijos que usté habrá oído nombrar: con Calicto Papa y con Efrén. Efrén jué el casao con una'e las Perera, que se li armó una alegación en la fiesta del casamiento y reyunó di una oreja a un sargento de la polecía... Güeno, tábamos toditos: y el finao Irineo Frontán, de los Frontanes del Guaycurú, hombre alegador y que, medio en tranca era muy capaz, d'enfurecer a un güey siñuelo. Ahy tábamo lo más bonito, cuando nos vemos aparecerse uno'e poncho colorao, montao n'un parejero oscuro qu'era lo que se dice una pintura. Mañió su pingo, enderezó a nosotros muy cumplido y se sentó a platicar y a tomar mate. Flaquerón l'hombre y altote. Tenía una barba fina p'abajo y unos bigotes finos pa los costaos. Mirándolo bien, amigo, parecía qu'era cruza'e chivo con bagre. El flete taba tapao de plata y oro. Y él era una cosa bárbara, amigo... amigo... ¿Cómo me dijo que se llamaba usté?

Al decir esto, el viejo le puso la mano en el hombro al Mellizo.

—Juan Barcelón, a su sórdenes.

— ¡Viera qu'espuelas de gargantilla, amigo Barcelón! ¡Viera usted ese tirador, esa daga, don Juan! ¡Y qué vozarón, amigo! Parecía mesmito que le salía'e la hebilla'el cinto. Talmente como si hablara por la boca'el estómago.

De la atención que prestaba, al Mellizo se le achicaban los ojos. Tizón, tirado junto a las pitas, se llevó las manos al estómago. Pero pudo aguantar la tentación y seguir escuchando.

— Güeno, nosotros ya habíamos comido. El finado Escalada carculó qu'el forastero nu estaba cenao, y aunque l'otro hizo istancias pa que no s'incomodara, ahy nomás le dijo Escalada al finao Efrén... ¿Usté no lo conoció al finao Efrén?

— ¡Qui hombre, amigo! Yo supe salirle'e padrino'el hijo mayor. Es una seda'e persona, le garanto. Aura está'e coime-ro en la pulpería "La Flor de un día", n'el Paso'e Burgos. Güeno, ahy mandó a mi compadre Efrén que pusiera un churrasco a las brasas. Y ahy s'entabló la prosiada. Muy educao el forastero, muy gente... Y de mirada finita, amigo... finita que usted veía que dentaba hasta'el fondo. Sacó naco, picamos todos, armamos... ¡Usté viera qué tabaco, amigo!

Y volviendo a poner las manos sobre el hombro del Mellizo, le preguntó tiernamente:

— ¿Amigo cómo, me dijo?

— Juan Barcelón, a su sórdenes, respondió éste suspenso, sin respiro.

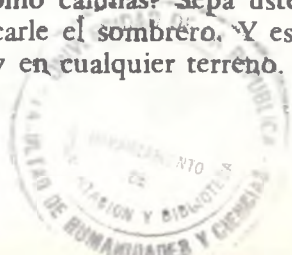
A medida que ascendía, la luna acortaba la sombra de los dos. Un airecito les plegaba los ponchos. A veces, se los sacudía.

— Amigo Barcelón, iusté no sabe qué tabaco! Y él em-principió con qu'era'e la otra Banda, qui andaba n'un nego-cio muy reservao... Yo me había quedao mirando aquella larga flacura. Y n'un redepente veía un chivo, clarito, muy

sentao al lao del finao Escalada. Y n'otro redepente se mi aparecía talmente un bagre. Güeno, mirándolo fijo, también taba el finao don Irineo Frones. Y sin querer si habrá acordao di algo, l'hombre, digo yo, porque, n'una que nos habíamos quedado un rato callaos, limpiándose los dientes con el cuchillo, salió diciéndonos a todos: "Yo supe conocer n'una pulpería'e las Puntas de Olimar Chico, a un tal Maneco Vanegas, qu'era l'hombre más sin yel que siá puesto espuelas n'el mundo. Esi hombre, ahy ande ustedes lo ven..."

—¿Taba también allí, con ustedes?, interrumpió el Mellizo.

—No, allí no había naides. Era una costumbre que tenía el finao Irineo Frones de decir siempre: "Ahy ande ustedes lo ven". ¿Comprendes, amigo? Usté sabe lo qu'es la costumbre'e l'hombre. Güeno, y siguió el finao Frones: "Esa persona de qu'estoy hablando, a tirones cuasi lo deja sin copete el mesmísimo Demonio, n'una oportunidad". ¡Hermanito, si atoró con el mate, el forastero! Y asujetándose el sombrero, preguntó n'el aire: "¿Maneco Vanegas, dijo? ¿De las Puntas del Olimar Chico?" "N'efeto", contestó el finao Frones, y siguió continuando con qu'ese conocido, n'una güelta, cruzando una cerrillada, se topó con el mesmísimo Condenao en persona, y éste lu empezó a engatuzar pa bien d'hipotecarle l'alma. Vanegas le comprendió el juego con que venía, y, genioso como era, y sin miedo, se le jué arriba y le aposentó los dedos en las crines y empezó a darle sacudones... ¡Viera, entonces, amigo, Juancito, al forastero enderezarse n'el asiento al oír esto y gritar: ¡Eso es una caluña tamaña!... ¿Cómo caluñas? Sepa usté que a Maneco Vanegas ahy que sacarle el sombrero. Y es amigo y yo lu hago respetar aquí y en cualquier terreno. Y usté no es quién pa ofenderlo".



Al decir esto, hecho un basilisco estaba el finao Ireneo. Y el forastero se paró y dentró a apartar el finao Escalada, como tigre con el finao...

El narrador vacilaba, olvidado del nombre. El Mellizo se dio cuenta y le tiró una cuarta, ansioso, porque continuara.

— ¡Güeno, no li hace! Don Escalada estaba enojao con el finao. ¿Y di ahy?

— Y di ahy lo sacó sermoniándolo y diciéndole qui adelante d'él había que respetar a los güespedes y que se juera a dormir a su carreta y que dejara la cosa en paz. Si acercó otra güelta al fogón, disculpándose en toda forma con el forastero. “ ¡Nu haga caso, señor! ¡El pobre ya'stá medio ido 'e vejez!... Sirvasé otro mate, que ahy nomás v'a estar el churasco!... “Pero al hombre nu había forma di hacérselo agarrar. Que por esto, que por l'otro... pero lo qu'es el mate no lu agarraba. Y el finao Escalada se ponía cada vez más disjustao, amigo. Viéralo, triste, el hombre, rogandoló. A nosotros se nos partía l'alma y le decíamos también que lo aceptara. “Es qu'el señor mi ha hecho calentar y el mate me v'a sentar n'el estómago com'una patada, mesmo”... “ ¡Pero, tome!”, decíamos todo el mundo.

— “¿Qué le v'hacer?”, mañerió otro poco el cruzao de bagre con chivo. Hasta qui agarró el mate y se llevó la bombilla a la boca. ¡Pa qué lo habrá hecho! ¡Viera, Barcelón, lo que pasó! La bombilla si ablandó talmente como vivo-riando, y en seguida cayó adentro'el mate, redetida...

El Mellizo se secó el sudor de la frente y volvió a atender.

— “¿No ve? ¡Si yo sabía que con la calentura l'iba a jundir la bombilla!”... Mire, esté... esté...



— ¡Juan Barcelón, a su sórdenes!, acudió el Mellizo.

— Mire, amigo Barcelón, ya tenía juego en la boca. Con l'iluminación, yo le vide hasta una picadura que tenía en la muela'el juicio. El, muy apurao, le dijo al finao Escalada: "Com'usté ha tenido tan güen comportamiento, yo me retiro pa nu hacerle aquí nomás un zafarrancho. Haganmén el favor, por su bien se los pido, d'empaparme este pañuelo". Se paró el Diablo y le alargó un pañuelo colorao... ¡Viera qui estirao y qui flaco si había puesto! Yo l'entregué chorriando agua el pañuelo y él se lo pegó en la boca. Y sin decir ya palabra, desmañió, montó y salió a galope tendido. Como a las veinte cuadras quiso atajarlo una manguera. Dio un salto ese oscuro viejo y lo vandió limpito. Y ahy le vino un golpe'e tos al Diablo. ¡Y viera, amigo, salirle las llamadas! Por suerte, el viento estaba de güen lao, que si no, nos volvemos chicharrones en la quemazón. Ardía ese campo, amigo, como plato con caña al que le arriman un fósforo... Y aura que digo fósforos, viá ser curioso, esté, ¿no tendría una moneda di a peso, por una casualidá?

— ¡Cómo no!, contestó el Mellizo Juan echando mano al cinto y largándosela.

— ¡Ah, mire qué bien!, exclamó el viejo. Y la guardó en su bolsillo, le dio la mano al interlocutor —que se había quedado más pasmado de lo que estaba—, montó y picó espuelas.

El Mellizo permaneció anodadado. Cuando se repuso un poco abrió la portera, y con el caballo de tiro, entró al patio. En ese instante, a carcajadas, Tizón se incorporó del suelo.

— ¡Cruz Diablo!, gritó el Mellizo costalando sobre su caballo, que se le paró de mano.



Como siempre, Tizón hizo cosas de negro. El y el mellizo Juan recibieron orden de ir a esperar una tropa de reses bravas al Paso de los Ceibos. Y llegaron allí la tarde antes. Por eso es que se desviaron dos leguas para pernoctar en "El Abrojal", una ranchería del Canelón Chico. Cerrada ya la noche, en aquella pulpería, dueña de un galpón donde, sobre los recados, se dormía como rey, oían los comentarios sobre la gran lotería de Lino Báez y decidieron, sin consultarse, concurrir.

En cuanto cenaron, se pusieron los sombreros y hacia allí se dirigieron. Por extraña necesidad de llenar las fórmulas, se desarrolló, a posteriori, el siguiente diálogo que olvidaron tejer en su oportunidad.

—¿Y qué te parece, Mellizo, si juéramo a tantiar la suerte a lo'ese tal Lino?

—Y... por mí, vamo, nomás, Tizón. Vo sabés que yo soy persona d'ir a cualquier parte con un amigo.

—Güeno, (ya estaban cerquita) entonce vamo a la lotería, si te parece...

—Meta. Meta, nomás. Usté va con su amigo...

Chiquitos tenía los ojos el Mellizo. Chiquitos e irritados. Marchaban a lo oscuro, entre cardales, envueltos en ladridos. Los perros se desesperaban con el ruido de las

grandes nazarenas del Mellizo. Es que parecía que iban muchos entre los cardos; que eran lo menos siete u ocho pares de espuelas las que rascaban el suelo.

Los atajó la luz de la puerta. Asomándose, observaron.

Alto, flaco, de caídos bigotes y gran golilla colorada, con una órbita vacía y la otra engarzando un ojo sin pestaño, de águila, Lino Báez estaba sentado en la cabecera de la larga mesa, mitad mesa y mitad dos hojas de puerta sobre caballetes. Alrededor de ella, móvil, la luz de una lámpara sobre los rostros, se hallaban como treinta. La variedad de los asientos los hacía más desaparejos de lo que eran. Unos inclinaban la cabeza sobre la mesa como pescando con caña; otros estiraban el pescuezo a lo jirafa.

Los sombreros daban idea de lo de abajo y de lo de adentro. Inclinados sobre la oreja, de ala alzada sobre la frente y la nuca, mustios como de trapo, de copa a toda comba. En un rincón, en torno a mesa pequeña, a la luz de un velón de sebo, se agrupaban más. Sobre un cajoncito, en otro rincón, como si estuviese observando el junto del techo, estaba un cieguito, Perdomo de apelativo, la melena, como de seda blanca, sobre los hombros. Recostados a la pared de cebato, junto a una arpillera que servía de puerta de comunicación, dos indios descalzos, en camiseta y de pañuelos al cuello, en cuclillas, tenían un cabo de vela frente a ellos, en el suelo. El humo de las luces, del tabaco, iba de narices en narices, y se lanzaba, por fin, a la noche, gracias a una puertita sin cortina, que daba al patio.

— ¡Pasen adelante, señores!, insistió Lino Báez al advertir la presencia de Tizón y del Mellizo. A ver, caballeros, hagan dos laos pa estos señores.

Recién se acomodaban ellos, apretujados, cuando un pardito hizo irrupción en la sala.

— ¡Ta el sargento! ¡Ta el sargento!, anunció.

Hubo un manoteo de cinturas. Sordamente, con vainas y todo, dagas, puñales y una pistola de dos caños cayeron entre los puchos del suelo, bajo la mesa.

Arrastrando el sable al agacharse, la "autoridad" traspuso el umbral. Y el sable se alzó al incorporarse el sargento, que, enseñando un colmillo por la muesca del labio leporino, habló:

—Güena noche, caballeros. Compermisó. Vi'hacer una revisada.

—Cumpla, nomás, sargento.

Pronunciando esto, dulcificando su ojo hasta hacerlo mirar con satisfecha circunspección, Lino Báez se puso de pie.

Los concurrentes lo imitaron.

El policiano circuló, pasándoles a todos las manos por la cintura.

—Ta bien, continúen, nomás.

Volvió a arrastrarse el sable. Y, un poco encandilado, el sargento atravesó el patio, de nuevo, hacia su cabalgadura.

Del fondo de la noche llegaba un contrapunto de perros.

Después de un buceo general, las armas tornaron a sus lugares.

—¡Atención, caballeros, se v'a dir la otra! ¡Cobrador!

Cada cual ordenó los cartones de lotería que tenía delante. El pardito apareció.

Y sobre el plato que portaba, fueron cayendo dos centésimos por cada cartón, o un "medio" por cada tres.

El cieguito pagó tres cartones; tres cartones que guardaba en el bolsillo interior de su largo chaquetón, y volvió a poner sus ojos muertos en la pajiza techumbre, aguardando, todo oídos, presta la memoria prodigiosa.

Tizón y el Mellizo jugaron tres y suspendieron el aliento.

—Molina, ¿usted juega con dos o con tres?, inquirió el dueño de casa, clavando el ojo como lezna, porque sostenía la vista y agitaba la cabeza.

—Con dó. Este cartón está ahí dende que s'empezó, respondió el vecino del Mellizo.

—Entonce traigaló. ¡Agarreló, cobrador!

Y reconvino con severidad contenida:

—¡Legalidá, caballeros, legalidá!

—¿Y yo qué tengo que ver qu'este cartón esté áhi dende que s'empezó? ¿A ver si alguno mi ha visto ponerle algún máiz?

—¡Legalidá, digo yo!, fulminó Lino Báez con su ojo flamígero. ¡Yo digo legalidá, y con eso quiero decir muy mucho!

El dinero de la recolecta en su faltriquera, encendió un fósforo y dio fuego al cabo de vela que tenía en frente. Alzó el bolso, se puso de pie, metió dentro las bolillas y, hundiendo y revolviendo la mano, previno:

—Caballeros, se v'a dir la otra. El que quiera tortas fritas hay a vintén. Mate amargo a vintén en un güen botellón. El café a medio, porqui ustedes ven qui hay que ponerle azúcar. Así que... ise va la bolilla!

Tomó asiento, extrajo una, acercó el ojo a la vela, y pegó la bolilla al ojo. Hubo un estremecimiento general y, luego, una quietud absoluta, estremecimiento y quietud ampliamente participados por el Mellizo y por Tizón.

—El dos con el dos, la yunta'e patitoos...

Sombreros a toda comba arrugados y con agujeros, de alas enhiestas o mustias se inclinaron sobre los cartones. El pardito circulaba, asomándoles el máiz.

—El uno con el cinco, la Niña Bonitaa, y no tiren máiz

al suelo porque después lu andan pisando y no hay escoba que lo desentierre...

El cieguito interrumpe:

—Don Lino, ¿antes de la Niña Bonita dijo cuálá?

—El tres con el nueve...

—¡Ah!

Recrudeció el humo porque los cigarros eran chupados con insistencia.

—Güena noche. ¡Compermiso!

—Adelante... el sais con el cero, sesenta entero... m'hi-jo, agencée un asiento... los dos ocho, ochenta y ocho... haganlén lao, sientesé... el tres solito, solito el tres... a vintén el mate, a vintén las tortas, mate de café, comu hay qu'e-charle azúcar, a medio... el uno solito...

Molina se quitó el sombrero de un manotazo, lo alzó, le allegó la otra mano y lo mesaba con desespero, fastidiando al Mellizo, que lo miraba como "pato al arriador".

—¡No repita usté los números porqui hace equivocar!

Y el Mellizo agregó con esto un codazo a su vecino.

—¡Vamo! ¡No rempuje, pues, amigo!

—¡Silencio, caballeros! ¡La yunta'e los cinco!

—El ciego se incorporó en su rincón en penumbra, golpeando las manos.

—¡Paresén! ¡Bastó para mi!

Lino Báez sopló su vela. Y echándose hacia atrás, cogió el cartón del ciego y lo puso sobre la mesa.

—El que quiera, puede pasar a revisarlo. Sacando el descuento pa la casa, esta lotería es di once riales y medio. Se saca un medio pal cobrador y vienen a quedar once riales.

De otro rincón surgió uno de los indios descalzos y se situó detrás de los que revisaban.

Sobre los números del cartón fuéronse colocando las

bolillas respectivas. Se estiraban cuellos.

El Mellizo estaba que ardía con el que tenía al lado.

— ¡Sí, es lotería derecho! ¡Sí, nu hay nada qui hacerle!

Voló el sombrero de Molina y cayó al suelo provocando un rabioso cabeceo en el Mellizo. Lino Báez se acarició calmosamente el bigote, empezando desde la palma de la mano. Tizón se había quedado con una cara tristísima.

— ¿Todo está legal?

— ¿Sí, nu hay nada qui hacerle!

— Güeno, esta plata pertenece a Perdomo. Tome, Perdomo.

Se acercó el ciego, ¡qué alto era Lino Báez, qué bombachas tan anchas las suyas!, y le entregó el puñado de monedas.

Volvió Lino a su asiento. Despaciosos, se puso a introducir las bolillas en el bolso.

— ¡Legalidad, señores! Siempre y siempre legalidá, como yo digo...

— ¡Aquí falta un vintén, don Báez!

— ¡A ver, traiga esa plata p'acá! Se contará adelante de todos.

Las monedas fueron extendidas sobre la mesa.

— Sí, falta un vintén... Güeno, sirvasé su plata completa. Por eso siempre es güeno contar la plata, como yo digo...

Acariciándose su blanca melena, el ciego volvió a su rincón, se sentó y quedó quietito, como mirando para el techo.

Sobre el plato del pardito, otra vez los pagos de cartones.

Lino Báez encendió su vela. Se compuso el pecho. Y llevando el ojo a la luz y una bolilla al ojo, se disponía a cantar, cuando una voz dulce lo interrumpió:

— Ahora sí está toda la plata justita... ¿No me pode-

rían traer una torta y mat'e café?

— ¡Ay, Jesús bendito! ¡Ay Jesús!

Esto llegó de atrás de la cortina de arpillera. Era ahogada voz de mujer que le hizo parar las motas a Tizón.

— ¡La madre es una cosa que sufre mucho n'este mundo!, exclamó al oír Lino Báez. Pa desocuparse... ¡Menos mal si el hijo la recompensa!... Güeno, se va la bolilla, caballeros. ¡El tres con el sais, trainta y sais!...

\*

—Usté hizo mal, amigo Mellizo, en darle esa trompada fenómeno.

— ¡Pero Tizón, vos estás loco! Si m'estaba armando un barullo que cuando quería yo acordar, andando buscando un número, ya habían cantao una sinfinidá más, toditos diferentes...

—No li hace, amigo... ¡Guardia la zanja!... suerte qu'el tal Molina... ¡Cómo les ladraban los perros desde los ranchos hundidos entre yuyales!...

— ¡Pero Tizón! ¡No tás viendo vo que!...

—Si, pero vos ves que... Menos mal que don Lino dijo que dentro una media hora, lo que se tranquilizara el tumulto, tendría mucho gusto en volver a vernos.

—Es una seda'e persona, don Báez...

— ¡Pero lo qu'es el apellidao Molina!...

Le ardían los ojos al Mellizo. De lejos, en la oscuridad, su cara parecía el dos de oros.



## 7

Habíamos dejado a Tizón y al Mellizo Juan en momentos en que, a pie, entre la noche, después de un tumulto provocado por el segundo en lo mejor de la lotería de Lino Báez, se alejaban momentáneamente del lugar. Así lo solicitó el dueño de casa a Tizón, a fin de aplacar los ánimos. Por hacer tiempo, el negro decidió ir hasta el galpón de la pulpería, donde dormirían. Allí, alumbrándose con un velón de sebo, tendieron los recados, dieron unas vueltas, silenciosos, y al rato, las grandes espuelas del Mellizo volvieron a enardecer a los perros en el trayecto hacia la lotería.

— ¡Pasen adelante, caballeros!, díjoles don Lino Báez, clavándoles el ojo visiblemente satisfecho. Miren, esto es una cosa qu'está de lo más completa. Pase usted, señor. Pase usted, también, de las espuelas. Miren, si quieren pasar para ese otro cuarto... aunque no van a estar con mucha comodidá.

El Negro y El Mellizo se miraron y levantaron una cortinilla de arpillera que servía de puerta de comunicación. En cuanto asomaron la cabeza, volvieron a mirarse, indecisos. En ese momento les llegó, también, un ¡Ay, mi madre! quejumbroso.

— Pasen nomás, caballeros, empujó Lino Báez.

El Mellizo se resolvió y entró el primero.

Era una pieza pequeña que formaba, en el gran rancho,

un tabique de cebato.

Sobre una cama había una mujer acostada. La cobija dejaba ver el bulto deforme del vientre. De la pared pendía un cuadro con un general jinete en un pingo parado de manos, rodeado por infinidad de diminutos batallones. En la mesa de luz se posaban una humeante candileja, un perrito alcancía y medio florero. Desde una rinconera, un mate labrado, con boquilla de plata, lucía esta inscripción: Recuerdo.

Senatada en un banquito, una negra se inclinaba sobre la cama, frente a tres cartones de lotería. Canosa y arrugada, tanía en la mano un puñado de granos de maíz.

—Tené pacencia, m'hija, decía la negra. Entoavía tenés para rato. Te desocuparás, yo lo carculo, pa las luces del alba.

Y, dirigiéndose a los recién llegados, aconsejó:

—Miren, mocitos, acomodensén en cuclillas y pongan los cartones arriba'e la cama. Esta noche los bancos andan a caballo... Ahy les tráin los cartones.

El pardito los dejó elegir. Ellos no se decidían nunca porque estaban un poco turulatos.

—Todo es bonito cuando hay armonía, predicaba en el salón don Báez. Legalidá y armonía... y uno se pasa un rato divino...

—Con permiso y disculpe l'incomodidá, dijo Tizón, muy cumplido, poniendo sus cartones sobre la cama. La acostada contestó con débil vocecilla:

— ¡Jueguen, nomás!, e inclinó la cabeza hacia el lado de la negra y cerró los ojos con la atención puesta en sus entrañas.

Clavando sus ojos en el cuerpo de la que les daba la nuca, Tizón codeó al Mellizo. Este observó también, el bulto y, por toda respuesta, con aire grave, codeó a su vez, cabeceando.

— ¡Legalidá, caballeros!, resonó en el rancho. El que tiene dos cartones, que diga que tiene dos y los pague. El que tiene tres, tres. Y así sucesivamente. No tiren máiz n'el suelo. El que quiera mate o torta, que pida. A ver caballeros, un poquito'e silencio... Se va, se va la güena... El sais y el tres...

Tizón y el Mellizo se hundieron en los cartones.

— ¡Dejen los temas pa otro momento!... El ocho con el ocho...

Con cuidado de no sacudir los cartones, la mujer se movió en la cama. El Mellizo contuvo la respiración, angustiado. Al tranquilizarse, dijo, por lo bajo, lanzando un suspiro recóndito:

— Yo me parece qu'este carca es un cartón ligador. ¿Esta señora nos dará tiempo, hermano? ¿Vos qué le carculás?

Por toda respuesta, Tizón, sacando el labio inferior, soplándose, exclamó:

— ¡Yo ricién tengo un ambo solito!

— Así da gusto, caballeros... El tres y el tres...

La mujer lanzó un ahogado gemido que repercutió en el corazón del Mellizo y lo hizo pasear nerviosamente la vista entre sus cartones y la prominencia del vientre. La ropa le pesaba como de plomo, al apuntador. Y el pañuelo le acaloraba el pescuezo.

— El dos solito, solito el dos...

De pronto, con los ojos extraviados, la mujer apoyó los codos y se incorporó a medias. Al ir a gemir, la voz implorante del Mellizo la atajó:

— ¡Aguante un momento, señora, que tengo cuaterno!

Ella se desplomó sobre el lecho, llevándose las manos a la boca. Abandonando la jugada, la negra había corrido a la cocina con un:

— ¡Vi'aprontar l'agua qu'esto se viene, nomás!

Tizón se mesaba las motas. Sereno, serenísimo, Lino Báez seguía en la otra pieza:

—El que guste servirse de mate, ya sabe... El siete con el siete...

El Mellizo se aflojó el pañuelo. Las botas se le habían vuelto de cuero fresco.

— ¡Ricién un terno!, rugió Tizón, fuera de sí, arrojando una rápida mirada sobre la mujer, soplándose cada vez con más fuerza e insistencia.

El Mellizo ya no veía nada, a no ser un 31 que agarraba toda la cama. Y no oía otra cosa que la voz de Lino Báez, la voz de don Lino, que de repente, le llegó arrugándole el corazón al decir, deteniendo la extracción de bolillas:

—Si no hay silencio, caballeros, si apaga la vela y si espera, porque asín nu hay ligalidad. Y digo que nu hay ligalidad si nu hay silencio, porqui unos saben los números, pero otras personas no los saben. Y tienen que dimorar pa bien di hallarlos. Y entonces, la cosa es dispareja. Y en mi casa eso no se permite.

El Mellizo fijó los ojos sobre la marchita mirada de la mujer. Y esperó, más o menos, un siglo.

—Asín es qui hay qui apuntar, callaos...

Se quitó el pañuelo a manotazos, el Mellizo y lo metió, hecho un rollo, en el bolsillo. Lo iba invadiendo la fiebre.

—Güeno, asín... ¡Se sigue! El ocho con el tres... El tres con el uno.

— ¡Pare! ¡Bastó pa mí! ¡Pare! ¡Señora, muy agradecido! Y, llevando atrás a Tizón, el Mellizo alzó la arpillera e irrumpió en el cuarto grande con el cartón en la mano, entre girantes sombreros y el estruendo de sus propias espuelas.

Báez, íntimamente furioso con su mujer —él había abrigado la esperanza de que el parto interrumpiera la lotería en momento propicio para “la casa”— resolvió hacerse el nervioso a fin de no entregar el premio. Y pasó hacia el cuarto, como luz, por entre los dos amigos. Pero el Mellizo alcanzó a prendérsele de las bombachas, dando tiempo a que Tizón, abiertos los brazos, atajara.

— ¡No, señor, vamo a arreglar este asunto primero!

Retrocedió Lino Báez, ocupó nuevamente su sitio de la cabecera de la mesa, apagó su vela que, con el apurón, había dejado encendida, y dijo, calma la voz, pero el ojo echando fuego:

— ¡Razón tiene el qui habla! ¡Que se revise ese cartón!

Revisando estaban algunos cuando del extremo de la mesa surgió una voz.

— ¡A qu'es mujer voy nueve riales!

— ¡Le pago! ¡Le pago esos cinco! Voy...

Lino Báez alzó los brazos.

— ¡Parensén, caballeros!

Y, cambiando de tono, recalcando las palabras, prosiguió:

— Primero es lo primero y segundo es lo segundo. ¿Está legal la lotería?

— Sí, es lotería, derecho.

— Güeno, tome, señor, su plata, descontando los descuentos...

— ¡Ay, Jesús! ¡Ay, Dios santo!, llegaba del cuarto.

— Y ahora debo decir que yo soy, como dueño'e casa, el depositario'e las paradas. Todo será legal, se l'entregará al ganador lo qui haiga ganao después di hacer los descuentos. En cuanto la partera avise se verá lo que sea a la vista'e todo el público.

El Mellizo se había quedado con el dinero en la mano.

De pronto, preguntó rápidamente a su compañero:

—¿Y vos, Tizón, qué pálpito tenés?

—Macho.

El Mellizo se adelantó gritando:

—¡Hay plata hasta cinco pesos a qu'és macho! ¡A ver caballeros!

—Pago un peso...

—Yo voy...

—¡Todo v'a ser legal! ¡A la vista! ¡A la vista'e todo el público! ¡Aquí la plata caballeros!



Los perros ladraron aquel amanecer y, luego, se adelantaron silenciosamente. Era que llegaban el Mellizo Juan y Tizón. Desensillaron éstos, bañaron el lomo de sus caballos, les dieron vuelta el pelo a lomo de cuchillo, quitaron los frenos y, después de poner los recados bajo el galpón, entraron a la cocina.

Tomando mate estaba ya don Basualdo. La negra Toribia y el gurí Serapito, dormían, todavía.

El Mellizo buscó una papa, trozó dos finas rebanadas y se las aplicó en las sienes. Venía dolorido de la cabeza.

—¿A que no sabe, don Basualdo, con quién nos topamos en “La flor de un día”?, confió Tizón, sorbiendo el mate. Con Dulcineo Peral. Al dentrar nosotros a la pulpería salía este hombre de la jugada como toro de los hormigueros. Es qui había perdido un platal, asigún dijo, y el hombre estaba ciego. Primeramente nos pidió un peso, pa ver de desquitarse. Güeno, después otro... Y en ese juego siguió, amigo, que si no lo paramo, en seco, se nos va hasta los confines...

—Yo estaba viendo un juego'e contrajudías que si lo sigo dende lo primero, a estas hechas tenía plata que no sabría ande ponerla...

— ¡Pero entonces ustedes estuvieron en la timba, no



ajuera!, saltó, contrariado, don Basualdo.

El Mellizo se confundió.

—No, señor... nosotros estuvimos y no estuvimos... por la razón de que...

Tizón miró como partido al que se hundía hasta los encuentros.

—Más bien, se vió obligado a seguir el Mellizo, más bien... estuvimos derecho viejo nomás, después que nosotros nos sentamos pa'atrás a don Dulcineo. Nosotros agarramos y le dijimos, cuando enderezó a pecharnos la última güelta. "Vea, compañero, que si seguimos n'esta forma vamos hacer tantos apuntes como un ciego. Ansina que usted ve que po'el momento es imposible..." "No, dijo él, ustedes verán, muchachos, qu'el palpito que tengo es una fija..." Yo ya había manotiao pa volverle a dar, porque me remordía la conciencia, cuando este cristiano e'Tizón le salió contestando: "Mire, amigo, yo, por lo qu'he visto, le carculo que su palpito viene montao n'una tortuga..."

—Cierto, ansinita le contesté. Y viéralo a don Dulcineo! Se le pusieron los ojos coloraos como terutero'e patio. Se recostó al mostrador, con la barba pegada al pecho y revisandose las cejas con las vistas... De ahy jué que nosotros no tuvimos más remedio qui hacer una dentrada a la timba...

— ¡Hum! gruñó don Basualdo, pasándose la mano por la barba.

— ¡Qué banca! ¿Ti acordás, Tizón? Parecía que habían traído la planta n'una pala y l'habían volcao amontonadita que daba gusto arriba'e la carpeta.

—Y eso qu'Evangelisto Díaz l'hizo una dentrada como pa pasar con carreta...

—Sí, y en cuantito quiso acordar, se jué de boca con todo...

—N'efeto. ¿Y el pobre Tránsito Peláez? Ese hombre

perdió, colijo, hasta letras del apelativo. Cuando nosotros salimos, lo traiban, mire, don Basualdo, como mono arriba' un perro.

—A mi, el que me gustaba era Sellanes... ¡Qué hombre de conduta, amigo!

—¡Cómo no! Siempre sereno, igual que nado'e caballo sabino. Por su lao, iba gastando la banca despacito, como a piedra di afilar.

—N'efeto.

—Pero con eso no hacía nada. Subía, amigo, aquella plata, aquellos papeles, aquellas monedas di oro: subía aquello como pasto'e cañadón... Hasta que n'una dentro un forastero con cinco pesos. Y cinco que si hacen diez, diez que si hacen veinte, veinte que si hacen cuarenta... Y ahy nomás el tallador abrió los alones. "Que talle otro, caballeros", dijo. Y retiró su capital... Ahy vino que Doroteo Montes puso una banca. Emprenció muy ufano, y al ratito nomás estaba mesmo que cuero'e tapar hornos.

—¿Y Ciriaco Rojas? ¿Qué me cuenta, compañero?, recordó el Mellizo Juan.

—¡Mozo alarife, amigo! Contaban allí que n'un redente lechució la boca y pudo jugarse en fija. En todita la noche hizo tres jugadas, solito. Y todas en puerta, amigo, con diferentes talladores... ¡Tiene una mirada, le garanto, tiene una mirada qu'es un alambre!

—¿Y Dodríguez?, seguía ayudando el Mellizo, como quien echa ramas al fuego.

—¿Cuálo?

—Dodríguez, el picado de virgüela... el de la gorra'e casco...

—¡Ah!, ése clavó una pata n'el suelo y la dejó como estaca. Y era que si había redamao un peso n'el suelo. Cuando todo el mundo volvió a su tranquilidad, él empreció

sus apuntes. ¡Qué equilibrios hizo con ese peso! Le garanto, mire, que podría trabajar sin sombrilla n'el alambre y no daba en tierra...

—N'efeto. Y después vino cuando emprençipieron a raliar los apuntes y pusimos banca con Tizón...

—Eso es verdá. Y nos dejaron enseguida como durazno que lu agarran las hormigas...

Tizón se tragó las últimas palabras. No había advertido que la indignación de don Basualdo estaba a punto de estallar desde hacía rato. El viejo, de pie, tendió el brazo señalando la puerta.

— ¡Caminen a ordeñar!, gritó. ¡A trabajar, manga'e perularios!

Con poncho, botas y espuelas, siguió el Mellizo Juan a Tizón hacia las vacas.

Crecía el día, empujando delante de su luz claros rumores.

## 9

Era de tardecita. En el patio, junto a la cocina, estaban solos la negra Toribia y el pequeño Serapito. Ante la luz escasa, ella había dejado su costura. El gurí, a su lado, sobre un banquito de ceibo, permanecía inmóvil, con la vista perdida en el ya desdibujado monte que, bordeando el río, desaparecía tras el arco del cielo.

De pronto, saliendo de su ensimismamiento, Serapito dijo:

—Ña Toribia, cuénteme otra vez de cuando yo era chico.

— ¡Hasta cuándo me vas a hacer repetir, hijo'e Dios!

—Nu es nada. Cuénteme. Cuando usté me cuenta, yo veo todito: pero cuando yo mi acuerdo, no veo nada.

—Güeno...

Se acomodó Ña Toribia en su silla de cuero, alisóse las anchas faldas y comenzó con las mismas palabras de otras ocasiones:

Viviendo n'el Arerunguá, yo estaba dormida una madrugada, cuando siento gritar: " ¡Ave María Purísima!" al mismísimo don Basualdo. Salí poniéndome unos trapos po' arriba, y lo veo que m'endereza diciendomé: " ¡Mire lo que le traigo'e regalo!" Levanté la punta'el poncho y te vide la carita...

—No, señora, di antes quiero yo, de cuando mi madre, empiece.

— ¡Ah!

La negra hizo un esfuerzo para proyectar su atención sobre un hundido lugar de su memoria, donde yacían los recuerdos de cuando, recién púber, asistió con sus primeros patrones a una función de pruebas en San José de Mayo. Valida de tales elementos y los comentarios de los Basualdo, ella se había forjado una imagen que repetía siempre al niño.

—Dicen, reinició al cabo de un instante, qu'era una cosa divina ver a tu madre n'el circo. Brillaba a las candilejas el traje ajustao a la carne, como empolvorio de diamantes. Se trepaba livianita a un alambre y se largaba sola a caminar por él... L'hilo no se veía. Era talmente qui anduviera n'el aire, como un ángel de Dios... El mundo'e gente qui atendía se quedaba sin resuello... Y ella, dicen, muy triste y calladita, iba y venía y se cimbraba con los bracitos tendidos...

— ¡Qué linda quedaría! ¿Eh, señora?

—¿Linda? Era una preciosura nunca vista en jamás de los jamases. El público iba solito por mirarla un rato. N'un red repente ella volvía a aparecer, cuenta don Basualdo, y se subía a un trapecio en las nubes. Ahy se paraba la música, y se oía un redoble'e tambor qu'encogía el corazón de los que sabían lo que se venía. Ella afirmaba la cabeza n'el trapecio y levantaba todo el cuerpo. Y ansina, siempre'e cabeza, emprincipiaba hacerlo balanciar cada vez más. Y los redobles seguían. Y la gente se paraba, gritando: "¡Basta! ¡Basta!"...

El niño, todo oídos, había cerrado los ojos.

—...Y ella volvía a enderezarse, saludaba con modestia, triste, calladita siempre. Y abajando sin ruido, suavemente, comu abaja el pájaro, desaparecía por una cortina, a donde estabas vos dormido...

Las sombras siempre fluyentes, empujaban los últimos rezagos de la luz hacia quién sabe qué abismos insaciables; chupaban los colores. Y los pastos, las flores del campo, los pájaros ya en sus nidos, eran envueltos por mantos de un oscuro indefinible, que acrecentaba por momentos su negrura y los inclinaba, aquietándolos. A la vez, algo despertaba entre débiles crujidos. Y grandes aves, desprendidos girones de la gran sombra total, bogaban por la inmovilidad del aire, rasgando el silencio con graznidos ásperos.

Aquí y allá, en ronda fantástica, los bichos de luz encendían y apagaban sus farolillos fríos.

—El marido'e tu madre había muerto...

Ña Toribia, como siempre que llegaba a ese punto de la historia, se interrumpió, vacilante.

Siguió, luego:

—En seguida'e conocerse, dio palabra a don Basualdo. ¡Qué varón era n'esos tiempos tu padrino! Ella iba a quedarse cuando el circo levantara las carpas; s'iba a quedar pa casarse con él...

— ¡Pucha, qué lástima!

Y meneó la cabeza, compungido.

—Envejeció n'una noche, él. Vieras vos qu'estampa, qué prosa, qué desenvoltura, qué valentía! Desde ese día fue hombre acabao... ¡Si la quería!

— ¡Pucha, qué lástima!

—Un lao del trapecio se descolgó...

La negra se detuvo.

— ¡Siga, señora, siga!

—La enterraron a la otra tarde, a la orilla'el camino, bien engüelta n'un cuero'e yegua. “ ¡Se jué la linda!”, decía ia gente “ ¡Se jué la linda!” Y lagrimiaba. A la noche desapareciste vos y don Basualdo. Te robó pa que no estuvieras rodando po'esos mundos... Marchó leguas y leguas, a lo ma-

trero. Y te dejó en mis faldas sin un rajuñón. El jué quedándose cada vez más en casa. Hasta que se quedó del todo. Después el finao Nepomuceno lo mandó a este puesto y nos trajo con él...

Ladraron los perros. Luego, silenciosos, reconociendo a los que venían, les salieron a l'encuentro jugueteando. Eran don Basualdo, Tizón y el Mellizo Juan.

Después de desensillar, se lavaron y entraron a la cocina, donde ya andaba Ña Toribia en apuros, aprontando la cena.

El niño quedó solo en su banquito del patio, emponchado por la crecida oscuridad. Invisibles ahora, surcaban el aire las grandes nocturnas carniceras. ¡Cómo lanzaban las luces sin calor entre las sombras! De la cocina llegaban las carcajadas de Tizón... ¡Ah!, y del lado del monte surgieron tres caballos blancos, lujosamente enjaezados, con alegres cascabeles en la frente, envueltos en los sonos de una banda de música que cesó, de pronto, ante un sordo redoble de tambor...

— ¡Pucha, qué lástima!, suspiró el gurí cada vez más agobiado.

Y las lágrimas brotaron, rodaron por sus mejillas, humedecieron las puntas de su pañuelito de golilla.

Detrás del monte apareció la luna.



## 10

Tizón y el Mellizo Juan quedaron sentados frente a frente, con la caldera entre ellos, mateando. Fuera, se oía la voz de Ña Toribia rezongando a Serapito.

—Estoy haciendo memoria, hermano, turbó el silencio el Mellizo, de pronto. Estoy haciendo memoria'e lo que me pasó una güelta allá por las sierras de Cuñapirú. Güeno, resulta qui una mañanita muy temprano, vino un milico'e la polecía con un papel... Lu agarré, lo miré bien... Amigo, l'asunto era como caminar entre güevos...

— ¡Paresé, hermano!, rogó el negro.

Corrió al fogón, cambió de caldera y volvió a su asiento.

—Güeno, aura metalé nomás, Mellizo.

—Ta bien, entonces pensé que mi proceder era hacerme aconsejar con don Pedro...

Dio un largo sorbo al mate y prosiguió, mientras Tizón se acomodaba en su banco, todo oídos:

—Agarré mi caballo, un moro que mi había regalao, pa un santo mío, el finao Nazareno Pérez, monté y le cerré piernas, derecho a Santa Justina. Hacía un frío aquella mañana que tiritaban hasta los pastos... Güeno, como t'iba diciendo, golpié las manos y salió un tapecito y unas muchachas. Dos d'ellas morochas, tirando a pardas, y una, clarita

y prolija qu'era talmente un cuadro... Tuavía la estoy viendo, con una pollera florida...

—¿Y di ahy?, apuró el negro, picado por la curiosidad.

—Les dí la mano a las cuatro y les dije que quería hablar con don Pedro por una consulta... Déle güelta al mate, hermano...

El negro tenía ganas de saber quién era don Pedro, pero no se animaba a interrogar por no entorpecer el relato. Se bebía las palabras del Mellizo.

—Güeno, ta bien, si apareció don Pedro, nos dimos la mano y m'hizo pasar. Ahy nos sentamos, muy echaos p'atrás en güenos sillones d'esterilla, preguntandomé sobre el pucho: ¿Y, Mellizo, qu'es lo que lo tray po'estos pagos? Mire, don Pedro, le contesté, me pasa esto... y esto... y esto... y esto.

El negro Tizón miró sorprendido al narrador. Este, impertérito, escupió, se compuso el pecho y continuó:

—Güeno, don Pedro si acarició la pera, pensó un rato y m'empezó a preguntar: “¿Y tal cosa cómo era?” “N'esta forma”, contesté. “¿Y tal otra?” “N'esta forma.” “Ta bien, dijo don Pedro, güeno, mirá, Mellizo, yo te viá dar un consejo di amigo. Yo hallo que si juera vos, haría asín... y asín... y asín...” Y asín lu hice. Y a l'otro día justito quedó todo arreglado como con la mano.

Al negro se le había ido despertando una creciente furia contra el narrador. Esperó un momento, aun sosteniendo una remota esperanza. Pero, sin el menor lugar a dudas, el cuento estaba terminado, pues el Mellizo inició por lo bajo una vidalita.

Con mano temblorosa, Tizón recostó el mate a la caldera. Volvió a mirar al desaprensivo, satisfecho Mellizo, se incorporó sin hablar y salió al patio, dando vueltas sin ton ni son, como cuzco abichado en las orejas. Hasta que, de-

seoso de seguir el mate, entró de nuevo a la cocina, cabeceando.

En cuanto lo vió, y arreglándole el banco para que se sentase, comenzó el Mellizo:

—Otra güelta mi aconteció que...

— ¡Pare!, gritó el negro. ¡Pare, amigo, nu hay derecho!

Cogió el mate y la caldera, se incorporó y traspuso la puerta. El Mellizo se quedó estupefacto.

—Pero, ¿este es loco?, exclamó cuando pudo, ¿es loco o qué pucha tiene?

Entre el ruido de sus grandes espuelas salió también al patio. Lo recorrió con la vista. Pero no vió al moreno.

Tras el galpón estaba éste. Con la bombilla en la boca, achicando el bulto. Y meneando la cabeza, todavía.

— ¡Ta bien, Tizón! El perro fue un caballero y me sacó la calavera di arriba cuando yo m'enredé n'una espuela con las serpentinas y me refalé completo. Pero el que gritó: "Aquí pa faltar a los forasteros tienen que haberselás conmigo", ¿quién fue? ¿el perro?

—Jué'oso.

—Güeno, po'eso digo...

—El sargento'e la polecía tenía tuita la razón del mundo, Mellizo.

—Reconozco.

—Comu'el dijo: "Si todos me ponen a mandar, y si protestan por la revisada di armas, después no v'a ser posible mantener l'orden". Y ya dentro el público sin revisarse...

—Sí, pero desacomodar a l'árbol, qu'estaba talmente, pa bien de tantiarle la cintura, vos ves que...

—La sórdenes hay que cumplirlas.

—Ta bien, pero aquello ya no jué árbol; aquello jué un cucurucho.

—Cucurucho y todo, vos ves lo que pasó después. Los que veían l'árbol empezaron a decir qu'era un crimen, qu'era un crimen, qui aquello había quedado a lo imposible, y dejaron de revisar di armas a la dentrada... y si nu es po'el

perro, la calavera te deja como tabla'e picar carne... ¿Ese que viene ahí nu es don Pedro Portones?

—N'efeto. ¡Sacale el sombrero vos también!... Güen día, don.

—Güen día. ¿Y don Basualdo está bien?

—Sí, señor.

—Güeno, delen memorias.

—Serán dadas...

—Lo qu'estaba lindo derecho n'el baile era el pescador. ¿Vos juistes al patio?

—Sí, taba al lao del pozo'e balde, entre un cardumen de gurises, medio a l'escuro... ¿vamo a galopiar un poco? De no, llegamo pa la media tarde.

—Meta. Galopiamos. Pero y total, Mellizo, ¿vos qué le dijistes a la calavera?

—Hermanito, si yo lo que quería era hacerle un bien. Yo vide que con la tranca que traiba, en cualquier güelta s'iba a matar contra el suelo y s'iba a prender juego con el farol que llevaba lo más prendido.

Cuando paró la música, si acercó a un ángel de blanco... ¿No lo vistes?... ¡Ché, sabrás que galopiando se mi alivea más el brazo... ¿No vistes un ángel de alones muy paraditos, que bailó una pieza con l'árbol y en seguida se quedaron paraos n'un rincón, porque l'árbol no se podía sentar?

—Sí, taba abajo di ande se juntaban todos los hilos con flecos de colores...

—Mesmo. Güeno, si acercó a l'ángel pa pasarle la guadaña po'el pescuezo... Y se jué contra la paré, que yo no sé cómo n'hundió el cebato con la guadaña. Yo vide qu'era cuestión de cairse con farol y todo en cualquier güelta. Mi acerqué y le dije de güen modal: ¡Pero amigo, apague el farol! ¿No ve que n'un redepente se le v'agarrar fuego la sábana? "Qué, usted no ve, pedazo'e zonzo, qui un día de

vida es vida”, me saltó la calavera. “Sí, ta bien”, le dije aguantándome, “pero usté ve que si se le redama el farol...” ¡Y vieras vos esa calavera, Tizón! Tiró la guadaña, dejó n’el suelo el farol con un cuidao qu’era como pa matarlo, y se puso ciego, después, y manoteó una daga tamaña...

—Yo sentí l’alboroto cuando había pasado a l’ambigú con una tal Ceelmira Sellanes...

—Güeno, como dejamos los cuchillos en la fonda... ¡y yo te decía’e llevarlos en la caña’e la bota!

—Si uno jueva divino... ¿Vamos a dir un poco al trote?

—Es que m’está amolando el brazo... Yo me le juí arriba a la guadaña, pero la calavera alcanzó a chantarle la pata... L’ángel dio un chillido y se jue de lomo contra l’acordión, poniéndose las alas qu’era una lástima. La que rompió l’acordión jue ella. Tanto la calavera como yo n’eso no tuvimos culpa’e nada. ¡Como pa que yo pagara l’acordión! Jue l’ángel... Y l’árbol, que le sacó el cuerpo pa que no l’acabaran de desacomodarlo, gritando: “¡Cuidao, cuidao las ramas!” El pobre s’estaba quedando qu’era un materral.

—Sí, yo estaba n’el ambigú y salí p’adentro y te veo, Mellizo, que te traiban como zapallo en carreta. Y ahí atropellé y jué cuando vino l’oso.

—¡Y qué disgracias los Peraltas, tan amigos que se habían dao!

—Es que como ellos estaban de caballos, no se querían acercar al tumulto por no desacomodarse los costillares. De costao, los vide sacando las cabezas y gritando qui aquello era una cosa que no tenía nombre. Yo, Mellizo, quise avanzar forcejiando, sin poder adelantar ni el paso’un loro. Al lao, paradito y llorando, si había quedao un clavel. Temblaba y ni se secaba los ojos.

—¿Una flor colorada, gorda, sobrada'e pecho?

—La mesma.

—¿Ah, sí, eh? ¿Y estaba'e duelo?

—¿No te digo qui a mares?... ¡Che, vamos a trotiar!

—Es que m'incomoda el brazo. ¡Pero mirá lo que son las cosas! Sabrás que bailé dos vales con ella. ¡Pobre! ¿Y no te dijo nada'e mi?

—¡Como pa decir era la cosa! L'oso me tenía firme, y ya emprendiaban a tajar a tuito el mundo'e público que quería salir puerta ajuera...

—¡Pero, pobre!... Sí, una flor gorda, grandota... Yo no conozco las flores. Era una con l'anca paradita p'arriba... Senuda ella... ¿no?

—Sí, clavel no había más qui uno.

—¿Y te pareció que estaba triste?

—¡También! Cerquita, li había dao el mal a un florero. Pataliaba esa cristiana qui talmente era un cienpiés. Los guitarreros, salvando los estrumentos po'encima'e las cabezas, salieron a lo capincho, derecho y llevándose tuito por delante. El líon le dio al clavel una pechada qu'era como pa voltiar el rancho. Es qui, asigún dijo después uno, el líon era primo segundo y uña y carne con la calavera. La suerta pa vos, porque yo estaba con las piernas y los brazos encomunicados, jué qui un tal Morales le apotentó las manos en la cola y l'otro sintió el rajón. Y por no quedarse desnudo completo en tal mala parte, si asujetó en seco el líon, gritando "¡Epe, epe!" Y ahí el líon salió muy cabizbajo, con las manos atrás, dejando sin rejueros a la calavera. Cuando eso jué qui apareció l'oso. "¡Respeten! ¡Respeten! ¡Pa faltar a un forastero hay que pasar primero po'arriba mío!" Y codo aquí, trompada allá, y patada allá y aquí, la cosa jue qu l'oso aplacó el tumulto. De no, nos echamos el rancho'e poncho, como yo l'estaba calculando... ¡Juera, cuzco!



— ¡Yatay! ¡Camundá! ¡Vengan p'acá! ¡Camundá, le digo!

— Che, Mellizo, ¿vamo a dir un rato al trote?

— Güeno, vamos.

— ¡Camundá! ¡Camundá, pues!

— El trote me amuela el brazo. ¡Pucha, lo qu'es otro Carnaval buscamos otro pueblo! A l'Abrojal no se puede dir en jamás de los jamases...

— ¡Camundá! ¡Juera! ¡Venga p'acá, le digo!

## 12 (\*)



En el lecho grande dormía la negra Toribia. En el pequeño, el otro extremo de la habitación, el gurí Serapito. Junto a la cama de éste, sobre un banco, posaban el breve chiripá, el cinto, la golillita y el facón de palo. En el suelo, las espuelas de latón que le hiciera don Basualdo para satisfacer sus insistentes ruegos. Próxima a las espuelas, bajo la cama, rodeado fuertemente el cuello con una delgada sogá, tendíase una yarará muerta la tarde anterior por el Mellizo Juan, y que el niño tomó de juguete y llevó al cuarto en un descuido de la aprensiva Ña Toribia.

En la gran calma, se escuchaba la lenta, profunda, respiración de la mujer; la breve y débil del gurisito.

Fuera, en la noche, los grillos cantaban ya a la luna, invisible todavía. El aire se poblaba de estrellas de intermitente luz fugaz. Lejos, arriba se oyó de pronto como el caer de una brasa en el agua: ischuiz!

Desenredándose de la chirca, permaneció un momento quietita, y luego empezó a arrastrarse. Tendría un metro de largo. En la noche, blanca de luna a esa hora, su cuerpo pa-

(\*) Existe un cuento de Francisco Espínola, no recogido aún en libro, que presenta grandes coincidencias, tanto temáticas como expresivas, con esta colaboración. Se publicó bajo el título de "La Yararaca" en Mundo Uruguayo Año XI No. 560, Octubre 3, 1929, página 17.

recía negro. Sobre la cabeza chata brillaban los ojos cual cuentas de acero. A su paso, iba haciéndose un silencio sobrecogedor entre los grillos, como si una mano invisible detuviera alzándose, el coro bullicioso. En el aire bajo, los bichos de luz parecían estrellas que buscaran ansiosas el alto camino.

Hay una huella que la víbora sigue y no pierde a través del extenso pedregal, de los suelos sin hierbas y duros como rocas: la huella de la compañera. A la hora en que las sombras cada vez más breves se tornan y comienzan a crecer de nuevo, salió y no regresó.

Un ischuzz! hiriente rompió el silencio de la noche. Al oírlo, ella se irguió, los ojos llameantes y la lengüilla afuera, sacudiendo con fiereza su cabeza en el aire. La temible enemiga de las jóvenes, pequeñas víboras, andaba cerca. Esperó. El silencio volvió a renacer sobre el campo. Al rato, oyóse, muy lejano ya, un rumor semejante al caer de una brasa en el agua: ichuizz!

Entonces, siguió. Lentamente, dejaba atrás arbustos, cardos talas. Ella había salido y no volvió...

De pronto, sintió un golpe atroz sobre las vértebras. Giró y vio a un hombre ya demasiado lejos de ella, armado de un palo. Trató de huir. Pero, en seguida, anudó la cola a un arbustillo, enfurecida, y arrojó el cuerpo como trenza de látigo, ansiosa por morder. Repetidas veces zumbó el palo en el aire. Hasta que, en una, sonó sordo al chocar con la cabeza del reptil.

Entre el coro de grillos y un frenético parpadear de luciérnagas, el hombre golpeó más.

Todavía los grillos, las luciérnagas, la luna. Todavía lejos la compañera que salió y no volvió. La cabeza pesaba cual si una enorme roca se le apoyara en el afán de no dejarla seguir... Ella no podía zafarse del tronco de un árbol

derrumbado sobre ella. Una espina de fuego tenía clavada en mitad del cuerpo... ¡Y su compañero estaba lejos!...

El rocío brillábale sobre el dolido lomo en rayas y puntos argénteos. Penosamente, dejó la senda y se internó entre los pastos, con muchas espinas de fuego clavadas en la carne, con muchos árboles derrumbados sobre ella, a los que tenía que arrastrar, desfalleciente.

Hasta que llegó a un espacio limpio. Se detuvo. Cobró alientos. Su lengua vibraba en el aire ininterrumpida, al tiempo que se avivaba la amarilla luz fija de los ojos. Luego, llevando encima agotadoras moles, atravesó el patio del Puesto de los Ceibos, hacia la cama de Serapito.

Extrañamente inmóvil, extrañamente fría, con una extraña indiferencia, estaba la compañera, aquella que salió cuando la luz vuelca las sombras; a la hora en que en las charcas hirvientes el sapo se aletarga y cree morir... ¡Cómo le pesaban en la cabeza las grandes piedras, el monte entero derrumbado sobre el cuerpo! ¡Y qué dulce su compañera aún así, extrañamente inmóvil, extrañamente fría, indiferente! Apagó el brillo de sus ojos, que tomaron un tinte lechoso, lunar... Y fue sintiendo que un viento tremendo y bienhechor elevaba y alejaba las rocas, los árboles, y que ella, tras su compañera, a la hora en que el pastizal se torna de yesos, y los pájaros se ahogan junto a los nidos, avanzaba hacia las calientes charcas de los sapos...

— ¡Serapito! ¡Serapito!, llamó la negra Toribia desde la cocina.

El niño despertó. Abrió los ojos. Y alargando un brazo buscó bajo la cama sus espuelitas...

Un grito espantoso llegó a la cocina.

Pavorida, la negra corrió hacia el lecho del niño.

El hondo, largo tajo para provocar copiosa sangría, la ligadura, el hierro candente, los brevajes, surtieron su efecto. El pequeño Serapito convalecía de la mordedura del reptil. Vendado el brazo, sentado en la cama, sorbía el mate de leche, mimoso. A su lado amargueaba don Basualdo. Detrás del rancho, bajo un ombú, la negra Toribia lavaba la ropa, arrodillada frente a la batea.

—¿Y entonces, padrino, aconteció qué?

—Aconteció que ese día estaba el zorro haciendo tortas fritas a l'orilla'el monte. Ya tenía una güena pila, cuando vido venir, a todo lo que daba, al mesmísimo tío d'él, al tigre. Como éste lu había sentenciao a muerte en más di una oportunidad, el zorro coligió que si lo dejaba acercar nu iba a poder contar el cuento. Entonces, en dos viajes, subió a la copa di un árbol el torterío y la olla con la grasa hirviendo. Cuando el tigre si asujetó abajo, don Juan le sonriyó, le sacó el sombrero, muy cumplido, y le dijo: “¡Adiós, mi tío!” ¡Pucha que tenía ganas de verlo!” “Y yo también, Juancito”, contestó l'otro, mirando p'arriba como el pavo a la

(\*) La historia de don Juan que don Basualdo cuenta a Serapito en esta velada no formará parte del “Don Juan” definitivo. Por sus características está más cercana a una visión primitiva y tradicional del personaje, que Paco fue paulatinamente abandonando.

fiambarrera. "Abajate, m'hijo, pa bien de darte un abrazo". Serapito soltó la carcajada.

— ¡Cómo p'abajar era la cosa! Güeno, ¿y di ahy qué le contestó don Juan?

— ¿Don Juan? Miraba a su tío allá abajo, miraba la grasa hirviendo de la ollita y gozaba por adentro que daba gusto. Cuando el tigre le volvió a pedir que si abajara, el zorro lo convidó: "Mire, mi tío, suba usted, mejor, y vamo a comer unas tortas fritas". "Sí, pero ¿y cómo subo? ¿No ve, sobrino, que yo no puedo?" Era verdá. Se prendía al tronco, el tigre. Y las patas —y eso que tenía güenas botas de potro, suavécitas— se le refalaban como con grasa. "Es qui usted tiene qui hacer como yo pa subir. Ponga la cabeza p'abajo y la cola p'arriba y verá qui usted se viene lo que se dice cuasi solito". Puso esa cabeza p'abajo el tigre, y esa cola p'arriba, afirmándose n'el árbol... Y en seguida dio un grito y salió disparando, a los quejidos. Es que don Juan li había volcao la grasa hirviendo en los fundillos del chiripá.

Serapito lloraba de risa. Don Basualdo le cogió el mate, le puso azúcar, lo llenó de leche caliente y volvió a entregárselo. El se cebó amargo, de la caldera de agua que tenía entre las piernas.

— Güeno, padrino, ¿y después?, apuró el niño haciendo una mueca porque, en un movimiento, le dio un tirón doloroso el brazo herido.

— El zorro, se quedó un rato arriba'el árbol, no juera cosa que a su tío le diera por aparecerse. Comió las tortas... Y le jué viniendo una sé qu'era un incendio. Bombió otro poco, por las dudas, y resolvió abajarse y dir hasta l'arroyo. Ya n'el suelo, si acomodó el zorro su chiripá, tantió su daga 'e cabo'e plata, se echó el sombrero a la nuca y salió rumbo a la corriente. Cuando iba cerca'e llegar, empezó a caminar despacio. "¿Y si mi tío anduviera po'aquí escondido?", ma-

lició. “¿Si m'estuviera esperando p'agarrarme n'un renuncio? Por las dudas, Juan, cuidate.” Se paró el zorro y escuchó. No si oiba ni un ruidito. Caminó otros pasos y observó. Tuito estaba sereno. Ni viento había pa mover unos juncos y unos camalotes que crecían a l'orilla'el agua.

—¿Y entonces nu había naides, no más, padrino?

— ¡Si habría! Taba el tigre, nada menos, metido en l'agua, y sacando la trompa por entre los camalotes pa respirar, y ansina mesmo aguantaba el resuello lo que podía.

— ¡Pa la pucha, don Juan!

— ¡La cosa se le ponía fea!

Otra güelta si acomodó el chiripá, el sombrero, la daga, dio unos pasos más y llegó a l'orilla di una barranquita. Ahy se quedó como estaca. Volvió a escuchar, volvió a registrar l'arroyo con los ojos... y cuantimás tranquilo hallaba todo, él más s'intranquilizaba. Y esa sé, amigo, se lo comía por adentro, al pobre. N'un redepente se le vino una idea. Y componiéndose el pecho, gritó: “Agua, no sé si tomarte o no tomarte. Lo mejor es seguir tu pálpito, que vos sabés más que yo. Contestá, ¿te tomaré o no te tomaré?” ¡Viera usted, Serapito, qué silencio! Al zorro le pareció qu'el mundo si había muerto'e golpe. Esperando, don Juan s'echó a un lao el sombrero y se rascó la cabeza. Al ratito volvió a decir: “¿Te tomaré, agüita, o no te tomaré?” Otro silencio bárbaro 'e grande. Don Juan no sacaba los ojos del camalotal. Pero allá nada se movía. Y di allí no salía ni un gargarito. El zorro se compuso bien el pecho, otra güelta, y dijo con todas sus juerzas: “Güeno, voy a preguntar la tercera vez, y la tercera es la vencida. Si l'agua no me contesta, me voy y no pruebo un trago. Agua, ¿te tomaré o no te tomaré?” Y entonces, salió d'entre los camalotes, más qui una contestación un ruego desesperao: “ ¡Tooomame, Juancito!” Y el zorro



agarró campo ajuera como perro con un tarro atao a la cola...

— ¡Ay mi brazo!, exclamó Serapito acomodándose y riendo a carcajadas.

El viejo también reía. Y contemplando tiernamente al niño, se vio como, como en una lejana noche, allá por el Arerungúa: al galope, Serapito en brazos, envuelto en tibio poncho de vicuña, poniendo campos y más campos entre ellos y las lonas del circo.

Terminaban de cenar don Basualdo, Tizón y el Mellizo Juan, cuando la negra Toribia entró a la cocina.

—Dice Serapito que vaya pronto, dice.

Bajando la voz, agregó:

—Hoy el pobre ha estao un poco caído. ¿No tendrá fiebre el niño, don Basualdo?

Este, sin contestar, encabezó el desfile, atravesando el patio a oscuras, hacia el cuarto vecino. Agachándose, entraron. En su cama, bien vendado el brazo que mordió la víbora y abrió y desangró a cuchillo Na Toribia, con rojas chispas en las mejillas, estaba Serapito. A sus pies posaba una ancha tabla sobre la cual, a fuerza de maña y paciencia, Tizón, estorbado por el Mellizo, había levantado un rancho rodeado de arboleda, con su pozo, su horno, su enramada en minúsculas proporciones. Había allí también una manguera de palo a pique. Y, de barro cocido al sol, ovejas y vaquitas que se diseminaba, más allá de la manguera, por el campo, campo verdadero, cortado en delgados panes.

Desde alto candelero, oscilaba una vela iluminando la habitación.

— ¡Un cuento, padrino! ¡Un cuento lindo'e don Juan!

Don Basualdo se acercó a la cama. Puso su mano sobre

la frente, sobre las mejillas del niño, y las sintió encendidas. Al tornarse, sus ojos se encontraron con los ojos ansiosos de los otros. Hizo un gesto ambiguo y se sentó, sonriendo al gurí.

—M'hijo, ¿Quiere que le cuente el cuento el tigre que s'hizo el muerto pa poder jorobar a su sobrino?

—Güeno, ese...

Ña Toribia regresó a la cocina para lavar la loza. Preocupado por la mirada de don Basualdo, el Mellizo se había hecho un ovillo bajo el poncho, y clavó los ojos en el suelo. El negro se dispuso a atender con interés, como si, con eso, ayudara a que el cuento fuera hermoso y gustara a Serapito.

—Taban llegando a l'estancia'el tigre tuitos los invitaos, aquella tardecita. Ya habían caído dos nutrias comadronas y refistoladoras. Los colmillos ajuera parecía que todo les hacía gracia. Un avestruz, tres aperiases, un carancho, una cigüeña, también estaban. Los hacía pasar p'adentro el mismo tigre, después de abrazarlos muy cariñoso. "Güeno, les dijo ya a la dentrada'el sol, mirando primero p'ajuera por si caiba algún otro de la cantidá d'envitaos. Yo los he runido porque quiero que me velen"... "¡Cómo, don Tigre!, saltó una'e las nutrias. ¿Cómo lo vamo a velar estando vivo?" "Sí, terció l'avestruz muy asombrado, con la salú qui usted tiene, si no si ahorca, v'a ser imposible". "No, no, atiendanmén! Yo lo que quería decir era que me van a velar haciendo que m'he muerto. Entonce, después di armar bien el velorio, van a buscar a don Juan, qu'es doliente. Cuando él los vea a todos ustedes alrededor del cajón, no v'a desconfiar ni un chiquito. En cuanto dentra, lo demás corre por cuenta mía. Hay qui acabar con él. Yo los he runido porque creo firmemente que todos ustedes, el que más y el que menos, tiene algo que echar'en cara"... "¿El que más y el que menos?", atropelló el carancho. Yo carculo qui aquí tuito el

mundo es el que más. ¡Miren mis patas!” Si abajó la bota el carancho, se subió el chiripá y el calzoncillo. “¡Miren! ¡Rengo pa toda la arrastrada vida mi ha dejao este bandido!” Los qui allí estaban sabían demasiado que la quebradura jué un castigo que l'hizo don Juan pa enseñarle a no sacarle los ojos a los corderitos recién nacidos y sin madre, pero si acercaron a la pata rota y dijeron: “Qué cosa bárbara, amigo.”... “¡Si es como pa matarlo a don Juan!”... “¡Lo qui ha hecho con usté no tiene nombre!”...

Al oír esto, se le llenó d'espuma el pico a la cigüeña. “¿Y esta vista que perdí?”, dijo. “¡Ay, una vista pa mejor!”, alborotaron las nutrias. “A nosotros lo que nos hizo jue prenderle juego al estero, n'un verano, y dejarnos que nos veían de media legua en cuantino uno quería salir a dar una güelta...” L'avestruz, acomodándose n'el poncho, también iba a agregar su leña al juego di odio que s'estaba armando, cuando lu atajó el tigre. “Sí, ¿y esto, con perdón de los presentes?” Si abajó un poco las ropas y mostró en la cadera el nacimiento de una peladura que le seguía hasta lo profundo...

Débilmente estalló la risa de Serapito.

— ¡Era la quemadura'e la grasa, cuando las tortas fritas, padrino!

— Esa mesma...

¡Qué débil la vocecilla del gurí!

El Mellizo Juan sostenía los ojos clavados en el suelo, abrumado por tristes preocupaciones. Con el alma, Tizón alentaba a don Basualdo para que el cuento infundiera bríos y alegría al ánimo decaído del pequeño. Llegaba de la cocina ruido de loza...

— Volvió a subirse la ropa el tigre, cuando si oyó un “Güena noche” qu'era un ronquido gruesísimo. Si asomó el tigre y salió a recibir al llegao. “¡Dentre, compadre Capin-

cho! ¡Yo creiba que no llegaba! ¡Dentre p'acá!"... El Capincho venía en mangas de camisa, de bombacha y bota corta. Sin hacerles mucho caso, medio encandilao, saludó a todos. Di ahy se sentó n'un banco y se quedó callao.

—“Yo los había envitao a todos”, dijo el tigre. Pero el Capincho, sin atenderlo, bostezando, le preguntó: “¿Y ande anda esa Tigra vieja?”... “¡Pero hermano!, saltó el tigre hecho un yelo. ¿Y no sabe que la pobre murió l'año pasao?” “No, no sabía. ¡Pero pobre!” “¡Si, pobre, murió l'año pasao!””, dijeron en coro las nutrias, siempre rilléndose... Güeno, el tigre si había quedao cortao. Y el Capincho, siempre distraido, parpadiando con la luz de los candiles, vido n'un rincón a l'avestruz y habló otra güelta muy ronco: “¡Mirá! ¿Estabas vos acá? ¿Y estás bien de la soba que te dio el lagarto porque le robaste un cinchón?”...Diba medio a aclarar l'avestruz, que s'encogió como si li hubieran dao un palo cuando saltaron a la vez las dos nutrias. “¡Pero don, si eso jue hace como seis meses!...” Se restregó los ojos el de las bombachas y, después ricién oyó lo que decían. Entonces, se disculpó: “Es que soy tan retraido. Yo no salgo nunca... Uno oye las cosas y...” El tigre si había acomodao un poco. Pero el desacomodo'el avestruz lo volvió a poner hecho una lástima. “Esté, tartamudió, esté...” Y ahy tuvo que parar otra güelta porqu'el capincho siempre parpadiando por el encandilamiento, taba mirando al carancho. “¡Oh, vos también estás aquí!” “Sí, compañero, atajó el tigre sin saber bien lo que l'otro iba a largar, él también está aquí, pero esas cosas hay que dejarlas... Yo los había invitao p'hacer venir a don Juan y entre todos darle una güena soba...” “¡Ah, mirá qué bien!, dijo el capincho entre un bostezo. Si es por dar sobas, yo doy solo; pero a mí no me cuenten nada. Yo soy di andar derecho viejo, nomás. Mi han envitao. Yo vengo. Traigan a don Juan, traigan lo que traigan, yo

peleo...” “¡Eso es derecho!, habló el tigre. Güeno, compadre avestruz, vaya a lo'e mi sobrino y ya sabe lo que le tiene que decir...”

—“Mire, don Juan, jué una cosa que...” “Póngase el sombrero...” “No, toy bien, gracias.” Jué una cosa'e repente. Su pobre tío estaba lo más bien y enredepenete le vino una fatiga... Y fatiga jué que lu hemos perdido completo. En las últimas habló bien di usté hasta que se cansó. Tengo parientes flor, nos decía muriéndose, pero juego hasta la camisa a que como don Juan nu hay ninguno. ¡Esto nu es sobrino! ¡Eso es un padre pa mí!...” El zorro miraba al qui hablaba. Y por más qui hacía, no le podía agarrar confianza. “Cuando jué a dar la última boquiada, siguió l'avestruz, nos runió y nos dijo: “Muchachos, avisele a mi sobrino de lo que me pasa, pa que no falte a mi velorio. Esto si hace una vez sola y nu es justo que la vez que si hace él no s'entere.” Así que, amigo don Juan, subasemé arriba, que yo lo llevo al velorio en lo que se dice un momento.” “No, compañero, usté váyase adelante qui a lo mejor lu están precisando. Yo vi'a conseguir un luto...” “¡Pero avise si allí se van a estar fijando!...” “¡O voy solo, o no voy!” “¡Ta bien, doliente, vaya solo!”

—A don Juan no lo embroma naides, ¿eh, padrino?, exclamó apenas el gurí, con los vidriosos ojos puestos en el techo.

Don Basualdo se incorporó alarmado.

— ¡Siga, siga! ¿Y don Juan, entonces?

Con un rictus, volvió a tomar asiento. El Mellizo, siempre encogido, abatió otra vez la cabeza, que había levantado a medias.

— ¡Siga, don Basualdo!, suplicó el negro, con la vista ardiente.

—Güeno, apuró el viejo, a eso'e la media noche uno

dentró montao n'un venao al patio'e la estancia'el tigre. Clarito se veían el cajón y el velerío. Por confiar a don Juan, habían puesto tan en la puerta todo, que pa dentrar y salir les daba trabajo. “¡Ahy está el sobrino adoraó!”, gritaron las nutrias. Y soltó el llanto la concurrencia enterita. “¡Si nu hay nada qui hacerle!, dijo el zorro al que lo llevaba arriba, esto es una emboscada fenomená!” Clavó los ojos y vido al tigre muy quietito n'el cajón, rodiao de velas. Y atrás una cantidá'e desconsolaos. “¡Dentre! ¡Abajesé!...” “¡No, muertos que no levantan una mano, no velo yo!” Cuasi se cai'el cajón. Porque al oir esto, el tigre, angurriente, levantó 'e golpe manos y pata. Y el venao dio media güelta. Y a todo lo que daba se perdió con el zorro.

— ¡Ah, don Juan!, musitó Serapito. Yo via dir con él. Vamo a dir a oir la banda'e música... ¡Mire, padrino, mire qué lindos los caballos blancos!... ¡Ahy suena el tambor! ¡Ahy v'a salir mi madre!...

— ¡Toribia!, llamó roncamente don Basualdo.

Y con Tizón y el Mellizo, corrió hacia la cama, cogió entre sus manos la ardiente cabeza de Serapito.



Cuando Na Toribia y don Basualdo, con Serapito devorado por la fiebre, salieron para el pueblo, el viejo recomendó a los dos que quedaban:

—Cuiden todo, vigilen todo, no se muevan de aquí.

Y ante los ojos de Tizón y el Mellizo, el coche cedido por el patrón de la estancia se fue perdiendo entre nubes de polvo.

Cuando la línea del horizonte volvió a cerrarse, ellos permanecieron inmóviles, callados, como con un peso abatiéndoles la cabeza.

El primero en romper el silencio fue Tizón.

—Y ahora, hermano, ¿qué hacemos?

—Y... vamo a montar a caballo y a dirnos, también.

—¿Pero tas loco? ¡Si él nos ordenó que nos quedáramos!

—¿Y cómo vamo a resestir sin noticias de Serapito? Está mal, el gurí, está mal...

—¡Tiene una fiebre que vuela! Y nosotros no podemos obedecer en este momento... Lo que soy yo, monto a caballo...

El negro logró serenarlo, hacerlo entrar en razón. Pero esa noche ninguno de los dos pudo pegar los ojos.

Tres días después, dos jinetes, rodeados de ladridos, iban llegando a San José de Mayo. El callejón que habían tomado y que conducía a una calle bien empedrada con edificios cada vez mejores hasta llegar a la iglesia, era un callejón miserable, constituido por ranchos agobiados cada vez más a medida que se alejaban de la iglesia.

—Lindo el pueblo, allí arriba, ¿eh? ¿Y esa iglesia tamaña'e grande?

—Sí, pero estos ranchos tan como gallina muerta n'el nido.

—Mirá qué brutas torres, Tizón.

Empezaron a encontrar gente, en su mayoría mujeres, casi todas enlutadas que, muy gravemente, se dirigían hacia arriba.

Se extendía el coro de ladridos.

—De perros están bien, se ve. Eso sí, no tendrán p' apuntalar los ranchos, pero lo qu'es perros...

—Y... El perro es un animal qui uno le agarra cariño.

—Sí, encariñate nomás con ese barcino y facilitale...

— ¡Juera!

—Pero che, mire que sube gente... ¡Juera!... ¡Y qué caras serias! Esto no parece pueblo. Esto es talmente un camposanto... ¡Pa la pucha! ¡Mirá que vandada'e cristianos callaos la boca dueblan allí! ¡Aquí tiene que haber pasado algo fenómeno!

El Mellizo taloneó su caballo un poco aplastado por la larga distancia recorrida. Pero en seguida lo contuvo y se dejó aparear por Tizón.

Venían unas viejas de hábito color marrón, con lazos negros alrededor de la cintura. Detrás, varias muchachas trajeadas de negro. Y cerrando la marcha, tres hombres de bota y poncho, serios como toros. En silencio todos, hacia arriba.

Al trote de sus caballos, los dejaron atrás. Disminuían los ladridos. Las molduras de las torres se iban evidenciando.

—Ahura la cosa, Mellizo, v'a ser pa buscar la fonda ande para don Basualdo.

—Y, se le pregunta'alguna persona.

—Sí, pero vamo'andar di un lao pa otro como encomienda'e pobre, que nunca llega a destino porque naides le sabe el paradero.

—No, no creás, vos que... ¡Pero fijate hermanito!

Hacia arriba otro grupo había desembocado en el callejón, escoltado por dos de a caballo. Uno de los jinetes venía de hábito marrón, también. Y llevaba sobre el pecho anchos escapularios. Ninguno despegaba los labios.

—N'esta población debe haber muerto lo que menos el presidente, exclamó el Mellizo, meneando la cabeza.

Taloneó otra vez a su cabalgadura y enderezó a un viejo flaco que, meditabundo, iba rezagándose.

Era un bizco cincuentón con unos pantalones por encima del tobillo, con un saco tan raído como planchado. En la pequeña cabeza llevaba un sombrero de paja, más pequeño que ella aun.

—Diga, don ¿quién ha muerto?

El bizco se detuvo sorprendido.

—¡Cómo! ¿Y no sabe? ¡Jesús, Nuestro Señor! ¡Lo mataron los judíos!

En medio de un gran pasmo, se miraron el Mellizo y Tizón. El Mellizo se repuso primero, al ver que, buscando de incorporarse a su grupo, el del sombrero de paja volvía a agarrar la marchita hacia arriba.

—¡Pare, amigo! ¿Usté va p'allá?

—¡Claro! ¿No ve que p'allá va todo este mundo'e gente?

—Entonces, también vamos nosotros. ¿Y hay pa dejar los caballos?

— ¡Claro! Ustedes maneán ajuera, y después dentran pa dentro.

— Ta bien. Y vi'a ser curioso, y disculpe: ¿usté no sabe en qué fonda para don Basualdo?

— ¿Don Basualdo, dijo?

— Sí, capataz del puesto'e Los Ceibos'e la estancia'el Coronilla.

Al bizco, de pensar, se le juntaban las miradas casi al metro de distancia.

Mientras se ponía en marcha, barruntó:

— Ahy el que puede saber es un tío mío qu'es de ajuera, tamién.

— ¿Y ande se podería dar con su tío, y disculpe?

— Ajuera.

Con los ojos sobre el menguado sombrero de paja, la mano del negro se crispó en el rebenque. Pero no dijo nada.

Llegaban ya al adoquinado, en un grupo cada vez más crecido. Comenzando a hacer sonar matracas, dos monaguillos avanzaban hacia ellos.

— ¿Y esos gurises disfrazados? ¿Qué cuestión es esa?

— ¡Callate, Mellizo! ¿No tas viendo que son monaguillos?

— ¿Como pichones de cura, querés decir?

— Mesmo.

El Mellizo sujetó su pingo. Y entre el cruzar de la gente se puso a contemplarlos admirado.

Por el aire límpido se dirigía también hacia la iglesia una blanca bandada de palomas.



La idea de Jesús sacrificado cerca del altar mayor, tiraba hacia la iglesia. Pero, en la plaza los juegos malabares, las prestidigitaciones, aquellas palabras pronunciadas en todos los tonos, aquellos unguentos milagrosos, y los escapates con prendas puestas bajo el limpio sol de abril, detenían los pies como volviéndolos de plomo.

—Voy a poner este reló adentro d'este cucurucho. Voy a ponerlo dentro d'esta caja. Y ahora, mientras lo hago desaparecer, tienen que esperar un momento. Por eso, para no perder el precioso tiempo, voy a entregarles a cada uno de ustedes, por lo que quieran dar, un paquetito de estos polvos... Se echa un poco de polvos en un plato...

El amplio atrio de la iglesia estaba lleno de gente. Eran, en su mayoría, hombres venidos de los campos circundantes. Ahogándose dentro, en el largo sermón de las Siete Palabras, salían a tomar aire, a fumar, a conversar, a moverse. Después de un descanso prudencial, se acomodaban en sus ponchos, se quitaban los sombreros y volvían adentro, a situarse inmóviles bajo el gran vozarrón del sacerdote, contemplando allá lejos, junto al altar, las tres cruces del martirio.

Desde el atrio, algunos observaban con vivo interés los

grupos de la plaza. Y hasta allí llegaban, de cuando en cuando, voces insinuantes...

—Grasa de serpente, produto enteramente velletal...

Este era un hombre rechoncho, subido a una mesa, con tamaña serpiente alrededor del cuerpo y envolviéndole el cuello. Su voz tornábase por momentos melosa o autoritaria, casi atenorada o como de bajo profundo.

—Este produto de serpente es muito purificador. Concurrencia, cando eu era pequenino, no grande palazo do mariscal autor dos meus días; es decer: meu propio pae...

Pausado y fuerte rumor de espuelas le hizo ladear la cabeza. Los del grupo de pasmados mirones y auditores, también se tornaron. Pero la voz siguió y volvieron a contemplar y a atender.

—A servidumbre de miña casa; es decir: do mariscal meu pae...

—Vamo a seguir más arriba qu'están las rifas, Mellizo.

—¡Parate, parate a ver! ¡Mire un hombre d'estos en las que tiene que andar!... Vamo hacerle una piernita.

—Quedate vos, si querés. Yo vi'a tantiar la suerte.

Contrariado, el de las espuelas se alejó, también, con su ruido detrás.

—¡Llente inorante! O povo preciso escolas. A palabra dos homes ilustrados nao interesa. Van facerse rubar o dineiro. Concurrencia, cando eu estudiaba dereito; es decir: doutor en leyes...

Sobre un cajón, un hombrecillo escuálido, con la cara como colador por las viruelas, mostraba naipes que le aparecían misteriosamente en la mano. En esfuerzos desesperados para contener a la gente que cruzaba hacia las rifas, cuando llegaba hasta él: “¡A diez la cédula! ¡Se puede sacar dos relós, un cuchillo, un guardapelo”, la mano se le coronaba de barajas.

Más allá estaban los canastos de pasteles, de dulces; los vendedores de estampas sagradas, de retratos de héroes, de caudillos...

— ¡A diez! ¡A diez! Me lo deja más sin manchas que una conduta honrada, me lo deja. Se agarramo un cahito y lo pasamo en la ropa en esta forma, lo pasamo. ¡Miren, caballeros! Y en seguida ustedes agarran...

— ¿Vamo a ver en qué queda esto?

— ¡Seguí! ¡Seguí! ¡Vamo a las rifas!

Hormigueaban los ponchos, los grandes sombreros, las chaquetillas cortas que dejaban ver el cinto de labrada hebilla. Y los gurises, ávidos y huraños, con sus pantalones a media pierna, sus sombreritos sin amoldar a la cabeza y sus ojos azorados, cogidos de la mano de un adulto...

En el atrio se renovaba la gente. Dentro, las siete palabras del Nazareno iban siendo comentadas con terrible minuciosidad, trayendo frío al auditorio.

El Mellizo y Tizón llegaron a las rifas. Venían del hospital, de visitar a Serapito. Na Toribia había quedado con el niño, don Basualdo dormía en la fonda, para turnar a la negra, por la noche.

A la luz del claro sol, rutilaban los escaparates. Relojes, cuchillos, mates de boquilla primorosa, gemelos, hebillas de cinto... Había también pañuelos de seda rojos y blancos.

\* \* \*

—Entonces abrió los ojos y dijo: “¡Tengo sed!” ¡Oh, hermanos míos!



En la penumbra del templo, el sacerdote se interrumpió. Desaprensivos rascos de espuela llegaron hasta él. Pero bruscamente, volvió a reinar el silencio.

— ¡Tengo sed!, continuó el cura. Las manos y los pies sangraban. La fiebre encendía una hoguera en su cerebro...

El oficiante volvió a interrumpirse y se asomó al púlpito concediendo, con esto, que la concurrencia pudiera tornar la cabeza e inquerir por su cuenta. Mas reinó el silencio de inmediato. Era que, junto al perturbador, alguien había dicho:

— ¡Nu arrastre, hermano, esas tabas, que nos están mirando como a sapos de otro pozo!

— Los que estaban debajo de la cruz, hijos míos, oyeron aquel “ ¡Tengo sed!” desesperado...

Violentemente el cura echó medio cuerpo sobre la concurrencia. ¡Qué silencio tan profundo se hizo de inmediato! Tiosos los cuellos, con los ojos recorriendo las órbitas, la gente contuvo la respiración.

El sacerdote se pasó un pañuelo por la frente.

— Hijos míos, con hiel y vinagre empaparon una esponja. Y la alzarón en una caña... que encontraron por allí cerca... entre unos yuyos...

El cura estaba nervioso, a todas luces. Perdía la hilación del discurso por aguzar el oído.

El Mellizo avanzaba levantando los pies cual si anduviera en el agua. Pero, aún así, en un descuido, la rodaja de la gran espuela rozó las lozas del pavimento. Aquel breve rumor estremeció a la iglesia entera.

Allá arriba, en el púlpito, el cura se hizo un arco. Era un enorme fuelle el jadeo incontenido de la concurrencia. De pie, al lado de Tizón, el Mellizo sudaba a mares. Lo devoraba la sed. Y una angustia cruenta le enfriaba el pecho.

— Hermano, se animó a interrogar casi sin mover los

labios. ¿Cuánto le carcula que queda la salida?

—Y... de diez metros no le baja.

Estaba de pie juntos el cuitado, horrorizado ante la creciente necesidad de separarlos un poco.

— ¡Cómo quemaban las heridas de Jesús! ¡Sentía en las sienes, hijos míos, brutales martillazos!...

El Mellizo movió un poco los pies. Y palideció. El negro Tizón se puso blanco.

Ya cuchicheaban y lanzaban sin disimulo miradas incendiarias, ubicando al del barullo.

—Hermano, susurró el Mellizo. ¡Si yo me pudiera allegar hasta aquel confesionario pa bien de recostarme un poco! ¡Yo ansina, parao de pies juntos no resisto!

—¿Y por qué no dejastes las espuelas en la fonda, como tuito el mundo?

— ¡Y ahora me venís con estas cosas!, gimió el otro.

Le sudaba la frente. Más no se animaba a subir las manos hasta ella. ¡Y aquella repetición de la frase que le daba más sed todavía!

El cura, en el colmo de la impaciencia al oír el último, levísimo rumor, bogaba nuevamente en un mar de palabras.

— ¡Sed! ¡Sed! ¡Sed! Pero había otra sed, en medio de aquella sed. No era lo que se dice sed...

Tizón, con la cabeza gacha como quien espera un golpe, miraba a hurtadillas al rígido Mellizo. Oprimido el corazón, pasaba la vista, como al descuido, por los grandes pies armados de espuelas.

—Ya, hijos míos, Jesús no podía más...

— ¡El que ya no puede más soy yo, hermano! ¿Y si mi arrecuesto al confesionario levantando bien los pieses pa no arrastrar las condenadas?

—Probá.

Se oyó apenas un leve rasco.

— ¡No, no puedo! ¿Y por qué no trata de lechuciar, hermano, si faltará mucho p'acabar las palabras?, suplicó el Mellizo, los pliegues de cuyo poncho tenían tal inmovilidad que parecían de madera.

Revoleando los ojos, el negro se desplazó hasta una columna, e interrogó a los que en ella se apoyaban.

— Digan, usté, ¿no me poderían hacer saber si falta mucho pa qu'esto si acabe?

— Y... hora y media... dos... Asigún y conforme.

Sudando a chorros, el Mellizo también les tenía clavados los ojos angustiosos. Tizón volvió, aproximándosele con cara de desaliento.

— ¡La cosa va larga, hermano!

— ¿Y yo qué hago?, exclamó por lo bajo, siempre sin mover los labios. ¡Estoy entumeciéndome!

A Tizón se le partía el alma de miedo y lástima. Como podía moverse, se enjugaba la frente con su pañuelo.

— Y... trate'e salir p'ajuera. De no, se v'avejigar como caballo'e borracho...

— Sí, ¿y pa darme güelta?

Con la lengua se recorría los labios el Mellizo. Pero, en seguida, se le ponían resecos.

La más absoluta de las tranquilidades reinaba en el ánimo del sacerdote.

— Aquellos corazones de piedra no eran capaces de piedad. Y por ellos mismos moría el Justo, como moría por nosotros, por nuestros hijos...

Vaciló. Hubiera deseado uno de aquellos ruidos turbadores para justificar la interrupción. Aguzó el oído. Nada. Retomó la frase, enmendándola:

— Moría por ellos, por nosotros, por vuestros, por vuestros hijos...

Y ahora sí cortó en seco y se asomó al púlpito y se

echó atrás como ante la presencia del demonio.

Uno de poncho, entre un ruido de espuelas ensordecedor corría hacia la puerta, cuchillo en mano.

## 17

Allí estaba muy oscuro. A indicación del que, desde que entraron, permanecía echado en el suelo, colgaron los sombreros, encimados, en un gran clavo que había en la pared.

—Sientensén en el piso, no más. Lo qu'es bancos, no les van a traer ni aunque les pidan. Sepan qui ustedes han caido en manos de la pior gente que puede haber en el mundo. ¿Ustedes nunca han estao presos en el Rosario Oriental?

—No, señor.

—Güeno, lo que les puedo decir es que aquellos calabozos son una gloria al lao d'estos. Antes había un tal Gutiérrez, sargento por más señas, qu'era un corazón di oro. Pero ese murió de una peritonitis, qu'es lo que nosotros llamamos un cólico negro.

Aquí, estarán a oscuras cuando llegue la noche. De día, en esto que no se sabe si es claridá o es escuridá, porque, pa ser derecho no se puede decir qui uno ve ni qui uno no ve. Y ansina sucesivamente. Asigún el delito que tengan, les dan libertad o los pasan al juez. Aura, cuando son menores, pasan al juez que se llama'e menores. ¿Y ustedes qué delito tienen?

—Yo, señor, dentré a l'iglesia d'espuelas nazarenas.

Güeno... Y como metían mucha bulla, me paré. Hasta que saqué el cuchillo y atropellé ciego a la salida.

—¿Cómo? ¡Pero señor, si eso es lo que se llama una profanación!

El que hablaba echado en el suelo, se incorporó de un salto. Los otros dos también se incorporaron. Tizón intervino para contar las cosas como fueron. Los tres se pusieron en cuclillas, recostados a la pared. Allí ya casi no se veía nada.

— ¡Hum!, exclamó el que atendía, cuando el negro concluyó. Ustedes se han metido en un gran berenjenal. ¿Y usted, señor, le barajaba con el cuchillo al soldao que sacó el machete?

—Mesmo. El me tiraba los viajes y yo se los sacaba.

— ¡Hum! ¡Pa mejor adentro'e la iglesia. Eso es un agravante de los piores que pueden haber...

Se incorporó el que hablaba y comenzó a pasearse con la mano en la barbilla. Vestía squito corto, de brin, sobre la camiseta. Y pantalones, también de brin, arriba del tobillo... También llevaba un pañuelito al cuello. De pronto se paró en seco.

—Güeno, muchachos, yo me doy cuenta de qu'estoy hablando con dos cabálleros. Yo quiero darles un consejo porqu'he simpatizao con ustedes. De no, lo qu'es esta boca nu hablaría en jamás de los jamases.

Hizo una pausa. Luego continuó:

—Ustedes no me conocen. Yo nu estoy aquí, ni todas las veces qu'he estao ha sido por perdulario. Y vi'a serles franco, pa que vean qu'están tratando con otro caballero. Dos veces, sí, me trajieron medio mal. La primera, porque le carníe una oveja a don Cayetano Méndez, que tiene majadas como pa tirar p'arriba. ¡Mire qué l'iba a hacer una oveja!, como se la chanté al juez en l'audiencia. La otra, porque

le carnié otra oveja más a la viuda del finao Ycasuriaga, una mujer que no sabía el campo que tenía. Ansina jue, derecho viejo nomás, sucesivamente. Yo se los digo, pa que vean qu' estamos entre caballeros. Las otras veces, les doy palabra, mi han traido porque la gente, cansade'e ver dotores, me manda buscar pa que las oserve. Con la frente muy alta les digo: Yo no he tratao a naides, lo que se dice a naides, oiganlón bien, sin que haigan recorrido los consultorios.

El Mellizo se olvidaba de que estaba en un calabozo, pasmado. Tizón, por momentos, tocaba en su realidad.

—Miren, vamos a analizar las cosas. Y asín sucesivamente, ustedes solitos van a darse cuenta. Vamos a ver dispacio. Total, el tiempo es lo que nos v'a sobrar. Diganmén ustedes, que son personas de güena cabeza, ¿ustedes creen, por un casual, que Dios v'hacer los yuyos solito pa que los coman los animales y pa que los estén sacando'e las casas a juerza di azada? ¿Qué dicen? Contestenmén.

—¡Esti hombre no tiene fin!, se dijo para sí el Mellizo. Y ya iba a responder, cuando contestó Tizón:

—Sí, la verdá que...

—Pero haganlén entender eso a los dotores. Inyecciones, remedios de botica... Y, amigo, les queda la mortandá'e gente. Han cambiado el nombre'e las enfermedades. Usté ya no es persona'e ver un mal di asiento, como antes, o un mal de ojos, o una paletilla cáida (lo qui ustedes llaman paletilla cáida)... La culebrilla, pa ellos, es como si no existiera...

Con estrépito, la puerta del calabozo se abrió.

—Que salgan los últimos dos qu'entraron.

El Mellizo y Tizón se levantaron del suelo. Y siguieron a un soldado holgadísimo en su uniforme.

El maldito ruido de espuelas siguió el Mellizo, acusador.

—Haga pasar a los detenidos.



Traspusieron el umbral y entraron al despacho del comisario. Era un petiso rechoncho, picado de viruelas, con ralos bigotes caídos y una mirada como espina.

—Ha venido una persona muy gente y muy amiga a pedirme por ustedes y los voy a soltar...

Tizón y el Mellizo no sacaban los ojos del suelo.

—...pero tengan muy presente que, otra vez que hagan eso, se van a podrir encerrados. Han metido un escándalo en la iglesia que dende los tiempos que Jesús andaba po'el mundo no se veía. Y adimás, ustedes no son quién pa resestirse a l'autoridá. Sepan que la resistencia es la pior agravante, y está penada po'el código.

Golpeaba sobre la mesa, el comisario.

—En el despacho de ay al lado tienen su plata, sus cuchillos...

Los sermoneados, al oír hablar de cuchillos, se animan un poco.

—Bueno, vayansén, y mucho cuidado de andar derecho, porque, de no, se van a aburrir d'estar presos. Tan en libertá.

—Güenas tardes, dijeron los gauchos.

En el otro cuarto, el soldadito les alargó las cosas. Al agarrar su cuchillo, el Mellizo, de tan cumplido, dijo:

— ¡Compermiso!

Y de tan cortés, el breve milico respondió:

— ¡Es suyo!

Salieron a la calle. Atardecía.

—Aquí, Tizón, l'estoy carculando, v'haber qui andar muy derecho. Este pueblo se ve qu'está bajo un rigor.

—Vos, lo primerito que tenés qui hacer, es sacarte esas espuelas. De no, vamo a seguir aquí como alguaciles en la punta'e la tormenta... ¿Y qué será'e la vida el curandero?

Eran las once de la noche. Empujaron el zaguán y se internaron, indecisos, por el corredor iluminado y solitario. En el extremo, apareció una mujer alta, de traje rojo, gruesa, que de lejos les puso por delante una ancha sonrisa.

—Adelante, señorcitos. Muchachas, vengan, que hay dos personas de campaña... Las chicas ya vienen. Pasen. ¿No gustan pasar? ¿Cómo se van a quedar en el corredor? ¡Valiente! ¡No faltaba más!

Se sacaron los sombreros. Entraron a una pieza, en una de cuyas dos mesas de luz había un reloj despertador.

Llegó una muchacha.

—Adiós. ¿Cómo te va?

—Bien. ¿Y usted?

—¿Y a ti, cómo te va?

Entró otra muchacha.

—¿Qué dice, amigo?

—Bien. ¿Y usted?

—¿Y tú, qué haces?

—Bien. ¿Y usted?

Hubo sorpresa y embarazo. Las de la sorpresa reaccionaron. Los del embarazo se quedaron con él.

—Siéntensen. ¿No quieren tomar algo?

—No, señora, gracias.

—Pero tomen algo.

—Güeno, caña.

—¿Ah, y nosotras a pico seco, bandidos?

—No, señora, a pagar lo que gusten.

—Yo, cerveza, doña Ana.

—Y yo, doña Ana, un guindado.

—Voy a traerles en seguida. Compermiso, ¿eh?

—Es de usted.

—¿Cuándo vinieron ustedes?

—L'otro día.

—¿Ah, sí? ¡Qué bien! ¿Y de lejos vinieron?

—No, regular.

—¿Y cómo recién vienen a vernos?

—Y... esas cosas...

—¿Tenés calor, tú?

—No.

—Como estás sudando...

—Sí, yo sudo siempre, no más.

La gruesa, alta, de traje rojo, tornó con una bandeja. La depositó en una mesilla. Viendo cada vez más empacados a los dos, exclamó, poniendo cara radiante:

—¡Ay, qué idilio! Vénganse tú y ella para este otro cuarto, así ellos conversan de sus cosas.

Tizón se paró reboleando los ojos, y se dejó agarrar la mano por la muchacha.

—¿Y yo pa dónde voy, dice?, dijo.

—Para acá. Vengan tú y ella para acá.

Pero ya el Mellizo estaba de pie, acomodándose el poncho.

—Güeno, siento mucho, pero nosotros nos tenemos que retirar.

Su compañera lo agarró por los brazos y le habló en secreto:

—¡Quedate, por favor! ¿No ves a los pobrecitos encantados? ¡Dejalos que conversen de sus cosas!

Vaciló el Mellizo. Miró a la muchacha. Y cuando fue a mirar a Tizón, éste ya no estaba. La puerta hacia donde fue atraído se había cerrado tras él. El Mellizo oyó, en el otro cuarto:

—Muchas gracias, estoy bien parao, nomás.

Son las tres de la mañana.

Una mesilla con varias copas y botellas, se inclina hacia la derecha, hacia la izquierda... Y luego asciende, flota a varios palmos del suelo... gira... El tic-tac de un reloj sobre la mesa de noche, se oye con golpes fuertes, en ocasiones. Y, de pronto, parece que estuviera lejísimo. Y se viene otra vez sobre los tímpanos..

La tardecita era gris. Garuaba. En el patio de la fonda, el agua formaba pequeños charcos. La negra Toribia, Tizón y el Mellizo Juan estaban en una de las habitaciones que daban al ancho corredor. Ella, con su vestido nuevo y esponjado, se reclinaba en cómodo sillón. Estaba en medias, porque se había quitado los zapatos para "aliviar los pies".

El Mellizo Juan comenzaba a cebar mate.

—Supongo qui habrán visitao estos días la iglesia, a cumplir con el Señor, como güenos cristianos.

Tizón miró de reojo al Mellizo, que quiso hablar y no pudo, limitándose a clavar la barbilla en el pecho, al tiempo que derramaba el mate.

Entonces, el negro lo sacó en ancas.

— ¡Sí, cómo no! Tuvimos y vimos los rezos y todo, lo más bien. ¡Sí, cómo no!

— ¡Ansina, da gusto!, aprobó Na Toribia. Supongo yo que si habrán persinao con agua bendita a la dentrada...

— ¡Sí, señora, cómo no!

— Y qui habrán atendido los sermones.

— ¡Sí, señora!, consiguió articular el Mellizo, cuyo silencio se le estaba antojando delator.

Y se le representó, al oír sus propias palabras, la dispa-

rada hacia la salida de la iglesia, cuchillo en mano, desparrramando fieles, seguido de Tizón, que de inmediato le sacó la delantera, mientras el cura se descolgaba del púlpito y huía buscando la puertita disimulada tras el altar mayor.

Rascándose la cabeza, volvió a hundir la barba en el pecho.

—Nosotros dentramos, Ña Toribia, comenzó a mentir Tizón, y metimos los dedos en la pila de agua bendita, nos santiguamos y enderezamos pal lao del púlpito, y ahy nos quedamos quietitos. ¿No es ansina, hermano?

— ¡Sí, quietitos!, se vio obligado a contestar el Mellizo sin alzar los ojos, comenzando a sudar.

—Güeno, ahy estábamos lo más bien, sin que naides nos hiciera caso, como galleta entre las tortas. ¡Y óibamos a esi hombre, Ña Toribia, qu'era un despeñadero'e palabras! Hablaba con l'alma mire. Y nosotros quietitos, quietitos... ¿No es verdá, hermano?

Sin desearlo, evocaba aquel largo martirio a pies juntos, tratando de no moverse para no hacer asomar la cabeza asustante del sermón a cada ruido de espuelas.

—Habló esi hombre hasta que se cansó. Y tomaba y daba un alce a la gente y volvía a la senda como caballo a ración. Tuito el mundo callao...

— ¡Quietito!, se apresuró a decir el Mellizo, chorreando de nuevo el mate y estirando las piernas, pues se le endurecían como allá.

—... callao tuito el mundo igual que loro nacido en tala, Ña Toribia. Pero es qui aquel cristiano hablaba por todos. A un tal Pilatos, Poncio'e nombre, lo dejó, mire, como sog'a'e lechera...

—Supongo yo, interrumpió la negra sacándose la bombilla de la boca y echándose para atrás, de ojos cerrados, que bien poderías vos hablar en forma más conviniente. ¿Qué

son esas palabras, esos dichos p'hacer comparancias con una cosa tan sagrada? Usté lo qu'es... yo sé lo qu'es, usté...

Abrió tamaños ojos y se echó hacia adelante con el índice amenazador.

—Usté...

— ¡Pero Ña Toribia!

— ¡Qué! ¡Si usté acaba la pacencia a un santo'e palo, que ya ha'e ser cosa con pacencia! Que siga el Mellizo. Y usté se calla esa boca aura mesmito.

Movió los labios Tizón, pero la negra le atajó la palabra.

—Dejeló que cuente Juan, qu'es di habla más comedida y austera.

El Mellizo tragó fuego.

—Usté levantesé y dele güelta a esa cosita qui está en esa paré... al lao de la puerta...

Se levantó el negro. Hizo girar la llave de la luz. Las cosas rebrotaron en el cuarto, bajo la mirada angustiada del Mellizo.

—Güeno, aura sientesé y escuche sin abrir el pico. ¡Siga, Juan!

—Esté... salimos con éste, los dos juntos, lo más bien. Y entonces l'hijo'el mariscal...

—¿Qué hijo'e mariscal, muchacho?, interrogó con asombro la vieja.

—Uno que había con una víbora...

—¿Víbora? ¿Ande había víboras, muchacho'e Dios?

El negro se resolvió a echarle una cuarta de cualquier manera.

— ¡Andá, Mellizo, a cambiar de caldera, qu'esta agua está qu'es un yelo completo!

Sin hacer caso a Ña Toribia, el Mellizo salió con la caldera, a ver si se reponía.



Al quedar solo, recién entonces, Tizón advirtió hasta qué punto había sido magnánimo con su compañero, y en qué difícil situación lo había colocado su generosidad. Porque la negra, poniéndose los zapatos, lo urgía a preguntas.

—Decí, muchacho'e Dios, vos tamién, ¿qu'es eso'el mariscal y de la víbora?

El negro reboleaba los ojos, mudo.

—¡Hablá, qu'estás como pero atorao con venas!

Iba a abrir la boca Tizón, cuando se escuchó un extraño ruido, como el de un loco pataleo. Y, en seguida, la voz del recién salido, gritando:

—¡Jesús bendito! ¡Santo Dios! ¡Miren qué cosa!

Corrieron. Y vieron al Mellizo Juan chorreando agua, hecho sopa, al extremo del corredor.

—¿Y cómo ha sido eso, cristiano, si apenas es una garuguita'e nada?

El Mellizo chorreaba agua, no más.

—¡Hablá, muchacho!...

La negra se interrumpió. Un rumor sordo, de lluvia, oíase tras una puerta. Se asomó.

—¡Pedazo'e bagual! ¡Si has!...

—¡Cref qu'era la cocina! ¡Jui a prender la luz y, abajo techo, se me vino l'agua arriba!

—... si has abierto la roseta'el baño'e lluvia!

Después de cenar, el Mellizo Juan y Tizón abandonaron la fonda y se dirigieron hacia un despacho de bebidas en las afueras del pueblo. Avanzaban por un callejón bordeado de yuyos, con ranchos dormidos y perros siempre despiertos.

—Aura que Serapito está juera'e peligro, y que podíamos estar aquí lo más lindo, pasandonós una güena temporada, a don Basualdo li ha dentrao porqu'el puesto está solo.

—¡Y qué se le v'hacer! ¡Marchamos mañana nomás!

—¡Guardia la zanja, Tizón! Este... ¿allí, en aquella luz es, no?

—Si. S'está muy bien. Hay güen guitarrero, güeña caña. Y el bolichero es un negro muy gente... ¡Mirá quién pasó ahy!

Un hombrecillo había cruzado casi junto a ellos, con rumbo como hacia el centro.

—¿Quién era?

—El curandero qu'estaba preso con nosotros.

El Mellizo retrocedió, corriendo tras el hombrecillo que, a grandes pasos, seguía de largo.

—¡Eh! ¡Don! ¡Parese! ¿Ya no conoce a los amigos? Yo soy aquel que...

Sorprendido, el otro se detuvo. Y, en seguida, abrió los brazos.

— ¡Compañeros! ¡Ustedes no saben l'alegrón que m'están dando! Yo ricién ayer salí de la prisión. Me pusieron en contato con una manga'e perdularios. Yo decía entre mí: ¡Qué diferencia con aquellas personas que daban gusto tratarlas!

Lo dejaron un rato contar sus vicisitudes. Luego, el Mellizo interrumpió:

— Güeno, venga, vamos a tomar algo allí.

Miró el curandero hacia el lugar indicado. Y respondió tartamudeando:

— No, miren, disculpenmén que no los acompañe. Ya ven, yo ando d'entre casa. Miren, hasta'e sombrero'e paja...

Vestía los mismos pantalones por encima del tobillo, el mismo saco rabón y de mangas cortas que tenía en el calabozo.

— Pero avise, amigo, ¿quién se v'andar fijando en eso?

Era sincero el deseo de seguir su camino. Mas tanto hicieron los otros que, muy contrariado, extrañamente cohibido, el curandero entró con ellos al boliche.

Era un salón de piso de ladrillos carcomidos, iluminado por dos grandes lámparas a kerosene que pendían del techo. Entre el mostrador y la menguada estantería, se movía el dueño de casa, un negro de mucho sombrero puesto, que tenía a mano un gran vaso de caña, del cual bebía, de cuando en cuando, pequeños sorbos. Sobre el mostrador, en una fiambrrera de alambre, adivinábanse chorizos, huevos, queso, trozos de carne asada.

En un ángulo del salón, dormitando estaba un hombre flaco, alto, con una guitarra entre las piernas, posada en el suelo.

Al sentarse alrededor de una mesa, después de afianzar

trabajosamente las patas de los asientos, el curandero lanzó, como al descuido, una mirada al negro tabernero. Y se topó con sus ojos flamígeros, clavados en él. Se achicaba todo, cuando oyó que el Mellizo le preguntaba:

—¿Cómo me dijo su nombre, y disculpe, señor?

—Cipriano Camargo, a sus órdenes, respondió el curandero.

Yo soy Juan Barcelón. Y este amigo se apelativa Domínguez.

—Tanto gusto en conocerlo.

El del sombrero de paja se lo quitó; se incorporó a medias y extendió la mano.

Se les acercó un pardo que hacía de mozo.

—Yo, caña grande. Este, caña grande. ¿Y usted, Camargo?

El curandero pidió caña, también. Y en cuanto el mozo se alejó, bajó la voz y dijo, sonriendo bondadoso y persuasivo, acomodándose el sombrero:

—La caña es un venenc, muchachos. Yo pedí caña por seguirles la corriente. Pero eso ataca el hígado, el riñón y, a la larga, la cabeza. Cuando ataca la cabeza viene lo que se llama delirio extremo, qu'es el delirio pior que se conoce. Nosotros, en un caso d'esos, tenemos que cruzarnos de brazos... ¡Claro qui a la joventú no se le puede decir nada!, agregó rápidamente, al ver que el Mellizo había puesto cara de arrepentimiento y ya buscaba al mozo con la vista con intención de anular el pedido. A la joventú le gusta la caña... Y está bien, pa eso es joven, pa eso vive inorando lo qu'es el mundo, ¿noverdá?

Adoptó un aire más condescendiente, más paternal, aún.

—Yo tengo un dicho, muchachos, qu'es clavao. Yo siempre digo que la joventú es la joventú.

El pardo trajo las copas.

—¡Salú!, dijo el curandero. Y se bebió media de un trago. Luego, agregó: Pero como yo les digo una cosa, les digo la otra: la caña es mala y es güena. Como desinfectante, por ejemplo, nosotros la usamos mucho. Un cóligo di agua, sin ir más lejos, usted puede atajarlo lo más bien...

Se oyó un rasgueo. El curandero aprovechó esto para interrumpirse y mirar, como sin querer, al dueño de casa. Este, por encima de sus lentes, lo estaba mirando fijo.

El de la guitarra empezó un estilo. Sus manos temblaban sobre el encordado. Y el misérrimo instrumento, como podía, expresaba la honda tristeza, el amor, la vaga esperanza del hombre flaco y alto que la estremecía.

Del ensueño en que los había hundido la guitarra surgieron Tizón y el Mellizo cuando oyeron decir al curandero, con tono de suficiencia:

—¿A que ustedes no saben? La música es también remedio. Uno atiende música y es otro. Por ahí, analizando ustedes solitos, sacan la cosa. Yo tuve un caso, una vez, deshauciado por sinfinidá'e dotores: la hija di un estanciero, perdida'e nurasténica, como decimo nosotros. Es lo qui ustedes le dicen mañática: pero el verdadero nombre que tiene es nurasténica. L'hombre me tenía fe porque li había levantao una entenada. Güeno, le dije después de oservarla a la muchacha y tomarle bien el pulso... El pulso se toma aquí, ¿ven?...

Se puso el dedo en la muñeca.

—Usted pone el dedo aquí y cuenta...

Tizón y el Mellizo estaban suspensos. El curandero se interrumpió para empinarse el resto de la copa.

—Pidan otra güelta, muchachos, solicitó, mirando de reojo al patrón.

El Mellizo golpeó las manos, estruendoso.

--Güeno, yo la revisé en toda forma y saqué ajuera al padre y le dije: "Colijo qu'esto viene todo'e los ñervos. Yo, otra cosa, por más que la reviso, no li hallo. Eso'e querer estar sola, e llorar, de repudiar al novio, con todos los remedios del otro mundo, son bastante bien rumbiaos, mi hace pensar en los ñervos". "Usté diga y haga lo que quera, me dijo el estanciero. Yo l'he perdido la confianza a los doctores y a usté me l'entrego ciego". "Ta bien, le contesté, esta muchacha precisa distraición y, sobre todo, mucha música". El estanciero abrió tamaños ojos...

Tamaños ojos abrían también sus dos auditores. Habían olvidado sus copas. Al punto de que, ya en las últimas, la de Camargo, las suyas estaban hasta los bordes.

--"Esto que le digo, amigo don Eloíso --asín se llamaba el señor-- no se lo va usté a oír a ningún dotor, porqu'ellos hace tiempo que perdieron la senda. El barullo que su hija tiene en la cabeza, lo atray la música y lo amansa y lo v'acomodando despacito. Retire un poco al novio, que le complica más la mente. ¿Naides es guitarrero'e ley en l'estancia? Como dijiera qu'eran chambones, yo le dije que m'encargaba d'eso. Y les mandé a un tal Pagalday, guitarrero habilitado, y cantor como calandria. Y ahy la tienen aura a la muchacha, madre'e cuatro criaturas que son una bendición. Aquí ande ustedes me ven, yo llevo a esa casa, amigo --está feo que yo lo diga-- cuando salgo a curar po'esos campos, y es como si entrara un dios...

--¿Se casó, entonces?

--¡Claro! Con el guitarrero'el tratamiento.

Miró Camargo hacia el mostrador. Y viendo que no estaba el negro, se incorporó y dijo imperioso:

--Muchachos, me voy y no mi hagan instancias. Tengo un caso muy bravo...

Salió sin darles la mano. Pero una voz lo atajó. Y tras

ella llegó el negro, alcanzando al curandero en la puerta.

—¿Y será posible que se me vaya sin pagarme las saís cañas di anoche?

—¿Y yo no pagué?

—¡Dios bendito! ¡Sais cañas! ¡Y claro que no pagó! Y claro qui usté no sale sin que...

—Ta bien...

Sacó su pañuelo y desnudó las monedas que tenía atadas en uno de sus ángulos.

—...ta bien... ¡Los papeles qui uno hace por la distracción! Menos mal que estamos entre caballeros. Sirvasé, señor, su plata...

El Mellizo y Tizón presenciaban la escena sin respiro, desolados.



En el boliche del negro, bebiendo caña, se reponían el Mellizo y Tizón del gran desconcierto que les produjo la revelación inaudita. Su amigo, el curandero Camargo, que recién les acababa de decir respecto de la caña: “Es un veneno, muchachos... Yo pedí por seguirles la corriente... Pero esto ataca al hígado, al riñón, y, a la larga, a la cabeza...”; él, el admirado Cipriano Camargo, tomaba caña hasta de fiado, y de fiado hasta contra la voluntad del despachante, como acababa de demostrarse demasiado a las claras.

El negro tabernero, llegado de la calle con el importe de la consumición del día anterior, tan a duras penas hecho efectivo, se había acercado a la mesa de los dos amigos, se había quitado el sombrero en digno saludo, y les conversaba, apoyadas las manos en el respaldo de una silla:

— ¡Ustedes no saben qué mulita es esa! Yo, en cuanto los vide dentrar con él, dije: “Ya este indino ha’agarrao a estos señores pal patronato. N’el barrio lo miran, miren, les garanto, como el pato al arriador. Usté v’a él por una cosita ’e nada, pongo por caso, y es capaz di hacerle crer que tiene una enfermedá sin güelta. Y lu aconseja qu’él debe visitarlo en su casa. Entonce, las visitas las hace a la hora’e comer, pa que se vean obligados d’envitarlo. S’enamora di un pato, di

una gallina, lo mesmo que di un balde o un mat'e loza. Y si lo dejan solo, n'un cuarto, en fija que cuando se va, se va tamién algo con él. Nunca ha faltao uno solo cuando él sale di un lao que nu es la casa.

Se detuvo el negro. Sacó de un bolsillo del amplio guardapolvo, tabaquera y papel. Al encender, prosiguió, encapotando los ojos:

—Si l'enfermo se le muere, él recoleta todas las pilchas porque dice que las estudea pa que los muertos salven a los vivos. Ese sombrero'e paja que lleva es del finao Escolástico Bargas, que tenía un campito a una media legua'el pueblo. El saco, propiedá'el finao Trejo, un santo varón que vivía atrás del Cementerio. Pantalones y botines, pa decirles a conciencia, no sé de qué finaos serán, pero que son de muertos, que no vea más la luz si no son. En lo'e las Chamorro, s'enamoró di un perro, que lo vendió n'el centro al escribano Manrique, di un acordeón flamante y un cuadro'e la Guerra Uropea. Pa las pobres mujeres, que li habían agarrao una fe ciega, era l'hombre como un dios. Si la vieja Urbana, la madre d'ellas, tarda un mes más en morirse, les lleva hasta las patas de la cama. ¿Quedrán ustedes crer qui una tarde-cita este cristiano s'hizo trair un coche pa dirse a la casa, diciendo que llovía muy juerte y que si se agarraba un enfriamiento a los pieses era capaz que le diera un atacuc a la cabeza?...

Dos parroquianos que bebían en una mesa, golpearon las manos.

—Compermiso, dijo el negro.

Adquiriendo un aire indiferente, trajo del mostrador una botella, sirvió, tornó al mostrador y se dirigió luego, con las manos vacías, a donde lo aguardaban anhelantes el Mellizo y Tizón. El aspecto de la ancha cara del dueño de casa, a medida que se aproximaba, se ponía más preocupado.

—A la viuda del finao Perdomo, prosiguió en voz baja y sugestiva, que tiene un hijo mudo y baldao, li había prometido levantarlo y hacerlo hablar. Caiba a verlo de nohecita, por qu'él decía que, pa vencer el mal, esa era la mejor hora. Se quedaba a comer allí, alegando qu'él tenía que quedar un rato en oservación. Y un día le dijo a la madre: “Mire, señora, la mejor hora pal tratamiento es a la tardecita, pero v'a ver qui hacerlo más temprano. Usté ve que yo, por más que cure como curo, tengo que tener mis enfermedades. Yo, queja suya no tengo; estoy muy agradecido en la forma qui usté me trata n'el rato que tengo di oservación de l'enfermo. Pero iqué quiere!, yo sin algo con leche pa la cena, como ser arroz con leche, me voy a pique”. Y la pobre, primero no comía, antes que nu hacerle tamaña juente di arroz con leche. Pa pior, cuando el mudo que lo tenían atao en una silla, revolvía la lengua y daba gruñidos, este mal alma, muy serio, l'empezaba a hablar como contestándole. Y en seguida alvertía a la madre: “Es una cosa que yo le voy entendiendo todito. Adentro'e poco, su hijo v'a ser capaz'e decir discursos. Si juera'e güena cabeza, le garanto que este muchacho v'a dir lejos”. Hasta que desapareció el puñal cabo 'e plata. Y un tío que vino di ajuera li abrió los ojos a la pobre.

Se interrumpió para escuchar cascós de caballos resonando en las piedras de la calle. Un coche se detuvo a la puerta. Y un hombre alto, con hermosísimo poncho de vicuña, irrumpió en el local.

—¿Mi hace el favor, habló casi gritando, de decirme ande vive Cipriano Camargo, el curandero?

El negro se quedó como si hubiera recibido un palo. Pero se repuso y, mientras acompañaba al forastero, dijo:

—Vea, señor, usté agarra esta calle derecha... ¿Lo precisa di apuro, y disculpe?

—Sí, señor, es pa un enfermo grave.

—... y ande vea un ombú, duebla a mano derecha... y abaja n'el primer rancho a mano izquierda; uno que tiene delante un sauce llorón. Ahy es.

El hombre ya corría a subirse al coche. Regresaba el negro hacia Tizón y el Mellizo, revisando los bolsillos de su guardapolvo, en busca del pañuelo, cuando lo dejó como clavado en el suelo la voz del estanciero que, al ponerse el coche en movimiento, decía al cochero y se decía, desesperado:

—¡Tengo que llevarlo en seguida, aunque me pida el oro del mundo! ¡Cuando se trata'e la salú, yo no me fijo en plata ninguna!

—¿Qué me dicen, señores?, pudo articular el negro, al cabo de un rato.

—¿Y nosotros qué le vamo'a decir?, contestó el Mellizo, de mala gana.

Se consultaron con los ojos, pagaron. Y bajo las estrellas tomaron la calle que conducía al centro. La confianza en Camargo renacía en sus corazones.

Al llegar al ombú, miraron a la derecha y se detuvieron. Frente al rancho del sauce llorón, había un coche detenido. De pie, al lado, el de poncho de vicuña aguardaba. Del rancho salió un bulto. Era Camargo, con su sombrerito de paja, sus pantalones cortos, su saco rabón. Llevaba en la mano una valija vieja.

—Mire, con el apurón, dejé el tabaco, el papel y los fósforos n'el otro saco.

—No, yo tengo la tabaquera llena. Sírvase.

—¿Brasilero'e latas?

—Sí, señor.

—Es el que yo fumo. Soy pobre, pero me gusta fumar güeno. Caballero, estoy a la disposición.

Nuevamente, lleno de fé, exclamó el Mellizo, por el tabernero:

— ¡Ah, negro, si yo ti agarro! ¡Te via enseñar a hablar de la gente!



Desde la hora en que, por concesión especial, les permitían la entrada, don Basualdo unas veces, la negra Toribia otras, llegaban al hospital a acompañar y entretener a Serapito. Esa tarde, el viejo apareció sombrío. De entrada, el pequeño pidió un cuento. Remolineó un rato, el anciano. Luego, sentándose en la cama, comenzó:

—¿Si acuerda aquella vez que don Juan judió al Peludo, haciéndolo arrastrar di un lazo, con un potro?

—Es ansina, padrino.

—Güeno, entre unos cuantos, cargaron al Peludo en las últimas, arriba'un carpincho y lo llevaron pa la casa. Se trajo a la Lechuza, la curandera que, en cuanto lo vido, le dijo derecho a la Mulita, la sobrina y criada d'él: "M'hija, tené paciencia, pero esto no tiene güelta. Hast'ha perdido l'habla. Se muere". A un rincón se jue la pobre, llorando a lágrima viva. La Lechuza le dio un poco di agua'e ruda y, cuando vido qu'el Peludo había estira'o la pata, salió. Al rato cayeron ella, el Lechuzón y dos Aperiases. "Ta igualito", dijo por decir algo el Lechuzón, mirando al dijunto. "¡A la verdá!", dijeron los Aperiases, qu'eran hermanos. "¿Vamo a pitar d'este tabaco qui hay n'este cartucho? E todas maneras... Pa que se pierda"... Siguió el Lechuzón, muy tristón. Y acordándo-

se'e la Mulita, que seguía llorando, le preguntó: "¿Usté no pita, no verdá?" "No, señor." "¿No ven? E todas maneras, pa que se pierda... El tabaco estará po'aquí." "Deje, yo tengo", lu atajó uno'e los hermanos, el menor, buscando n'el cinto que li asujetaba el chiripá. "No li hace. Si lu encontramos, mejor. ¿No les dije? Aquí'stá." "Haceme uno fino pa mí", pidió la Lechuza. Armaron tuitos. Y mientras la Mulita, más sola que nunca entre aquellos acompañantes, seguía llorando se pusieron a refistoliar la casa. "¡Mirá qué cuchillo! Igualito al que se me quebró. ¿Ti acordás, ché?", le preguntó el Lechuzón a la Lechuza, qu'era sobrina. "Talment'igual." "¡Pucha, mire que yo quería aquel cuchillo! ¡Si me lo regalara éste! Esté... ¿no me lo regala? E todas maneras, eh?" "Sí, lleveló, lleveló." "Y este cinto, ¿tamién?" "Sí, sí."

Los dos hermanos nu eran tan cumplidos. Estaban parando rodeo'eriendas arriba di un poncho. La Lechuza había aprontao el mate, y cerrando un ojo po'el humo'el pucho lo cebaba. "Yerbita güena. Como el finao era pulpero, la traiba sin misturarla." "Riquísima, saltó po'allá el Lechuzón, que no l'había probao tuavía. Esa barriquita la poderemos llevar, ¿eh? ¿Qué le parece, m'hijita? ¿Ust'es matera?" "No, señor", le respondió la Mulita que, aunque le gustaba el mate, lo que quería era que se juesen pronto. "¡Claro! La gente delicada no toma. Nosotros sí, porque somos una manga'e brutos. Entonces quiere decir que la bombilla y el mate tamién los podemos llevar. E todas maneras, pa que se pierdan... Y yo qué quieren, siguió con los Aperiases, a los que no le sacaba la vista, yo siempre soy de la crencia que no se deben tener cosas de los dijuntos porque uno si acuerda y, claro, es una cosa que... Eso es pa mí, los paró al ver qui uno'e los hermanos se guardaban una amarilla. Y arregló muy bajito, en seguida: "Lleven lo que quieran, me-



nos plata. Eso es pa ella, la pobre. Ustedes ven, muchachos, que tiene que ser ansina.” El Peludo, con los ojos apretaos por la muerte, parecía que lo estaba haciendo adrede pa no ver aquellas cosas. “Güeno, che, dijo n’una la Lechuza a su tío, dejensén aura d’eso y saquen el cuerpo que ya está despidiendo mucho.” “¿Vamo?” “Meta.” “Una, dos y... tres. ¡Arriba!” Salieron con el Peludo y lu abajaron a la orilla de una barranca. “¡Pesadazo!” dijo uno’e los aperiasés, secándose el sudor. “Con la muerte”, habló l’hermano. El Lechuzón armó un cigarro. Echó unas humadas, reculó y corriendo, dio un empujón al dijunto que cayó en la mitá’e la correntera. Se quedaron mirando l’agua. El Peludo si hundió primeramente; asomó un poquito’el lomo, se volvió a hundir más lejos. Y ansina, subiendo y bajando y dando güeltas, se jue perdiendo’e vista. “Lo qu’es el mundo”, dijo el menor de los hermanos, siempre mirando l’agua. “Vamonós a ver si llevamos los regalos. E tuita maneras... ¿Quiéren pitar, muchachos?” Uno, aceptó, el mayor. L’otro si había quedao pensando. Y enredepenete dijo, receloso, como quien abre una puerta que no conoce: “De nosotros tres, ¿quién se morirá primero?” “Eso no se pregunta ni se piensa, iso bruto!”, gritó el Lechuzón, con un escalofrío n’el espinazo. Al ratito, ya vandiendo un chircal, el Aperíá volvió a decir: “Vaya a saber al que le toca el turno.” El Lechuzón se le jue arriba, haciendo muecas. “¡Eso no lo decís más o te reviento!” Es qu’el pensaba en algo parecido. Y a la muerte d’él le tenía un miedo bárbaro. Cuando dentraron, la Mulita lloró más juerte. “Hay que resinarsé, la vida es ansina”, la consoló el Lechuzón, mirando pa los rincones ya desmantelaos. “¡Pobre mi tío! ¡Tan güeno, tan trabajador!” El Lechuzón, con unas boliadoras en la mano, li habló en forma, primero. Y li agregó, sin que viniera bien: “Si me da estas boliadoras... Usté no las precisa. Y como yo



apreciaba tanto al finao... ¡Qué finao! ¡Mire que tenía chuscadas!... Pa recuerdo, ¿sabe?” La Lechuza estaba al lao del juego, muy encendida y muy extraña. Al pasar al lao de su tío, n’el acarreo’el mate, se le refregaba toda contra el cuerpo. Y él aprovechaba la ocasión p’apretarla con disimulo. N’una, el Lechuzón dijo: “Güeno, vamos a ver si nos vamos, que la doliente quedrá descansar un rato.” Y ya se le despidieron y salieron. En la puerta, desconfiao de que pudier’ haber alguna otra cosa escondida en los rincones, se paró: “¿Y ustedes se quedan, muchachos?” “Sí, vamo’aprovechar el mate, qu’está sin dar güelta. El mayor de los hermanos estaba añudando las puntas del poncho, ande habían parao rodeo a lasriendas. L’otro, matiaba callao. N’una llenó el mate y jue ande la Mulita seguía su duelo. “¿Gusta servirse di un mate?” “Güeno”, acetó ella, secandose los ojos con un pañuelito bordao a mano. “¿Está bien calentito?” “Sí, señor.” “¡Ah, güeno!” Y le acarrió mate hasta que l’otro habló de dirse. Entonces, esperó a que su hermano se despidiera primero y, cuando le tocó a él, le dijo: “Si precisa algo, ya sabe. Cuente conmigo, no más.” Y di ahy jue que nació l’amistá hasta la muerte ’el Apería y la Mulita.

—¿Y ustedé qué le carcula, padrino, el Peludo habrá ido al cielo? Comu’era tan tirano en la pulpería, como misturaba la yerba y l’echaba agua a la caña...

—Li haberán di haber dao con la puerta n’el hocico.

—Sí, en fija. Pero... pero yo creo... iyo creo que lo debían dejar dentrar!

Y hundiendo la carita en la almohada, rompió a llorar Serapito.

## 22 (\*)

En su cama del Hospital del pueblo ya estaba acostado Serapito, el niño gaucho, aquella noche. Sus ojos seguían con impaciencia a dos enfermeros que, cogidos a las asas de un gran recipiente, iban recogiendo en él los utensilios de la reciente cena.

Cuando traspusieron la puerta, las facciones del gurí se animaron de alegría. Tornóse entonces y miró al extremo del salón, por sobre las camas. Sentado en una de ellas, había un hombre, el brazo en cabestrillo. Serapito lo llamó, con la mano. Como el otro no reparara en él, lanzó un débil silbido y repitió la seña.

El hombre se incorporó, mostrando al sonreír unos dientes blanquísimos. Era alto, fornido. Vestía el traje de franela gris de los enfermos.

—¿Y el compuesto 'el baile'e los bichos que se comprometió a decir?

Ya apoyándose con el brazo libre en el respaldo de la cama, acentuó su sonrisa, el otro. Y miró al de la cama próxima, un indio de breves bigotes, cuya pierna enyesada sobresalía extrañamente bajo los cobertores.

---

(\*) Esta colaboración no llegó a publicarse en "Crítica". De la existencia de distintos originales hemos reconstruido este original relato.

Miró también al vecino del lado opuesto. Pero éste, un viejo de luengas barbas y empaque a lo toro, con la cabeza envuelta por un gran vendaje, sostuvo la mirada, se compuso el pecho y permaneció adusto.

—¿Entonces el Baile de los Bichos, quiere compañero? preguntó mientras se sentaba y acomodaba el brazo entablillado, cómodamente enfundado en el pañuelo blanco que le pendía del cuello.

—Sí, dijeron a una Serapito y el indio pierna quebrada.

Y mientras el niño aguardaba radiante, el indio se inclinaba acodándose en la cama.

Sin abandonar su aire severo, el viejo del turbante de vendas seguía con los ojos duros, clavados en el techo.

—Güeno... Atención... S'empieza... Vamos al baile, dijo el fraile. (1) Queda muy lejos, dijo el cangrejo. Si acaso será una legua, dijo la yegua. Por mí, que queden diez, dijo el cienpiés. Es atrás del cerro, dijo el perro. Por ahy es qu'está el rancho, dijo el chancho. Pero hay mucha escuridá, dijo el guazuvirá. Llevemé otro poco, dijo el topo. No se ve nada'e nada, dijo la venada. ¿Y si perdemo el trillo? dijo el zorrillo. Esto es un engorro, dijo el zorro.

El viejo de la cabeza atada y de las barbas, todo oídos, había dulcificado su aspecto y entornado los ojos.

— ¡No, si aquí va la senda! dijo la crucera. Yo le doy la razón, dijo el ratón. Yo voy muy cansao, dijo el carao. Yo vide una luz, dijo el avestruz. ¡A ver si se callan un rato! dijo el pato. ¡Usté si va a la porra!, dijo la cotorra. Están de guitarra, dijo la chicharra. Y hasta hay acordeón, dijo el lechuzón. Miren por una endija, dijo la lagartija. La polvareda no deja ver, dijo la cascabel. Golpien la puerta, dijo la mula tuerta. Esto v'a estar macanudo, dijo el peludo. ¿No nos dejan d'entrar?, dijo el aperiá. ¡Cómo no, pasen p'aquí!,

(1) Mamboretá.

dijo el cuatí. ¡Uff, qué entrevero!, dijo el terutero. ¡Cuánta muchacha!, dijo la vizcacha. Y de cerquillo, dijo el grillo. Eso ya no se usa, dijo la lechuza. ¡Qué esperanza!, dijo la gansa. ¡Pero que hay viejas!, dijo la comadreja. Y de pañueta, dijo la gallareta. Y de alpargatas, dijo la gata. Y de zapatilla, dijo la anguilla. Y de polisión, dijo el hurón.

El viejo imponente, siempre con los ojos cerrados, se había ido acercando a la orilla de la cama.

—Hay mucha mozada, dijo la pava. De pantalón ajustao, dijo el parao. Y de bota lustrada, dijo la venada. Y también de chiripá, dijo el chajá. Y de vincha, dijo la carpincha. Y de gorra, dijo la cotorra. Y están bailando el pericón, dijo el camaleón. Aquí hay fiesta pa'rato, dijo el pato. ¿Vamos pal ambigú?, dijo el ñacurutú. Así tomamos algo, dijo el galgo. A mí sirvanmén lo que quieran, dijo la hornera. Esto es una bendición, dijo el dormilón. Yo tomo anís, dijo la perdiz. Yo quiero caña, dijo l'araña. Yo, giniebra, dijo la culebra. Pa'mí un ron, dijo el lechuzón. Yo tomo caña con ruda, dijo la peluda. Yo, con arazá, dijo el biguá. Yo, con duraznillo, dijo el zorrillo. A mí con guaco, dijo el guanaco. ¡Si hubiera mazamorra!, dijo la cotorra. A mi me da una masita, dijo la mulita. Ya se armó el zafarrancho, dijo el carrancho. M'empujan de atrás, dijo el zorzal. Yo los peleo solo, dijo el chingolo. No ti hagas el malo, dijo el picapalos. Ya hay uno mamao, dijo el manopelao. Agrande la lista, dijo la avispa. Hay uno llorando feo, dijo el venteveo. Siempre he sido decente, dijo la serpiente. Esto ya es mucha chacota, dijo la gaviota. Le dan como quien lava, dijo la pava. Agarrenlén el puñal, dijo el cardenal. Al que me salga lo pincho, dijo el carpincho. Empezaron los tajos, dijo el renacuajo. Dejenlón que lo ensarto, dijo el lagarto. Ahy viene l'autoridá, dijo el guazuvirá. El qui ha faltao, que emigre, dijo el tigre. Han apagao la luz, dijo l'avestruz. Han volteado al

guitarrero, dijo el hornero. Y han roto la guitarra, dijo la chicharra. Y se armó más bochinche, dijo el churrinche. Yo vi'apretar el gorro, dijo el zorro. ¿Y yo, por dónde me escurro?, dijo el burro. Atropelle a la puerta, dijo la mula tuerta. ¡Qué noche más oscura!, dijo la tortuga. Ni veo lo que converso, dijo el escuerzo. ¡Me maté en una zanja!, dijo la gansa. ¡Pucha que se van lejos!, gritó el cangrejo...

— ¡Qué escándalo! Como en fiesta'e cristianos, ¿entonces?, alborotó el indiecito pierna quebrada.

Iba a responder el narrador, exponiendo entre risas el brazo en cabestrillo cuando, iracundo, lo contuvo el viejo de las vendas en la cabeza, al rugir:

— ¡Eso qui usted dice es una indireta, mocosos!

## 23

Tizón y el Mellizo Juan, so pretexto de reparar unas riendas aun no entregadas por el talabartero, habían postergado su regreso a la estancia. Después de cenar, entre rezongos de la negra Ña Toribia, abandonaron la fonda y se dirigieron hacia los boliches de los alrededores del pueblo, con el deseo manifiesto de tomar unas copas y la secreta esperanza de topar al curandero Camargo, por quien la admiración, a punto de zozobrar ante las diatribas del negro tabernero, había surgido de nuevo en toda su plenitud.

Terminando el adoquinado, las calles se continuaban por sendas llenas de yuyos y de piedras, con ranchos apenas recortándose en la sombra nocturna, de donde surgían ladridos y, tras ellos, cuzcos de aviesas intenciones.

— ¡Juera! ¡Cómo es, amigo Mellizo, di afeta esta gente al perro! ¿noverdá?

— N'efeto... ¡Juera!... Garre a mano derecha, qu'está más limpio'e piedras.

Como hacía frío, se habían bajado los ponchos. Caudenciosas, resonaban las grandes espuelas del Mellizo Juan.

— ¡Mire aquel rancho, hermano! ¡Es un día d'iluminao!

— ¡Aha! Ahy habrá una fiesta machaza. Hasta li han

puesto farol al pozo'e balde.

— ¡Es un día!

Dejaron atrás el rancho. Se internaron por una zanja interminable y se detuvieron frente a un pequeño edificio de ladrillo, por cuya puerta se evidenciaba un mostrador respaldado en manguada estantería.

— ¿Dentramo?

— Meta.

En un extremo del mostrador, había un grupo de parroquianos. Los llegados dieron las güenas noches y pidieron caña. Tizón sacó del bolsillo unos ajados billetes.

— ¡Esto es una cosa bárbara! ¡N'el pueblo le dura la plata a uno, como pescao agarrao po'el medio!

— N'efeto.

— Pa mañana estoy pelao como talón de angelito, mesmo.

— Nu hay nada qui hacerle.

Y aguzaron el oído.

— Eso es baile, decía uno de los que estaban próximos. En l'acordión, el tuerto Maneco, y en la guitarra, Evergisto. Y han envitao a las Camacho, a las Camejo... La vieja Natalia tray a la hija...

Pagaron éstos. Y hablaban al salir:

— La'e los Zapiola que dejó al marido, está dende temprano'e la tarde...

Meditabundos quedaron el Mellizo Juan y Tizón, junto al pulpero adormilado.

— ¿Y qué le parece, hermano, dijo el negro al cabo de un rato, s'hiciéramos una dentrada al baile?

— Me... parece... ¡Yo qué sé!... Conveniente...

Hicieron echar otra vuelta.

— El baile es una distracción...

— ¡Ah, sí, cómo no!

—Uno baila, conversa con la compañera, la envita...

— ¡Ah, sí, cómo no! Pero lo qu'es yo bailar, no bailo.

Yo miro, nomás.

—Usté se busca alguna, Mellizo, se sienta en la sala, conversa y mira.

—No, a mí me gusta mirar solo.

—Ta bien, pero yo digo que...

— ¡No, yo me quedo solo, nomás!

Empinaron las copas. Pagaron.

Otra vez el cielo estrellado. Y, a las cuadras, el rancho iluminado.

—Yo soy loco po'el baile. ¿Y usté, Mellizo?

—Regular.

—Me v'a ver prendidito con una china como hormigas en la corriente... ¡Sienta esa orquesta soberbia!

Ya estaban frente al rancho. Traspusieron el patio y se pararon en la puerta.

Era una pieza larga, con paredes de terrón, blanqueadas. Del techo colgaban guirnaldas de papel de cometa. Varios hilos con flecos iban de lado a lado del salón, por sobre las cabezas.

En ese instante, en el extremo, un tuerto cerró su acordeón a una seña del guitarrero acompañante. De grandes barbas había un viejo largo y flaco, entreverado en la danza.

—Compermiso, concurrencia, rogó.

Y cogiendo un tarro, empezó a regar el piso con la mano.

—Compermiso, dijo a su vez Tizón.

Y ya iba a entrar, cuando el guitarrero dejó su instrumento y se le vino.

—Disculpe, pero está prohibida la entrada.

—¿Pero, cómo?

—Sí, este baile es pa'los del barrio, nomás.



El viejo, el tarro en una mano y secándose la otra en las bombachas, acudió.

—Caballeros, hagan el bien de retirarse. Este baile es nada más que pa los del barrio.

Su tono era seco, imperioso.

Con rabia se dio vuelta Tizón para consultar al Mellizo. Pero éste ya estaba en el camino.

Lo alcanzó entre maldiciones.

— ¡Barrio! ¡Mire qué facha pa barrio! Esto lo qu'es...

Se interrumpió. Entre los yuyos hozaba un lechoncito. Se clavó el negro y obligó a detenerse al Mellizo.

— ¡Paresé, hermano, quedese quietito!

Y, con cuidado, se fue acercando al lechón hasta que, ya próximo, se le echó encima. Chilló el marrano. Mas inútilmente pues Tizón le había asegurado una pata.

Lo acarició, tranquilizándolo. Con él alzado, volvió sobre sus pasos. Atravesó el patio, sigiloso, escuchando la música recomenzada. Y de pronto, lo arrojó en medio de los danzantes, gritando:

— ¡And'a bailar vos tamién, que sos del barrio!

En su huida, sintió el tarro de regar, que pasó junto a su oreja y cayó rodando con estrépito.

## 24 (\*)

En una mesa, próximos al billar, acomodó el pulpero al Mellizo Juan y a Tizón, quienes se ataron al cuello con gravedad unas servilletas como sábanas y aguardaron la comida, solemnes.

Llegó una lata de sardinas. Cuidadosos de no manchar el mantel immaculado, se sirvieron.

—Amigo, Tizón, yo soy loco por la sardina. Pa mi es algo divino.

—Sí, pues.

Cuando el pulpero trajo una botella de vino, el Mellizo Juan dijo:

—Caballero, ¿quiere usted hacer después el grandísimo favor de echar otra güelta e sardinas?

--Como gusten, caballeros.

Ibase a echar el Mellizo a la boca dos sardinas empalmadas, cuando un "Güen provecho" le dejó parado el brazo. Le pareció una voz conocida.

Con disimulo tornó la cabeza y vio junto al mostrador a un viejo altísimo y flaco, con largas barbas blancas y un pochito corto y raído. Recordó entonces el que hallara una

---

(\*) La última colaboración de Espínola en Crítica es la No. 23 de fecha 23 de agosto de 1935. Esta última velada que recogemos proviene de los manuscritos del escritor quien no llegó a publicarla.

tarde en la pulpería de "El Porvenir" y le sirviera de compañía hasta la misma portera del Puesto de los Ceibos, conversando. Su corazón bondadoso olvidado de la incidencia final que le significó la entrega sin devolución de una moneda de cinco reales, le hizo decir al Mellizo:

— ¡Mire, hermano, quién está! ¿Qué le parece que le invitáramos a dar un tajo?

— Pero Mellizo, ¿y no si acuerda la canallada qu'él li hizo a usted?

Pero ya el otro se había incorporado contento, generoso y, acercándose al mostrador, con el sombrero en la mano, decía:

— ¡Güen día, don! Tengo el gusto que mi aceite de servirse algo con nosotros.

— ¡Pero m'hijo, cómo no! Yo hacía tiempo que tenía ganas de verte. ¿Vos no sos Pérez, de los Pérez de...

— No, señor, yo soy Juan Barcelón...

— Ah, sí, vos venís a ser hijo'el finao Ponciano Barcelón...

— No, señor, yo soy hijo'e la finada Lucinda Barcelón, qu'era hija e la finada Marica Barcelón, de las Barcelones de Carreta Quemada...

— Ah, pero es qu'estás grandote... Lo qu'es el mundo. Uno va p'abajo y ustedes van p'arriba... Yo a vos t'he visto nacer... Nacer, lo que se dice nacer, no. Pero te vide gatiando... N'ese tiempo eras chiquito y ahura sos un hombre que da gusto verte.

El Mellizo escuchaba eso encantado.

— N'efeto. Entonces usted conoció a la finada...

— ¿A ella? Era un pa... era una hija pa mí, quiero decir. A la finada tu agüela, que Dios tenga en su santa gloria, tamién supe conocerla. Seda e mujer te lo garanto. Respetuosa... Tenía más mano pa las tortas fritas, mi acuerdo...

Güeno, y unas empanadas...

—Güeno, acerquesé, vamo a hacer por la vida.

—Deje primeramente que le de un abrazo, m'hijito.

Al palmearlo, le sintió al viejo un fuerte olor a caña. Se trajo una silla, se sentaron los dos, con Tizón que no puso buena cara, y el Mellizo contempló sobre la mesa la lata de sardinas, recién traída, ya vacía, dijo al pulpero:

—Caballero, repita la güelta.

—Pucha, aura que veo sardinas, dijo el viejo mirando la lata sin ellas, mi acuerdo'el finao Trejo, de los Trejos de Canelón Chico, el casao con una'e las Pascuales, que tenía un hijo albino... Tábamos una mañanita tomando mate en la cocina...

Llegaron las sardinas. Magnánimo, el Mellizo quiso que de ellas participara otra vez Tizón, pero éste lo atajó con un gesto apresurado porque si metía el dedo en la boca tocaba las sardinas que había engullido apurado.

—Como les iba contando, siguió el viejo sin acordarse de lo que había dicho, yo iba n'un caballo tostao qu'era una pintura. Güenón el vino, ¿noverdá? Y diva n'ese tor-dillo que rajaba la tierra... N'un redepente, amigo, el caballo se me para'e manos. Chuspandoló, chuspandoló, lu hice avanzar. Y me metí n'un paso angostito y bajo de un río. Y este pingo, amigo, que se me quería echar p'atrás...

—¿Aura puedo traír la sopa?

—Ta bien, traigalá nomás a la sopa, dijo el viejo muy campante. Y siguió: Y amigo, cuando iba subiendo a la orilla, me veo un tigre tamaño, lambiéndose. Al pisar firme, mi overo dio un corcoveo y me largó cuasi arriba'e la fiera. Jui a manotiar el cuchillo, compañero, y me veo que había volao como a veinte varas, con vaina y todo, amigo. Y ese tigre, macho, prontito p'a dar el salto. ¡Y matarme, amigo! Sí, este vino es reservao derecho, se ve de lejos, sin mistura... Y mirá sopa'e fideos.

—Güeno, ¿y después?, apuró el Mellizo Juan sin advertir que Tizón estaba blanco de rabia con el mentiroso.

—¿Después qué, m'hijo?

—¿Qué hizo el tigre? ¿Saltó, no más?

—Ah, el tigre entonces se arrolló todito. Y yo sin armas, parao, amigo, dolorido'el porrazo, sin poderme levantar del suelo...

Evidentemente, el viejo no sabía cómo salir de aquella apretura. Por eso, tampoco se dio cuenta de que cargado con la bebida, Tizón, furioso, se la quería agarrar con él.

—Y entonces ese tigre, amigo...

El Mellizo se había incorporado a medias en su silla, todo oídos.

—¿Eh?, alcanzó a articular.

—Y entonces saltó... ¡y me comió, no más... hijo querido!

Tizón hizo saltar los platos del golpe que dio en la mesa.

—¡Esto no tiene nombre! Usted nos ha'garrao de Cristo.

El Mellizo quiso aplacar. Pero por su parte, estaba pasmado. La mentira no tenía levante. El viejo vio también que no había acomodo posible.

—Déjelo, Tizón, suplicó el Mellizo. No ve que miente de viejo.

—Yo, cuando l'independencia yo creo que ya era güerfano'e padre, quiso justificar el viejo.

Al oír esta nueva mentira, se alborotó más Tizón.

—No hable viejo, rogó el Mellizo a tiempo que se abrazaba al negro enardecido. No ve que cuánto más habla más l'embarra.

En eso se oyó la alegre corneta y los gritos del mayoral de una diligencia que se acercaba a la pulpería.

## INDICE

Las veladas perdidas .....	5
1 .....	13
2 .....	20
3 .....	26
4 .....	34
5 .....	41
6 .....	48
7 .....	55
8 .....	61
9 .....	65
10 .....	69
11 .....	72
12 .....	77
13 .....	80
14 .....	84
15 .....	90
16 .....	94
17 .....	101
18 .....	108
19 .....	112
20 .....	118
21 .....	123
22 .....	127
23 .....	131
24 .....	135

380

APRIL 1985

Esta primera edición de "Veladas del fogón" fue compuesta en caracteres Press Roman (cpo. 10/11) y Journal Press (cpo. 11/12) y se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Arca Editorial S.R.L., Andes 1118, Montevideo, en el mes de octubre de 1985.

Depósito Legal No. 210.635/85

Comisión del Papel - Edición amparada al Art. 79  
de la Ley 13.349.



Postergadas por el pulido dramatismo de sus cuentos, atrás aún de la inocente belleza de "Saltoncito" y de las honduras puebleras de "Sombras sobre la tierra", quizás injustamente olvidadas en la memoria de Paco, infatigable creador y recreador del monumental "Don Juan el Zorro", estas "Veladas del Fogón" (desconocidas de los "paquistas", ya que permanecían inéditas en libro y ocultas en la prensa argentina) comparten muchas de las virtudes señaladas y añaden otra: el humor. Alcanzarían algunos cuentos del mellizo Juan y el negro Tizón, o las desopilantes andanzas del curandero Don Pedro Camargo para hacer de estas "Veladas" un nuevo y valedero escenario del inagotable mundo narrativo y humano de Francisco Espínola.